

VOLUMEN
55

Julián Castro

Biblioteca
Biográfica
Venezolana

Tomás Straka



EL NACIONAL

BANCARIBE 

Tomás Straka

(Caracas, 1972). Investigador del Instituto de Investigaciones Históricas "Hermann González Oropeza, sj", de la Universidad Católica Andrés Bello, en la que también dirige las maestrías en Historia de Venezuela e Historia de América. Se ha desempeñado en labores docentes y de investigación en las Universidades Simón Bolívar, Monteávila y Metropolitana, así como en el Instituto Pedagógico de Caracas, en el Instituto Universitario Pedagógico Monseñor Arias Blanco y en el Seminario Interdiocesano Santa Rosa de Lima. Profesor egresado del Instituto Pedagógico de Caracas y Magíster en Historia por la Universidad Central de Venezuela. Forma parte del comité organizador de las Jornadas de Historia y Religión que se organizan en la UCAB desde el 2001. Miembro del consejo de redacción de la revista *Tierra Firme*, ha publicado numerosos artículos en revistas especializadas nacionales y extranjeras, así como en la prensa. Es autor de *La Voz de los Vencidos. Ideas del Partido Realista de Caracas, 1810-1821* (2000); *Hechos y gente. Historia contemporánea de Venezuela I Año Ciclo Diversificado* (2001); *Las Alas de Ícaro. Indagación sobre Ética y Ciudadanía en Venezuela (1800-1830)* (2005); *Un Reino para este Mundo. Catolicismo y republicanismismo en Venezuela* (2006); y ha compilado *La Tradición de lo Moderno. Venezuela en diez enfoques* (2006).

Biblioteca Biográfica Venezolana

Julián **Castro**

BIBLIOTECA BIOGRÁFICA VENEZOLANA

Director: Simón Alberto Consalvi

Coordinador Editorial: Edgardo Mondolfi Gudat

Consejo Asesor

Ramón J. Velásquez

Eugenio Montejo

Carlos Hernández Delfino

Edgardo Mondolfi Gudat

Simón Alberto Consalvi

C.A. Editora El Nacional

Presidente Editor: Miguel Henrique Otero

Presidente Ejecutivo: Manuel Sucre

Editor Adjunto: Simón Alberto Consalvi

Gerente de Arte: Jaime Cruz

Gerencia Unidad de Nuevos Productos: Tatiana Iurkovic

Gerencia de Desarrollo de Nuevos Productos: Haisha Wahnón

Coordinación de Nuevos Productos:

Yosira Sequera

Diseño Gráfico y realización de portada: 72 DPI

Fotografías: Retrato de Julián Castro, por Pedro Vegas, colección privada de Rafael Pinto (p. 9) y caricatura de Julián Castro, por Pedro León Zapata (portada y p. 137)

Impresión: Editorial Arte

Distribución: El Nacional

Las entidades patrocinantes de la Biblioteca Biográfica Venezolana, Banco del Caribe y C.A. Editora El Nacional, no se hacen responsables de los puntos de vista expresados por los autores.

Depósito legal: If7892007920310

ISBN: 980-6518-56-X (O.C.)

ISBN: 980-395-106-8

Conversación con el lector

La Biblioteca Biográfica Venezolana es un proyecto de largo alcance, destinado a llenar un gran vacío en cuanto se refiere al conocimiento de innumerables personajes, bien se trate de actores políticos, intelectuales, artistas, científicos, o aquellos que desde diferentes posiciones se han perfilado a lo largo de nuestra historia. Este proyecto ha sido posible por la alianza cultural convenida entre el Banco del Caribe y el diario *El Nacional*, y el cual se inscribe dentro de las celebraciones del bicentenario de la Independencia de Venezuela, 1810-2010.

Es un tiempo propicio, por consiguiente, para intentar una colección que incorpore al mayor número de venezolanos y que sus vidas sean tratadas y difundidas de manera adecuada. Tanto el estilo de los autores a cargo de la colección, como la diversidad de los personajes que abarca, permite un ejercicio de interpretación de las distintas épocas, concebido todo ello en estilo accesible, tratado desde una perspectiva actual.

Al propiciar una colección con las particulares características que reviste la Biblioteca Biográfica Venezolana, el Banco del Caribe y el diario *El Nacional* buscan situar en el mapa las claves permanentes de lo que somos como nación. Se trata, en otras palabras, de asumir lo que un gran escritor, Augusto Mijares, definió como lo “afirmativo venezolano”. Al hacerlo, confiamos en lo mucho que esta iniciativa pueda significar como aporte a la cultura y al conocimiento de nuestra historia, en correspondencia con la preocupación permanente de ambas empresas en el ejercicio de su responsabilidad social.

Miguel Ignacio Purroy

Presidente del Banco del Caribe

Miguel Henrique Otero

Presidente Editor de *El Nacional*

1810 Bicentenario de la Independencia de Venezuela **2010**

Julián **Castro**

(c1810-1875)

Tomás Straka

Que el oprobio persiga **mi memoria**



Los oprobios del antihéroe

El 26 de junio de 1858, el general Julián Castro está en la cumbre de su poder. Acaba de regresar a la Valencia de donde había salido cuatro meses atrás en medio del entusiasmo general de la población. Nunca las cosas le habían sonreído tanto. Fiestas, discursos, misas solemnes rodean su llegada. Es el Presidente de la República, es el líder de una revolución triunfante, es el hombre fuerte del momento, con aspiraciones y posibilidades ciertas de ocupar el espacio que un día tuvieron José Antonio Páez y José Tadeo Monagas, con quienes se las ha visto en dos momentos distintos de su vida, derrotándolos a los dos. En cuestión de armas, la victoria siempre estará de su parte. Además, venía con la aureola de haber cumplido con un viejo sueño valenciano: ahora, en gran medida por sus sortilegios, la ciudad es nombrada capital – bien que provisional– de la República. Qué más se podía pedir, con qué otro obsequio Valencia podía agasajar tanta felicidad. Valses, banquetes, bendiciones. Todo parece estar hecho con la química de los sueños. Pero los instintos de Castro son de felino y no lo dejan adormilarse con tantos besamanos. Hay algo que tal vez percibe en medio de tanta celebración. Un mar de fondo que empezaba a dar signos preocupantes. La

gloria política es un tobogán y él, que desde antes de los veinte años la anda persiguiendo, lo sabe. O, quién sabe, acaso simplemente se trató de un recurso de retórica que terminó, sin imaginarlo, convirtiéndose en una sentencia. A la hora de juramentarse ante la Convención reunida en la capital carabobeña, ese 26 de junio, dijo: *¡Qué el oprobio persiga mi memoria si no consagro todos mis días a la defensa de las libertades públicas y a la del Poder Civil que ella representa!*

Castro trazó, como pocos han podido hacerlo, el signo de su destino. Oprobio y olvido –que en la historia suelen ser caras de una misma moneda– lo habrán de definir desde que en 1860, a la vuelta de tanta celebración y zalamería, salga expatriado del país. Su recuerdo, cuando se lo tiene, nos lo presenta como la síntesis de todos los defectos nacionales. No hay vicio que no se le impute. No hay yerro ni maldad que se le regatee. Parece que en él hemos encontrado el arquetipo –o acaso el animal expiatorio– de todas nuestras fallas. La oportunidad para endilgárselas a otro y librarnos de nuestras culpas. Castro llegó al poder en la cresta de una ola nacional; en su momento –ese cuarto de hora que todos tenemos y que su biografía parece confirmar–, fue a tal grado popular y recibió tantas loas como ya lo hubieran deseado Guzmán Blanco, Gómez o Páez. Pero, con la rapidez de un volantín, esa misma nación que lo celebraba como su salvador, pronto lo desecha como quien se deshace de un trasto molesto y en la posteridad se desentenderá de él. Al héroe de 1858 lo apresan dos años después, lo expulsan y lo acusan de todos sus males. Borrar su huella, como se borran los rastros de un pecado vergonzante, de un desliz familiar que causa sonrojos, fue el mecanismo que lo siguió entonces.

Hoy, el hombre de la calle normalmente no sabe quién fue él. Incluso, cuando el investigador va a una biblioteca o archivo, por lo general el dependiente lo mira extrañado y le pregunta si a quien está buscando no es a Cipriano Castro. Su vida –que no es la de un hombre legendario, si no la de un Presidente de siglo y medio atrás, cuyos descendientes abundan en Valencia y en Bejuma– está llena de misterios. Datos básicos, como su nacimiento, o los diez años “perdidos” que van

desde su destierro a su retorno bajo el ala protectora de Guzmán Blanco, resultan muy difíciles, cuando no imposibles, de reconstruir. Nadie, o muy pocos, se han preocupado por pesquisarlos; y a nadie, o a muy pocos, le ha importado siquiera ponderar, al menos reevaluar su fama de gran malvado, de antihéroe por antonomasia en una historia tan llena de antihéroes como la del siglo XIX venezolano.

Aunque la presente biografía no tiene, ni mucho menos, intenciones reivindicativas, sí intenta esta reevaluación. En primer lugar, los documentos buscados con paciencia de detective, más que de historiador; recorriendo sus pasos –Petare, Valencia, Caracas– allá donde los dio, confirman en gran medida su imagen de hombre, por decir lo menos, audaz en sus cabriolas políticas. Por eso, nuestro objetivo es sólo plantearnos un par de ideas con el mismo espíritu con que Pedro León Zapata, en la caricatura que le dedica en la *Agenda 1982* publicada en la Biblioteca Nacional y destinada a los presidentes de Venezuela, nos insinúa: “¡Venezuela ha sufrido cada Presidente –dice el humorista– que existen serias dudas de que Julián Castro haya sido el peor!” Tal es el punto: no hacer un juicio moral del hombre que estuvo a punto de fusilar a José María Vargas, que traicionó a quien lo había ascendido y dado todos los favores mientras le juraba lealtad; que después intentó jugar con los dos bandos que pugnaban por el país quedándole tan mal el juego que, en algún grado, apuró su caída al precipicio de la Guerra Federal; al hombre que, haciéndole el trabajo sucio a Guzmán Blanco, fusiló a Matías Salazar. Hacer un juicio moral de él no es nuestro caso, en parte porque los hechos hablan solos, y en parte porque nuestro objetivo es Castro como expresión de fenómenos más amplios; como la muestra de un personaje bastante más cerca del promedio de lo que la sociedad venezolana estuvo –y sigue estando– dispuesta a admitir, que por una de esas volteretas de nuestra historia llegó un día a la gran escena de la notoriedad poniendo de manifiesto cosas que normalmente queremos ocultar. Nuestro objetivo es, por lo tanto, comprender a Julián Castro como el ejemplo supremo de nuestra medianía nacional.

Claves para una vida

Porque su historia es la de tantos otros. No es poca cosa que la sociedad que hoy no lo recuerda, al mismo tiempo incorporara a su amplio refranero a por lo menos uno nacido en el seno de los sobresaltos de su gobierno: la “sampablera”, como equivalente a tumulto, a un pleito descomunal, a desorden, a caos, a bochinche. Un colectivo definido por las *sampableras* –o por los bochinches: sigue pendiendo sobre nosotros el estigma mirandino de “sólo bochinche sabe hacer esta gente”– como método básico para la resolución de sus conflictos, no puede sino tener a Castro como epígono de su ser. Pero hay más: dijimos que al menos uno, porque otro, que define el consuetudinario abuso de poder que los venezolanos nos hemos impuesto, muy probablemente esté relacionado con una anécdota suya: “tienes razón, pero vas preso”, frase que recuerda mucho a la que le profririeron cuando le dan el golpe que lo saca del poder y él reclama su majestad presidencial: “Usted es Presidente, pero está preso”.

El caso de Castro es el de un muchacho humilde que, como tantos, se las ingenió para escalar en aquella sociedad tan escasa de oportunidades. Y lo hizo, como lo hacemos todos, con lo poco que tenía a la mano, que en su caso fue el valor, que lo tuvo a toda prueba, y la astucia. Es decir, con sus dotes para caudillo. Por eso, si él sintetiza algo –y si ese algo nos molesta– no debemos buscarlo en sus abundantes y versátiles defectos personales, que vaya que los tuvo, sino en el espíritu de una República que lo acunó y lo llevó a todos los puestos, hasta la Presidencia y, ya en ella, no supo con qué más adularlo; en una República en la que la institucionalidad y la civilidad se habían roto y que, en gran medida, funcionaba por la ley del más fuerte; en una República, pues, en la que “dominaba la barbarie”, como él mismo dice refiriéndose al régimen del caudillo que lo había promovido y al que acababa de derrocar, José Tadeo Monagas, en su *Mensaje* a la Convención de Valencia del 5 de julio de 1858. La “barbarie”, si por tal cosa entendemos la falta de apego a las normas, a las leyes, al Estado de Derecho, a la sociabilidad civil. Una República, pues, en la que el quie-

bre de la institucionalidad y de la elite civil había logrado imponer a los “hombres valientes”, a los “hombres justos”, como bien pudo vivenciarlo en ese golpe contra José María Vargas en el que participó siendo casi un muchacho, y como acaso lo comprobó el día que leyó el discurso, escrito según dicen todos, por Fermín Toro.

Sí, Fermín Toro. Este es un aspecto en el que se han detenido pocos, pero que acá aspiramos a resaltar: el de Castro como una especie de “alter ego” de Fermín Toro durante esos meses agitados y terribles que van desde marzo de 1858 hasta agosto de 1859, en los que todo parece ocurrir y en los que Castro salta a la escena nacional como un fogonazo tan intenso como pasajero. Que el caudillo prototípico y el humanista más acabado; que el machetero más astuto y el repúblico más honrado, que la esencia de la montonera y la del civismo hayan llegado a funcionar como las dos caras de un mismo cuerpo, es un signo del drama venezolano que no debe pasar desapercibido. Toro como el apuntador, como la pluma y –a trechos– hasta como el alma de Castro, es un signo estremecedor que nos habla de los alcances de una República incapaz de ser sostenida por sus letrados y sus leyes; de una elite tan débil que siempre requirió del concurso de un caudillo para gobernar y que a esta guisa estuvo dispuesta, incluso a través de su mejor cabeza, a engalanarlo con discursos que trascendían largamente sus aptitudes, a enmendarle la plana de sus zarpazos con leyes hechas a la medida y con principios triados de los más célebres pensadores para ser cosidos a sus charreteras de general de montoneras. Es un signo tan estremecedor como otro que nuestra historiografía tampoco supo cómo asumir: que desde la década de 1840 Castro gravitó en el clan de los Bolívar, acaso como su ala más pobre, pero probadamente vinculado a él. Amigo de Fermín Toro y pariente –en un sentido lato– de los Bolívar, es obligatorio verlo en otro plano. Como la otra cara de nuestra luna que, por no iluminada, deja de existir, aunque queramos olvidarla. Una sociedad, en suma, en la que los esquemas fáciles se vienen abajo, y los letrados necesitan de los caudillos como los caudillos de los letrados para poder vivir. Paéz, que cambiaba de amores

14. Julián Castro

con los tiempos, lo hizo con Peña, con Quintero, con Rojas; Monagas con Antonio Leocadio Guzmán; Castro con Toro.

Así, en las siguientes páginas, veremos a Julián Castro como una especie muy común de venezolano, como la expresión de una casta de hombres que a la vez de verse reñidos con el republicanismo terminarán dominando a la República. Castro es el prototipo de la casta de los Pedro Carujo –de cuya mano entra a la historia– y en algún grado también de la de Guzmán Blanco –de cuya mano sale– para convertir su biografía en un ensayo de historia nacional. Cuando en la edición aniversario de *El diario de Caracas* de 1994 se le propuso a Manuel Caballero llenar un suerte de Cuestionario Pivot sobre Castro, el historiador respondió de la siguiente manera (en negritas ponemos las preguntas): “**Sus amigos:** parece tener una concepción instrumental, utilitaria, de la amistad. Será amigo de quien lo proteja, y nada más”, lo que tal vez amerite alguna reconsideración: probó, por ejemplo, lealtad con Bejuma, su terruño adoptado –Petare es un dato más bien elusivo en su biografía– y por eso es, acaso, el único lugar de Venezuela donde se le recuerda con cariño. Allá casi es un héroe –porque los antihéroes lo son dependiendo del lugar desde el que se los mire– y está su parentela dispuesta a defenderlo. Al final, también le fue leal a uno de sus enemigos de antaño, Guzmán Blanco, pero siempre se podrá decir que por la conveniencia de su asombrosa rehabilitación después de haber sido execrado como muy pocos políticos en Venezuela lo han sido. Sigamos con el cuestionario: “**Sus enemigos:** deben haber sido sus propios amigos, que le pagaron con la misma moneda”, cosa que explica la fama que después le granjearon en la historia, acaso para borrar la mácula de su amistad y, no pocas veces, de su complicidad. “**Su mejor frase:** nadie puede garantizar que sea suya, pero todo el mundo la pronunció en 1858: *unión de los partidos y olvido de lo pasado*”, y acá don Manuel da en el clavo: tal es la esencia de Castro que expresó lo que todo el mundo expresaba y cuando no gustó, el colectivo prefirió sacrificarlo a él a corregirse a sí mismo. “**La frase que nunca hubiera dicho:** *Lealtad o muerte*”. “**Su virtud:** la mediocri-

dad: ella lo llevó a la Presidencia, pues todo el mundo creyó poder manipularlo (...)” **“Juicio del historiador:** posiblemente, nadie hubiese podido actuar mejor en un clima de pasiones exacerbadas, pero su mediocridad personal agregó un elemento más para avivar el fuego de la guerra”.

Aunque, una vez investigada su vida nos parece cualquier cosa menos el tonto que nos pinta la historia –compartimos la tesis de J. A. de Armas Chitty: “Castro, en verdad, parece más ignorante de lo que en verdad debió ser”– también es verdad que condujo las cosas de tal manera que el país se fue por el despeñadero de una década de guerras. No fue un tonto: fue simplemente un hombre que no estuvo a la altura de unas circunstancias que también se le escaparon de las manos a hombres más sagaces como Fermín Toro o como Páez. En medio del desastre generalizado él quiso erigirse como una referencia, como un caudillo nacional alternativo a Páez y Monagas. No pudo serlo, pero eso no le quita valor a la idea, indistintamente de que sus cabriolas políticas y sus dobleces sean la contracara oscura y más notable de su personalidad.

Claro, los juicios de sus contemporáneos son mucho más severos; basta revisar su entrada en el índice onomástico de la *Historia contemporánea de Venezuela* de Francisco González Guinán –que se sabía los cuentos de todos los venezolanos de su tiempo después de una larguísima vida pública y que, además, era valenciano y liberal como él– para entender el talante de su recuerdo. Hallamos descriptores tales como “Pérfida conducta de Castro” o “Duplicidad”. José Gil Fortoul, por su parte, lo llama “miope, voluble y desconfiado”. Carente de “políticas ni ideas fijas”, lo denosta Level de Goda. “Miope o corto de luces como político. Traficante o aventurero de la administración pública, que hizo de la inconsecuencia y de la deslealtad un culto personal. Un hombre de negativa consistencia”, lo fulmina Antonio Reyes. “De una innata doblez con cara perfilada de traidor (...) mediocre, indeciso y torpe, de frente alta, la cara enjuta, en ángulo la barbilla, narizón...”, lo describe Ramón Urdaneta. Y así por el estilo, hasta ha-

ber pasado a la historia, en efecto, como “el peor presidente de Venezuela”, lo que, viendo algunos presidentes que hemos tenido, es casi lo peor que pueda decirse de algo.

Volvamos a la frase con la que comenzamos: efectivamente, no puede decirse que haya defendido las libertades públicas o el ejercicio del poder civil, pero tal vez su condena, si a trechos justa, tiene no poco de interesada, ya que es la que una sociedad hizo para eludirse de sí misma, de las virtudes y vicios que definían –que definen– a sus hombres y mujeres. De sustraerse, en suma, de sus propias responsabilidades. La condena de toda una forma de ser venezolano que probablemente se prolongue hasta hoy. En una carta famosa enviada a Gil Fortoul, Ramón Castro Briceño, su hijo dilecto y continuador en las lides políticas, dijo al respecto que el general Julián Castro “pudo decir como Luis XVI: busco jueces y no encuentro sino verdugos”.

Una advertencia final

Por los criterios editoriales que definen la colección dentro de la que aparece publicada esta biografía, el autor hubo de deshacerse del aparato de citas que normalmente acompaña a las monografías históricas. Fue una renuncia no pocas veces dolorosa para quien está acostumbrado al expediente de los pies de páginas para respaldar cada afirmación y, además, lleva años predicándolo en la cátedra; sin embargo, fue una renuncia que a la larga también resultó un alivio porque le permitió escribir de la forma corrida en ocasiones desenfadada con la que escribían los historiadores de antaño, a veces más novelistas que investigadores. No obstante, la nobleza obliga: al final del libro se consignan las fuentes. Aunque fue imposible referirlas en todos los casos, los documentos fundamentales que fueron citados aparecen con las noticias bibliográficas suficientes que requiera el lector con deseos de consultarlos directamente.

El Mundo de los Valientes

Con el valor pero sin la gloria

8 de julio de 1835. Pedro Carujo asalta la casa presidencial. Entra, con una pistola en la mano y con un sombrero bicornio, a la historia del país. En realidad, ya lo había intentado en 1828, en Bogotá, pero ahora es el líder de la ocasión. El fallido magnicidio de Simón Bolívar y el derrocamiento de José María Vargas son suficientes máculas para volver a cualquiera un antihéroe nacional y, en efecto, hoy Carujo lo es. A su lado está un joven capitán que lo oye embelesado. Casi no lo puede creer. Dirige una compañía del batallón “Anzoátegui” y viene con su líder a ponerle orden a una situación que, dicen, no pueden tolerar. Le piden la renuncia al presidente Vargas. Pero el civil es osado y se atreve a contestar. Alega razones de justicia. Obviamente, no las comparten, y Carujo le responde hablándole del valor. La frase retumbaba hasta lo más hondo de todos los presentes. Julián Castro, que es ese capitán que está a su lado, jamás la olvidaría. El mundo, se traza entonces, es de quienes tengan el valor de conquistarlo. Y él, más que nadie, estaba dispuesto a hacerlo. Al final terminará tan antihéroe como el maestro que le enseña la lección.

Estamos en julio de 1859. Han pasado más de veinte años desde entonces y ahora más que nunca se debe estar acordando de Carujo. Tal vez comprenda hasta dónde llegó a admirarlo. Es un recuerdo que lo solaza y que lo aterra también. El destino de Carujo no puede ser el suyo, se despabila. Unos meses antes había sido el héroe nacional, el líder indiscutido de los venezolanos, la esperanza de paz y concordia para el país, el Ciudadano Eminente, el Egregio Demócrata, el Jefe, nada menos, de una hueste que se hacía llamar Ejército Libertador. Ahora es el blanco de todos los ataques. Los liberales y conservadores desconfían de él. No hay quien lo quiera. Su propia escolta está fraguando un golpe para detenerlo y repetirle la escena que le impuso a Vargas. Sus veloces cambios de banderías esparcieron semillas de rencor por todas partes. Y acaba de hacer otro: después de su escandaloso salto de los liberales a los conservadores, ahora los despide a éstos y vuelve a llamar a los viejos amigos del Partido Liberal. Todos piensan que va a proclamar la Federación. Unos se alegran, otros se espantan. Algunos hacen chistes diciendo que está loco.

Obviamente, Juan Vicente González es de los que no se pueden alegrar. Por eso, en las páginas de *El Herald*o, publica entre el 23 y el 30 del mismo mes unas “Epístolas al presidente del Estado, Excelentísimo Señor General Julián Castro”, que hoy nos resultan un documento insustituible para medir el clima de la hora. Ya nos detendremos en él. De momento sólo queremos resaltar un dato, que marca el talante de una vida: “Joven educado entre las convulsiones de la militar Colombia –dice González–, su primera edad debió estar manchada con los excesos del soldado. Con valor, pero sin hazañas ni gloria militar, sus grandes grados, conseguidos al servicio de los tiranos del país, debían ser merecidos de nuevo por grandes servicios y acordados por el voto universal”.

No fue así. La suya no pasó de ser una valentía sin gloria. Pero, y tal es la idea que queremos resaltar, tampoco fue de una condición excepcional; al contrario, es la mayoritaria en los venezolanos de su generación. Nacidos y criados en las guerras, el sentido de su existencia

estuvo marcado por las pruebas de valor. Pero pruebas que casi nunca desembocaron en la gloria que sus padres o hermanos mayores, que fueron capaces de llevar sus lanzas a medio continente, sino que se gastaron en la larga sangría de setenta años que empantanó de horrores al país.

Ese es Castro. Ese es su mundo y esa su naturaleza. Desde muchacho, cuando toma el más promisorio de los oficios en aquella República de sobresaltos, el de soldado; desde que sale de Petare como una promesa juvenil de coraje, cada paso que da, cada triunfo que tiene –y los tendrá sostenidamente por casi dos décadas– se los debió al valor. Todos los historiadores, todos sus contemporáneos, todos cuantos le quisieron y le odiaron, coinciden en eso: en que fue un valiente. De pocas letras –aunque revisando sus papeles ahora no nos lo parece tanto–, de trato áspero, de absoluta incapacidad política –cosa que también ponemos en duda–, pero con un inmenso valor. Es el hijo por excelencia de su tiempo. Sus ideales y sus principios se forman en el campamento de algún caudillo. No conoce otra cosa y, como tal, va a actuar. Para él, como para todos los suyos, ser valiente es un pasaporte al éxito, al dinero, al poder. Es la hombría como sustitución de la civilidad y de la institucionalidad, que quedaron hechas añicos por el holocausto de la Emancipación. Es la vida de “los hombres feroces”, como los llama Bolívar. La ruptura de esa tradición de la sociedad civil que hubo alguna vez, y su paso a la caudillesca, a la de los hombres que son como Tío Tigre o como Tío Conejo, esos cuentos con los que se educan a nuestros niños en el atropello y en la viveza. Julián Castro es la audacia. La temeridad. Retrogradándonos a tiempos primigenios, los hombres valerosos y feroces como él son un corro de caballeros de horca y cuchillo, que se pelean entre sí y se reparten el poder. Tienen sus tierras y practican su ley. Su esencia es lo que encarna Castro: por el valor salta a la historia, gracias a él se hace hacendado y tratará de gobernar un país. El valor es un principio ético y un instinto de supervivencia. Es, como lo expresó magistralmente Pedro Carujo, lo que le pone al hombre el mundo a sus pies. Es lo que acaso recuerda hoy, cuando

siente que está a punto de caer. Es, como vemos, lo que está en su principio y su final.

Bajo el signo de Carujo

En efecto, todo comienza con Carujo. De su mano y envuelto en el rumor de un motín, entra Julián Castro en la historia. El momento es emblemático y merece unas líneas. La Revolución de las Reformas marca el punto de inflexión en la historia republicana de Venezuela. Es el instante en el que los conductores del modelo de convivencia que se ensaya desde 1830 se enfrentan a la dura realidad de un país que no contaba en condiciones suficientes para vivirlo. Las características que adquieren entonces los acontecimientos –desde la elección de Vargas hasta la reacción militarista que genera–, así como la solución que la sociedad venezolana le daría (el caudillismo) van a marcar la forma de hacer política de los siguientes noventa años. Julián Castro es su expresión más clara.

Veamos un poco el contexto. Es un excursus necesario para comprender el sentido de una vida y de toda una forma de ser. En este caso, todo comienza en las ideas y termina en la realidad. Según los principios liberales que inspiraron a la elite civil que había venido acompañando a Páez en el primer lustro de la República, el Presidente debe ser elegido a través de votaciones limpias, y si no es un civil, por lo menos debe ser un militar subordinado a los civiles. Esto es así –nos lo hubiese explicado cualquiera de sus ideólogos, un Francisco Javier Yanes o un aún muy joven pero ya brillante Fermín Toro–, porque a la sociedad reunida para gobernarse –es decir, la República– la constituyen los civiles, y los militares son tan sólo una parte de la misma a la que se le dejan las armas de todo el colectivo para su defensa, no para que las usen para inclinar la balanza del poder a su favor. Pues bien, ya consolidado el Estado republicano recién escindido de Colombia y encaminado (por lo menos así lo aparentaba entonces) hacia un rumbo liberal seguro, la elite decide dar un paso más en este camino y escoge a un civil para suceder a Paéz en la Presidencia, eligiendo al

sabio José María Vargas. No contaba sin embargo con ciertas condicionantes que pronto se manifestarían, de una forma violenta. No contaban, por ejemplo, con los caudillos que se estaban formando –o que se habían formado ya– entre los veteranos del Ejército Libertador. En realidad, resultaba difícil que los hombres que habían llevado adelante y ganado la guerra por dos décadas, liberando a medio continente, con sus prestigios inmensos y con el poder de haber amasado, por la vía de los haberes militares, importantes latifundios en sus regiones, renunciaran a dirigir el país. Muchos, en algún grado, se sentían defraudados con el mayor de ellos, Páez, que a sus ojos parecía encandilado por Ángel Quintero, Santos Michelena y los otros *godos* y *musiúes* que lo rodeaban.

Ponderando bien las cosas, Páez prefería a un militar (por ejemplo, a Carlos Soublette, una figura plenamente identificada con el Ejército Libertador y con el “círculo de los fundadores de la patria”, como se le llamaba). Vargas también prefería a un militar: no en vano todos le dicen *sabio*; pues bien, tenía una mejor evaluación de las circunstancias y sabía lo combustible que podía ser su postulación. Y frente a él y a Soublette estaba el llamado Partido Militar, que lanza a otro candidato a la Presidencia, el general Santiago Mariño (1788-1854), el Libertador de Oriente, uno de los grandes líderes de la Independencia y acaso después de Páez la figura más prestigiosa del país o por lo menos la que lo era más en su región. Se da entonces el caso insólito de un candidato haciendo campaña para que no lo elijan. El Sabio pide una y otra vez que no voten por él, pero la gente más bien se enternece con este perfil de Cincinato. Es electo para la Presidencia y lo demás era previsible: el 20 de enero de 1835 recibe la investidura, y el 8 de julio los militares lo sacan del poder. Aquél día, el comandante Pedro Carujo detiene al presidente Vargas en su residencia. La conversación que se da entre ambos ha pasado a la historia como la de las virtudes cívicas –Vargas– contra los principios de fuerza –Carujo.

Se le intima a Vargas a que reconozca la autoridad proclamada por los alzados: “No son esos –les responde– los magistrados que la nación

se ha dado; y nadie puede sobreponerse a ella; mi deber es sostenerla; desconozco la autoridad que me intima; y obraré según la ley, que es la verdadera voluntad pública, hasta llegar al extremo de que una fuerza, criminalmente empleada, me prive de toda libertad. Si no pudiere mantener en acción la autoridad que los pueblos me han confiado, éste será un triunfo, deshonoroso y momentáneo, que el pueblo mismo vengará; pero siempre mantendré el honor de la nación y el mío". Entonces, entre el rebelado y el Presidente se da este diálogo emblemático, que acá transcribimos según lo publicó entonces Tomás Lander:

—Señor doctor, usted sabe ya el pronunciamiento; evitemos los males tremendos que pueden sobrevenir (y entretanto el interlocutor Carujo sacaba, y volvía a acomodar una pistola, y se sentaba); los Gobiernos son de hecho.

—Permítame usted —repuso con entereza el Presidente—. El Gobierno de Venezuela no es de hecho. La nación se ha constituido legítimamente, y establecido su Gobierno, hijo de un grande hecho nacional, y de la voluntad de todos, legítimamente expresada. El Gobierno de Venezuela es un Gobierno legítimo, nacional, de hecho y de derecho.

—El derecho, señor doctor, vine del hecho; una revolución produjo un Gobierno que usted ha servido; ésta producirá otro, que más adelante se llamará derecho. La nación acogerá esta causa como acogió aquella.

—Tampoco puedo admitir esos principios; usted me habla de la voluntad futura de la nación; yo le hablo de la presente. La que usted cita no tiene más autoridad que su palabra; la que yo obedezco está escrita; es la ley fundamental de la sociedad venezolana, dada por sus legítimos representantes, con verdadera misión. Si el derecho viene después del hecho, ha de ser un hecho grande, nacional, en el estado primitivo de la sociedad, y no el hecho tumultuario, de una guarnición militar, que no puedo ni debo considerar, sino tal como las leyes lo conocen y califican.

—Señor, éste será más tarde un hecho nacional; el mundo es de los valientes.

—El mundo es del hombre justo; es el hombre de bien, y no el valiente, el que siempre ha vivido y vivirá feliz sobre la tierra, seguro sobre su conciencia; en fin, abandonemos esa polémica, que no es del momento. Como Presidente constitucional de la República, la defenderé en cuanto pueda, hasta el último extremo; y aunque siempre he estado dis-

puesto a devolver la autoridad que ejerzo, como lo sabe Venezuela, es a ella, y no a una facción armada, a quien puedo ceder la silla de la Presidencia. Mantendré esta potestad constitucional mientras deba hacerlo; mientras que una fuerza, que yo no pueda superar, me prive de ella; pero ni esta misma fuerza, me arrancará nunca un acto impropio de mi honor, ni de la dignidad nacional.

No es el momento para analizar el hecho con todo el detenimiento que requeriría. Sólo apuntaremos aquello que tiene de signo histórico nacional. Carujo no es necesariamente el malvado que pinta la historia. Si bien haber atentado contra la vida de Simón Bolívar el 25 de septiembre de 1828 para apresar a Vargas siete años después, no son las mejores credenciales para prestigiar a nadie, es necesario verlo en su contexto. Cuando afirma que el mundo no es de los justos (es decir, de los que se apegan a los preceptos de la justicia), el Estado de Derecho y los principios de la democracia; si no de los valientes, de los arrojados que brincan todas esas barreras para imponer su particular parecer de las cosas, no estaba sino sintetizando un espíritu que desde los días de la Independencia venía gestándose, y que en el caudillismo y nuestras consuetudinarias tiranías terminó de consolidarse; aquello de que el poder es, al margen de las leyes y las voluntades colectivas, de quien sea lo suficientemente arrojado para tomarlo por asalto.

No otra cosa había visto quien se crió durante la guerra (Carujo nació en 1801). No otra cosa podía entender quien había visto los más espectaculares ascensos sociales y enriquecimientos por la vía del valor físico. El triunfo –le parecía haber confirmado la vida– excusa los medios seguidos para alcanzarlo. La ruptura de la tradición cívica por el cataclismo de la guerra le demostró las ventajas de los atajos. No todo es malo: el igualitarismo que estos “valores” facilitaron le dio a la República un cierto talante de democratización, pero la quiebra de las ideas de legalidad que trajeron consigo resultó un costo demasiado alto para pagarlo. Cada vez que un hombre valiente se sentía con arresos, se lanzaría a conquistar el mundo con sus manos. Es el signo de Carujo, zodiaco terrible de nuestra nación.

Los misterios de Castro

Pues bien, el joven capitán Castro ha nacido bajo ese signo. Esa noche, sin esperarlo, su vida termina de encontrar un destino. Su tarea es tender a su pelotón delante y a la salida de la casa de José María Vargas. Es quien apresa al Presidente. Está exultante, casi desorbitado. Aún no tiene esa frialdad que con los años le permitió enfrentar los trances más terribles con la cara serena. Hoy la emoción lo encabrita y casi lo lleva a cometer una locura. Antonio Leocadio Guzmán, que lo ve en la escena, narrará después los hechos:

Eran las cuatro de la madrugada, cuando un sirviente del ilustre Vargas toca á mi puerta, y me dice de parte del Presidente que hay una gran novedad y que vuela a su casa. Yo sabía cuál era la verdadera situación, ya que tantas veces había llamado la atención del Presidente sobre ella, pero que no estaba creyendo que pudiese haber llegado el propósito al extremo de su consumación, inmediatamente concebía, sin embargo, estábamos en el momento del atentado. Monté a caballo en el acto, y me dirigí a la casa del Presidente. Sin haber encontrado a persona alguna, en la esquina de Camejo se me mandó hacer alto, y durante cinco minutos, no se hizo caso alguno de mis solicitudes, para que se me permitiera continuar. Entonces se me acercó el Capitán Julián Castro, tan amigo mío que nos tuteábamos confidencialmente. ¿Qué vienes á hacer aquí? me dijo; y yo le contesté que llamado por el Presidente iba a cumplir mi deber. Resistió por mucho tiempo, á pesar de mis observaciones e instancias, y terminó diciéndome: "Pues tú haz lo que quieras, y lo que llamas tu deber, cumpliré el mío declarándote, que al entrar en la casa, quedarás también preso en ella". Le di las gracias, le supliqué que condujera el caballo á mi casa, seguí, y entré en la casa del Presidente...

Pero aquel amanecer aún daba para mucho más. Según Guzmán es el momento en el que irrumpe Carujo y se escenifica el famoso diálogo. Después del cual "salióse Carujo con aire de despecho, unióse a otros oficiales que le esperaban en el corredor, se oyeron voces estentóreas por el zaguán, se aumentaron ya en la calle, y súbitamente oímos al capitán Castro '¡Compañía, apunten!' y la fuerza tendió sus fusiles hacia las ventanas de la casa presidencial. El señor Vargas y yo,

únicos en la sala, hubiéramos perecido si el señor Castro añade, fuego. No lo hizo, y como dos minutos después, mandó a retirar la tropa” (Guzmán, 1880, T. III, 289-290 y 296-297).

El resultado aparatoso de la Revolución de las Reformas es conocido. Páez se opone y regresa a Vargas al poder. Así, 1836 amanece con Julián Castro aherrojado de esposas y grillos en una cárcel de Barcelona. ¡Vaya forma de comenzar en la historia! Después se le traslada a los fosos de Puerto Cabello. Tales son los primeros datos plenamente suyos con que contamos. Asaltando el poder una madrugada y casi matando al Presidente más cívico y sabio que ha tenido el país. A los veintidós años –poco más o menos tiene– esas cosas pasan. Pero hay más. Es en serio un hombre feroz. Está preso, pero no sólo por el fracasado golpe, sino por algunas cuentas particulares que, como tantas cosas suyas, se le escapan al historiador; es un episodio oscuro y elusivo que tan sólo entonces salta a la luz y que después se hundió completamente en el olvido: se le acusa del homicidio en la persona de un tal señor Sucre. No sabemos más. Sólo que por este brevísimo episodio su madre también salta a la vida pública; según refiere Francisco González Guinán, ella saca en la prensa un comunicado que no hemos podido hallar. Dice que su hijo no es un asesino. Que se le tenga piedad...Ocurre que Páez finalmente indulta a los comprometidos en el golpe del 8 de julio, pero que el capitán Castro no podía beneficiarse de la medida porque también pesaba sobre él una causa por delito común.

Y acá comienzan los misterios de Castro. ¿Quién es aquella señora que sale a defender a su hijo; cómo, siquiera, se llamaba? A cada paso en su biografía, como veremos a todo lo largo de este libro, su vida se hunde en zonas grises y a veces hasta desaparece por completo. Un ensayo sobre él, es un ensayo sobre el olvido. Es entonces un capitán preso del que no sabemos nada más. No sabemos datos tan básicos como su fecha de nacimiento, lo que pudiera entenderse por un origen oscuro que, acaso, él mismo se encargó de ocultar; pero otros aspectos que deberían ser más sencillos, como su vida familiar cuando ya era un hombre público o, por ejemplo, el lugar y las circunstancias

en los que pasó los doce años de su alejamiento de la política, entre 1860 y 1872, resultan, hasta el momento, imposibles de verificar. Es un asunto asombroso, incluso para quienes estamos acostumbrados a las lagunas –a veces océanos– de la historia venezolana: si de un hombre que fue Presidente hace tan sólo ciento cincuenta años hay tantos misterios, el espacio de temas inexplorados en nuestra historia debe ser infinito. Y el cúmulo, consecuentemente, de los papeles perdidos en nuestro país ha de ser tan grande como su capacidad de olvido. ¿Cómo a una sociedad se le puede perder un hombre así?

Pero sigamos con lo que tenemos o, mejor, con lo que no tenemos. No sabemos, por ejemplo, el año en que nació. Unos dicen que en 1805, otros lo han resuelto colocándolo “alrededor de 1810”. Hay consenso en que fue en Petare. Revisamos el archivo parroquial del pueblo, entre 1805 y 1815 y sólo encontramos un Julián Castro –su nombre completo: José Julián del Carmen–, hijo natural de Agueda Castro, blanco y nacido el 28 de enero de 1813. ¿Será nuestro Julián? Quién sabe. A lo mejor esta condición de, digamos, bastardía, lo motivó a ocultar sus orígenes. Ramón Urdaneta dice que era un “hijo escondido de ‘el loco’ Julián Pérez, y por allí venía su nombre y sus desgracias, en verdad, para el grueso del pueblo católico y, salvo pruebas genéticas imposibles de levantar, era hijo de Juan Manuel Castro y de Margarita Contreras, dos habitantes más de aquél poblado, que dentro de un anonimato rural vieron crecer al muchacho en medio de indecibles penurias”. ¿De dónde habrá sacado Urdaneta esto? De una sátira aparecida en Caracas cuando nuestro personaje cae en desgracia, “Confesión de Julián Castro y Sentencia a la Nación Venezolana”. Es decir, de un pasquín. ¿A qué se refiere con eso de “El Loco”? Es verdad que sus enemigos tildarán a Julián de loco, sobre todo cuando sus cabriolas políticas dejaban boquiabiertos a propios y extraños, pero es una acusación que nunca pasó de eso. La sátira, a la que no hemos podido acceder –seguimos en esto a Guillermo Morón– refiere su nacimiento en Petare y su matrimonio con una hija de José Laurencio Silva, aspecto del que ya hablaremos. Alguna verosimilitud

debió tener, porque en aquella Caracas en la que todos se conocían (y más en aquél Petare en el que sólo había tres mil personas, según cifras de 1815), era imposible que no se supiera exactamente quién era y de dónde venía.

En fin, según el historiador Torcuato Manzo Núñez, quien era su descendiente, sus padres fueron Juan Manuel Castro y Margarita Contreras. Más nada sabemos de ellos. Petare es un dato que desaparece de su vida. No hay indicio alguno de que haya tenido una relación especial con el pueblo. Revisamos en los estudios que reposan en el Centro de Historia Regional de Petare, en las actas de su cabildo a partir de 1822, y ni siquiera el apellido Castro aparece en la región hasta bien entrado el siglo XIX. Revisamos cielo y tierra y por todas partes se nos escabullía el General. Sólo queda por revisar su hoja de servicios en la sección de Servidores de la Patria, del Archivo General de la Nación, en cuyo índice aparece; pero el libro está en restauración y no fue posible consultarlo a pesar de los numerosos intentos. Es una falta importante para este trabajo, porque allí probablemente salgan datos capaces de dispersar este enramado de conjeturas. También suponemos que un trabajo detenido en los papeles de la Secretaría de Guerra y Marina, y en los juicios de 1835, aportarían datos importantes sobre él. Del mismo modo habrían de revisarse los papeles de la Escuela Militar que supuestamente dirigió Codazzi, y donde, según Morón, estudió. Una ficha académica del cadete Julián Castro, compañero de curso y amigo cercano hasta que sus vaivenes políticos lo separaron de Ezequiel Zamora y Juan Crisóstomo Falcón, tendría un valor excepcional. Pero, ¿dónde están esos papeles? Es más, ¿cuál fue esa escuela? Indagamos y no hemos podido dar con ella. Sólo sabemos que para 1830 Julián Castro era alférez. Tal vez, en efecto, tendría entonces diecisiete o dieciocho años.

El punto es que todas las indagaciones sobre su vida privada apuntan hacia Valencia. Tanto él, como su hermano Inocente, ya habían echado raíces en la región, desde la década de 1840 se casaron con muchachas del lugar y dieron origen a una importante descendencia

que aún, en muchos casos, mantiene el apellido Castro. Antes de eso, de 1840 y de Valencia, Julián Castro, el hombre, es una interrogante casi imposible de sondear.

Bejuma y la familia Bolívar

Pero de esa fecha en adelante las cosas cambian un poco. Nomás que eso: un poco. Antonio Leocadio Guzmán reconoció la buena amistad que tuvo con él, lo que habla de alguna participación suya en los círculos políticos e intelectuales de la capital y explica la buena pluma que siempre encontramos en sus papeles, y que en buena medida desmiente su fama de ignorante. Nada más podemos intuir. El desenlace de su juicio por homicidio también entra en el universo de sus arcanos, aunque todo indica que fue absuelto en un momento en el que la pena de muerte le era impuesta a los homicidas. ¿Qué hace Castro entre 1836 y 1845, cuando es rehabilitado en su cargo de oficial? Tampoco sabemos. 1845 es la frontera en la que las penumbras comienzan a despejarse. Antes, uno que otro dato y nada más. No obstante, hay uno que empieza a sonar y que luego le será consustancial: Bejuma, la pieza fundamental en el rompecabezas de su vida.

¿Cómo llegó hasta allá? Todo parece que por la vía de un matrimonio. Desde 1831, según leemos en un documento en el que piden licencia para casarse, Julián ha vivido amancebado con María Nieves Briceño "...con quien por su fragilidad tiene cuatro hijos y ha vivido como casado por el espacio de once años..." El documento es de 1842 y recibe la aprobación del arzobispo Ignacio Fernández Peña. Un año y medio después, el 19 de octubre de 1843, se casan. Comoquiera que el apoderado de Castro en la primera solicitud es José Laurencio Silva, y el padrino de la boda es Fernando Bolívar, queda claro que Nieves estaba muy vinculada con ese grupo familiar. Según Torcuato Manzo –y en lo que lo sigue Guillermo Morón–, Nieves era hija natural de Silva. Es difícil asegurarlo de un todo, pero es muy notable que a lo largo de los años siguientes los nombres de este héroe de la Emancipación y el de Julián Castro estén relacionados una y otra vez.

La historia es conocida y emblemática para lo que tratamos: José Laurencio Silva constituye, con seguridad, el caso más notable de ascenso social entre los muchos que permite la Guerra de Emancipación, incluso por encima de Páez. Pardo, va escalando grados en el Ejército patriota hasta llegar a General. Y el suyo sí es un valor con gloria: se distingue en Bomboná, en Junín y en Ayacucho, donde le dan tres lanzazos. Muy cercano a Simón Bolívar, será algo así como la prueba de sus ideas sociales. Una vez, en Perú, las damas de la sociedad no quieren bailar con él. Es demasiado oscuro para la aristocracia limeña. Bolívar responde al desprecio sacándolo él a bailar. Luego va más allá y lo asigna como esposo para su sobrina, Felicia Bolívar. Era una de los dos hijos que dejó huérfanos su hermano Juan Vicente cuando naufraga en 1810, y que El Libertador había asumido como si fueran suyos. El otro hijo era Fernando Bolívar. Aunque Felicia casi le suplica que le busque otro marido, El Libertador fue tajante: o se casaba con Silva, o perdía la herencia. Todo hace indicar que en las cosas del hogar, nuestro revolucionario funcionaba como cualquier patriarca del mantuanaje. Se casaron, pues, y al final parece que no les fue tan mal: tuvieron siete hijos.

El punto es que las heredades de estos Bolívar estaban en Chirgua. Era el resto del emporio terrateniente y minero que habían acumulado en el centro del país y en el valle del Yaracuy, y que ya para entonces estaba perdido o desperdigado entre las diversas ramas de la familia. Con su matrimonio, Silva –que también era de la región: había nacido en Tinaco– se va haciendo uno de los terratenientes más importantes del lugar. Con tierras y con su gigantesco prestigio militar, es obvio que haya hecho alguna que otra incursión extramatrimonial. Casi se trataba de un derecho adquirido por los caudillos. O acaso si calculamos los años, fue producto de una relación anterior al matrimonio. De una de esas incursiones nació, en Tocuyito, Nieves Briceño. El año se nos escapa, pero debió haber vivido mucho tiempo y haberse amancebado desde muy joven: si para 1842 ya tenía once años viviendo con Castro, y no muere hasta 1908, los datos nos hablan de una

importante longevidad. Pensemos entonces que comenzó sus amores cuando tenía doce años, por poner la edad núbil mínima para la época, es decir, que habría nacido hacia 1819 y que vivió unos noventa años. Lo demás queda para la imaginación: el joven y gallardo alférez de dieciocho años que la enamora, la preña y luego es destacado acá y allá, se mete en el lío de la Revolución de las Reformas, en lo del homicidio, va preso, se va de campaña, está en lo uno y lo otro, pero que siempre regresa a sus brazos, una y otra vez. Es un esquema que se mantiene hasta cuando es Presidente y seguramente hasta cuando se exilia. Bejuma, Chirgua, Valencia, son más que unas localidades y unas tierras: son también los nombres de una mujer. Una mujer, como todo lo comprueba, que ama. Ya con cuatro muchachos (Julián, Inocente, Ramón y Francisco de Paula), se casa con ella. Son, mujer y muchachos, su vida, su única verdad. Una verdad para la que fue tierno –hay registros de eso– y desinteresado.

Pero la familia también era más. Silva, que por lo visto cuidaba a su hija natural, finalmente le legó una porción de La Mona, que es un sector en Chirgua. Por otro lado, Castro le compró a Fernando Bolívar la Hacienda “La Fraternidad”, que está en el mismo sector. El clan de los Bolívar, entonces, es el punto de gravitación de Castro. Es la pieza fundamental para comprenderlo. Como Silva y Fernando Bolívar, es liberal y ascenderá en la época de los Monagas. El primero es su eterno compañero de batallas y aventuras. El segundo lo ayudará como secretario. Ya con familia –que incluye un suegro poderoso y amigo, y un pariente importante y rico, como Fernando– y con tierras, sólo le faltaba un contexto para hacerse líder. Un pueblo que sea suyo, su feudo. Ese será el que tenía al lado de Chirgua: Bejuma. Prácticamente nace al mismo tiempo que él. Se ha ido formando espontáneamente en los últimos veinte años, acaso acicateado por la explosión del café, pero no es hasta 1845 cuando es elevado a parroquia civil del cantón de Montalbán.

Bejuma será a partir de entonces el terruño de Castro y de su hermano Inocente. No aparecen entre los fundadores, pero sin lugar a dudas

son de los primeros prohombres del lugar. Allí crecen sus hijos y prosperan sus haciendas, sobre todo la de “Campo San Juan”, que es la principal. Allí está su vida y sus referencias. No en vano, cuando derrocado en 1859 la prensa conservadora quiere burlarse de su supuesta rusticidad, lo llamarán “condecorado con la Cruz de Bejuma”. Y no en vano fue bajo su gobierno, el 19 de julio de 1859, que Bejuma se eleva a Cantón, separado de Montalbán. Su hijo mayor, Julián Castro Briceño, será uno de los líderes guzmancistas de la región, y el tercero, Ramón Castro Briceño, presidirá el Concejo Municipal entre 1909 y 1910. Su hermano, Inocente, fue jefe político y militar del Cantón de Montalbán ya en los días de Monagas. Y los choznos de ambos siguen constituyendo importantes familias que prolongan la saga de los Castro y de José Laurencio Silva hasta hoy.

Las vicisitudes del valor

Pero Castro es un militar, no un agricultor. El trabajo sistemático, el ahorro, el progreso lento pero seguro...en fin, esas cosas que pregonan hombres como Cecilio Acosta, carecen de emoción. Una carga de caballería, una victoria, los tributos del valor: eso es lo que sueña nuestro hombre. Su plan es ser como su suegro. Lo ha ido alcanzando, poco a poco. Pero faltaba más, según sus ambiciones, mucho más.

En 1845, como dijimos, es rehabilitado con su grado de capitán y con él, al año siguiente, lo vemos entrando en campaña. Es de los que persiguen al Indio Rangel y a Ezequiel Zamora. Entonces comienza su larga carrera de éxitos militares. En este caso, como en todos los que le tocó sortear, beberá las mieles del triunfo. Es un buen soldado: ni sus enemigos lo niegan. Es valiente y hábil en tácticas. Una lástima que la vida no lo haya probado en lances de más nivel. Fue siempre el vencedor de refriegas que pasan desapercibidas por la historia. A Rangel y a Zamora, por ejemplo, los derrota en Los Leones, cerca de Güigüe.

El destino, sin embargo, le vino con la llegada de los liberales al poder. Él es un militar profesional, que cuando se le manda a perseguir a Zamora, lo hace indistintamente de las simpatías y la amistad, pero

más que eso, es un político potencial. Lo ha probado al lado de Carujo. El caso es que José Tadeo Monagas no necesita militares profesionales sino militantes del Liberalismo. Después del 24 de enero de 1848, en el que los liberales asaltan el Congreso y Monagas se cambia de bando político, Páez, jefe de los conservadores, se ha alzado y hay que salir a combatirlo. Para Castro es la gran oportunidad y los siguientes años son los del ascenso y la consolidación. Cuanto guerrillero alzado, cuanto guerra civil se pelee por las montañas de Carabobo, tendrán siempre en él a un protagonista. Conocedor de la zona y del arte de la guerra, una y otra vez ganará en esos combates.

Obviamente, a la hora de repartir los premios, obtiene su tajada. El 19 de marzo de 1849 Monagas logra que el Congreso, aunque, eso sí, por la diferencia mínima, apruebe los ascensos que había propuesto para quienes lo acompañen en la toma del poder. La resistencia fue grande –de allí que sólo a última hora un voto salvara la proposición–, ya que según la ley orgánica militar (del 18 de abril de 1826) se fijaba en veinte el número de generales y en 50 el de coroneles, y con estos ascensos la cifra se multiplicaba. “La causa de todas las revoluciones que desde su independencia han sufrido las Repúblicas hispano-americanas, ha sido la ambición y exageradas pretensiones de los militares...”, se lamentó entonces el senador José María Lapalma; acaso no se persuadió (o acaso se persuadió demasiado bien) de que era precisamente uno de esos militares el que estaba gobernando. Y la historia le daría la razón. Habían pasado los días deliberativos y los del civismo rectilíneo de Vargas. Con los premios se catapultan unos cuantos personajes que habían hecho méritos alzándose bajo la bandera liberal (o bajo cualquier bandera). Uno de ellos es Julián Castro. Así, aquel día de San José –marzo, siempre marzo, como signo de una vida– Castro es ascendido a Comandante.

Pronto habrá de demostrar la gratitud por su ascenso. Ya para agosto lo encontramos con 400 hombres persiguiendo a Páez por las serranías que de San Felipe bajan hacia Tinaquillo. La idea era rodearlo. Otros comandantes del gobierno, Ezequiel Zamora –también incorporado al Ejército por Monagas– Nicolás Silva y, claro, José Laurencio

Silva, suben desde El Baúl. A la altura del Araguato comienzan a oírse los tiros, pero el combate se traba finalmente en Casupo. Cansado, sin armas y en desventaja numérica, Páez demuestra porqué es Páez. Se bate como en los buenos tiempos, como si otra fuera su edad y la causa una mejor. El resultado del combate es indeciso, lo que es un triunfo para el que lleva la desventaja. Aunque Zamora más tarde se declararía vencedor, el balance fue más bien a tablas: rechazado por las tropas paecistas, hubiera perdido el campo si Castro no llega en su auxilio. Así, al final de la jornada, todos estaban donde empezaron, aunque el *Centauro* yacía completamente cercado. Más tarde, en su *Autobiografía*, dirá que fue la noche más triste de su vida. No tuvo más remedio que capitular. Es el declinar de una generación y el ascenso de otra. Aquellos comandantes que por una de esas volteretas de la historia abruptamente habían tenido la gloria de vencerlo, vieron abrirse ante sí las puertas de todas sus aspiraciones.

Por lo menos para Castro es el principio de la consagración. El triunfo sobre Páez es la antesala de mayores grados y cargos en la administración pública. Cuatro años después, los nuevos alzamientos que sorteó le demostraron esa otra cara del valor que tan apreciada será por los sablones venezolanos del siglo XIX: la fidelidad. Ganar la fidelidad de los hombres bravos representaba una de las tareas fundamentales de los gobernantes en los tiempos del caudillismo. El *valiente*, entonces, aprenderá a vender bien las lealtades y José Gregorio Monagas, que ahora hereda en la Presidencia al hermano, hará lo posible por comprarlas. Para eso, una vez más se recurre a los ascensos por encima de los canales regulares. Así, el 15 de abril de 1853 vemos con galones de generales a un conjunto de militares cuyo mérito fundamental era ser liberales. Con el tiempo, casi todos se convertirían en los grandes paladines de la Federación y dos de ellos llegarían a presidentes de la República. Ahí están Juan Antonio Sotillo, José Manuel Olivares, José Desiderio Trías, Pedro Vicente Aguado, Ezequiel Zamora y, claro, Julián Castro. Tal vez entonces, más que nunca, entendería hasta dónde el mundo era de los valientes. Ya es un caudillo con fuelle nacional.

Ya sabe de qué va el asunto del éxito y la adulación. El Ayuntamiento de Valencia hace unos votos de gracias para él y para su inseparable suegro por su labor al derrotar los alzamientos de aquél año. Pero Castro comienza a dar muestras de las artes de la seducción y el disimulo de las que en poco tiempo sería un maestro: “Yo no puedo resistir el peso que pone sobre la inferioridad de mi ser...” el halago. Nada: todo el mérito es para Monagas, gesto que el caudillo sabrá agradecer. Su primera aparición en la gran política del país es un abre boca de lo que vendría después. Maniobras, seducciones, conjuras.

En junio de 1854 otra vez hay levantamientos en varios puntos del país. Guacara, por ejemplo, se alza al grito de *¡Viva el General Páez!* y llega a organizar una fuerza que avanza sobre Valencia. En ella se encontraba, ya ascendido a Comandante de Armas, Julián Castro. Son rechazados con facilidad, pero en el combate ocurrió algo; una cosa que seguramente retumbaría en los oídos de Castro durante los siguientes años; y que retumbaría acicateando las ambiciones de un militar que ha hecho su servicio en y para la política: algunos alzados, acaso para ganarse una pieza que suponían maleable, o que tal vez habían recibido garantías como complotados que no registra la historia, además de vítores al general Páez, los hicieron también a él. *¡Viva el General Castro!* La cosa no pasa de ahí. Castro emprende operaciones contra los alzados en la ruta hacia Nirgua y muestra tanto su probada lealtad a Monagas como su invariable capacidad para ganar combates. Pero ya hay algo sembrado, ya algo se comenta, o algo dijo que se le escapa al historiador; cuando finalmente se rinden en Bejuca, el delegado de los rebeldes, el Capitán Antonio Vásquez, le dijo: General, nosotros veníamos contando con usted.

—Pues hicieron mal —les contesta Castro—, porque ustedes debían saber que yo no soy paecista.

Tal vez lo sabían, o tal vez sabían otra cosa: “Usía, señor General Castro, es un Jefe valiente, de gran prestigio en la nación, clemente...”, le escriben. ¿Fue acaso ésta la primera maniobra en la que Castro ensayaría la doblez? ¿Será la antesala de esa capacidad para prometerle

todo a todos, que veríamos después? Hoy es imposible saberlo, pero razonable sospecharlo... Casi dos años después, en abril de 1856 y en medio de los fastos promovidos por Monagas para reformar la Constitución y reconstituir a Colombia, verá coronada tanta valentía con su ascenso –Monagas necesita concitar aún más voluntades para perpetuarse en el poder– a General de División y a Gobernador de Carabobo. Está bien, pero no era el techo. Como Gobernador quiere ser severo y eficiente. Por ejemplo, combate el juego y los desórdenes, se opone a la lotería, Valencia ve progresos. Pero, qué va, no es suficiente. *Jefe Valiente*, ¡qué frase tan buena! Debió repasarla una y otra vez. Sí: la valentía te hace jefe; la valentía –que no la justicia– lo ha llevado hasta donde está; y la valentía, lo va a probar en poco, en efecto le haría conquistar, si no un mundo, al menos una nación. El signo de Carujo volvía a brillar.

Días de Marzo

Los años triunfales

Entre 1855 y 1858 el signo vital de Castro es, más que nunca, el signo del país. Cada acontecimiento, cada sobresalto, cada conspiración, representa una oportunidad que sabe aprovechar. La valentía, la astucia, la inteligencia que tiene, aunque todos se la regatean ahora como se la regatearon entonces, le pagan bien. Asciende cada uno de los peldaños de caudillo, terrateniente y político hasta coronar su destino en la Presidencia, acaso para sorpresa de él mismo. Así, en 1858 lo que hasta entonces había sido una vida con protagonismos más bien secundarios, salta abruptamente a la gran escena y a la grande historia nacional. Serán año y medio, dos años, en los que, como un cometa tan luminoso como fugaz, pasa Julián Castro encandeciendo al cielo para marcharse sin dejar verdaderos rastros. Meses de una intensidad pocas veces igualada en el devenir venezolano, en los que pasa de todo, en los que los hechos son tantos y tan ricos que no sólo han logrado opacar a Castro en su recuerdo, sino que ya entonces lo arrastraron como a una barcaza en medio de un vendaval.

En medio de las turbulencias, de la falta de dirección, del desespero y de las locuras; en medio de las hondas contradicciones que dividían

a la sociedad, ésta busca un salvador caudillista y mesiánico, toma el que tiene a mano y, claro, vuelve a fallar. No se trató sólo del hombre elegido, sino de la cortedad de la solución ensayada. Obviamente que es más fácil decirlo hoy, a ciento cincuenta años, que entenderlo en medio de la tempestad, pero eso tampoco lo excusa del desfallecimiento que sufriría por más de una década, en la que deja de funcionar como tal; en la que lo último del poder de los hombres justos desaparece y todo quedará en los sablones del valor: esa década terrible que le abre sus puertas a todos los demonios en los *idus de marzo* del año 58, el vigésimo octavo de su fundación, el último de su sueño fundacional.

A la sombra de los Monagas

Pero vamos a los hechos. En 1855 José Gregorio Monagas le regresa la Presidencia a su hermano. Es una jugada que parecía perfecta y que llevaba a José Tadeo hasta el cenit de su poder. Ya no es asunto de mandar por la interpersona, sino de ser reelecto una y otra vez; de hacerlo sin cortapisas. Por eso, los siguientes meses son una sucesión de éxitos en los que todo sale según lo planeado. Nadie podría haberse imaginado que era precisamente el comienzo del fin.

Para ese momento el *Monagato* ya es bastante más que un simple núcleo regional; es una suerte de pequeña dinastía que reúne en torno suyo el caudillo. Familiares cercanos y lejanos, aliados regionales, personas estrechadas por los más variados vínculos económicos y políticos, conforman su sistema. En realidad ya no le hace falta la siempre incómoda convivencia con los liberales. Lo de él no es un partido, expresión de la política moderna, es un clan. Francisco Oriach, por ejemplo, que es su sobrino y a la vez su yerno –¡porque hasta la endogamia llegaba el clan!– es nombrado Consejero de Estado y, dos años después, Vicepresidente; su hijo José Tadeo queda como juez de circuito en Caracas y aparece acá y allá, donde haga falta; José Gregorio, por cuidar tan bien el poder, se lleva como premio una elección para el Congreso; y, poco después, Juan Oriach es nombrado Jefe Político del Cantón de Barcelona, que no es cualquier cosa, sino el núcleo de su

poder regional de caudillo. Por eso Monagas decide ir más allá. Fiel a su consigna de que “la Constitución sirve para todo”, se desliza hacia una de las más viejas como malhadadas tentaciones de la política venezolana: reformar la Constitución para perpetuarse en el poder. De hecho, es lo primero que trae en la agenda de su nueva administración. Aunque parezca insólito, su primer acto de gobierno es buscar la reelección. Se trata de tan sólo articular algunas maniobras, guardar ciertas apariencias y esperar los lapsos requeridos, por ejemplo, a que sea electo el otro Congreso, porque el que está en vigor establece que la reforma constitucional es asunto del siguiente, no de él, ya de despedida. Y en efecto, el Congreso se reúne en enero de 1857 y ya para abril tenía promulgada la Constitución. Acaso Monagas se sentía entronizado a perpetuidad.

Dos cosas se destacan en la nueva Carta Magna, una que tendrá un efecto inmediato y estruendoso; y otra, en la que pocos repararon entonces, pero que, a la larga, conllevará su consecuencia histórica de más largo aliento: la primera es que el Presidente y el Vicepresidente podían ser reelectos, aspiración de los Monagas y causa de su derrocamiento aparatoso; y la segunda, que los gobernadores de las nuevas provincias creadas por la ley de división territorial del 9 de mayo de 1856 serían nombrados por el Ejecutivo. Tanto lo de la nueva división político-territorial, como la centralización de las designaciones estatales, inaugura un sistema que se mantendrá hasta finales del siglo XX –la segunda– y, en esencia hasta hoy, la primera. De allí que quienes dicen que esta Constitución no tuvo impacto por la rapidez con la que fue derogada, probablemente desatienden estos aspectos.

Pues bien, haciendo uso de la nueva ley territorial, José Tadeo Monagas designa a los gobernadores. Puros nombres probados del monaguismo. Todo parecía augurar un tránsito feliz a su consagración en el poder. En cada provincia una ficha, con sus soldados prestos a sostenerlo. No obstante, como escribiría años más tarde González Guinán, “como Jesús entre sus Apóstoles, el Presidente llevaba entre los nuevos Gobernadores su Judas”. Es un tremendismo comparar a Monagas con

Jesús...Y acaso lo sea también comparar con Judas al nuevo y flamante Gobernador de Carabobo, aquel jefe de Armas que tan bien lo había hecho una y otra vez, y de cuya fidelidad no tenía dudas: Julián Castro; pero también es cierto que desde Valencia lo saldría a tumbar. Y lo haría jurándole fidelidad hasta un día antes, pero lo saldría a tumbar.

La Fusión de Marzo

En contra de todo pronóstico, para abril de 1857, es decir, justo para cuando la Constitución se proclame, el gobierno de Monagas estaba socavado. Él no se lo imagina; en realidad, pocos se lo imaginan. El descontento cunde, pero nadie se atreve a gritar que el rey está desnudo y así, en medio del corro que aplaude, todos suponen a los otros más convencidos de lo que están. Es uno de uno de esos casos en los que la rueda de la fortuna política da sus virajes más veloces y la ironía le pone sus ribetes a la historia. Precisamente cuando un régimen y un caudillo parecen más consolidados que nunca, todo, abruptamente, se viene abajo.

O tal vez haya sido precisamente eso lo que puso más activos a los descontentos. Nada mueve más a los opositores ni los hace más osados que la imposibilidad manifiesta de tomar el poder, aunque sea algún día; Páez no había dejado de conspirar un solo momento. Desde el exterior trama asonadas y guerrillas –ya vimos, por ejemplo, la que intenta tomar Valencia en 1854–, aunque cada vez con un éxito peor. Y Páez no es el único. Los conservadores deciden armar un complot más amplio: mientras el Centauro destila en Nueva York el sueño de un vapor y de una expedición sobre Venezuela, y para eso le pide a sus partidarios la bicoca de cincuenta mil pesos, éstos entienden que es necesario el concurso de los liberales; que el nepotismo de los Monagas ya había rayado en un punto que ni ellos podían soportar, pero que con Páez en el medio era imposible estructurar una alianza. De ese modo, el comité de prósperos agricultores supervivientes del viejo mantuanaje y del Partido Conservador –Juan Bautista Mijares, Fermín Toro, pero sobre todo Manuel Felipe Tovar– que se organiza para aca-

bar con los Monagas y que, de forma rápida –incluso sorprendentemente rápida–, encuentra eco en todo el país, que se llena de comités similares; más allá de que cincuenta mil pesos estaban, largamente, a su alcance, opta por un jefe militar en servicio, con mando de tropas y ascendente en sus hombres, dispuesto a un pronunciamiento y que, además, pudiera ser un hombre de consenso...Ahora bien, ¿quién podía ser ese hombre?

La historia, en una de esas volteretas que (al menos, en la venezolana) son tan comunes, se encargaría pronto de revelárselos a estos patricios que –como en 1810– convencidos de que por riquezas y abolengo debían asumir la paternidad de la patria, han decidido salvar la República de lo que ya parece una dinastía o, mejor, un cesarismo por los gestos y discursos de halago al pueblo con los que espera mantenerse. Pedro Gual, José de Austria, Lucio Siso, Justo Briceño, León Febres Cordero: todos los grandes apellidos y las reliquias de la revolución de 1810 se comprometen. Entre ellos está un recién avvicinado al pináculo, uno de esos caudillos de la cosecha de la Independencia que, como Páez, ha reunido sus tierras, sus pesos y, en su caso, hasta casado con una mantuanita: José Laurencio Silva, que hasta la hora ha actuado siempre como liberal. El dato no debe pasar desapercibido en una biografía de su yerno. Pero vamos por partes. Para el momento sólo falta alguien con quien no espantar a los liberales ¿Quién? Sería un hecho fortuito el detonante que pondría las cosas en su lugar. Mientras la nueva Constitución está por promulgarse, en marzo del 57 llega a Caracas el último de los venezolanos continentales que deja la Emancipación. El último de aquella época en la que los hijos de Venezuela derramaron su sangre y su gloria por toda Sudamérica, sembrándola de generales, políticos y presidentes (y, con Andrés Bello, pudiera decirse que también de intelectuales o, al menos, de un gran intelectual). Se trata de Juan José Flores, que con sus intervalos gobernó al Ecuador desde la desintegración de Colombia hasta 1845. Para 1857, una vez salido del poder y después de algunos intentos erráticos por recuperarlo, ya está como sus coetáneos que se quedaron hacien-

do vida política en el país –Monagas, en breve; y Páez desde hace una década– en un franco declinar. Viene, entonces, a recobrar sus recuerdos y sus afectos a Venezuela; y Venezuela, que en la cotidianidad de una vida republicana azarosa y llena de adversidades y estrecheces ya no se reconoce como la tierra de los grandes hombres que fue, cae rendida a sus pies como quien se solaza en la desgracia con los buenos recuerdos de la juventud. Literalmente: el Congreso le otorga el grado de General en Jefe y todos lo tratan como héroe. Adonde llega arranca alaridos de entusiasmo. Ante la quiebra moral y material, Flores es el ejemplo de un país mejor; ante la pequeñez de una administración que ya tiene visos de tiránica, ante las pretensiones de uno de nuestros primeros “Césares democráticos”, Flores es el sueño del salvador de la República, su regularidad, sus leyes y, sobre todo, sus patricios. Nuestros aspirantes a Brutus, los hijos de aquella casta de pretensiones senatoriales que sueña con el apego a las leyes de las que se burla el César –y que a la larga hubieron de calarse a su Octavio, a partir de 1870...– creen que es el hombre indicado. Sin darse cuenta, la levadura de líder que hay en Flores prende en la masa venezolana como en otro tiempo prendió en la ecuatoriana. No hay sitio que visite en el que no sea la evocación de mejores tiempos –el suspiro de una República ordenada– un motivo de orgullo nacional para un colectivo que tan pocas razones tenía para enorgullecerse de su entorno. Y así pasa lo natural: cada vez con más ahínco se oye el grito de ¡Flores para presidente! Los desafectos a Monagas ven en él una posibilidad: que el último de los grandes Padres de la Patria, pues, la salve del nepotismo.

Porque Flores no es Páez ni Monagas, pero tiene al menos tantos pergaminos como ellos para sustituirlos. Además, como su vida la ha hecho en el lejano Ecuador, no genera facciones, aunque es conservador y eso siempre será una buena credencial para los patricios conspiradores. De ese modo, los paecistas y los del grupo de Tovar se le acercan ofreciéndole el liderazgo de una revolución. Para un caudillo en desgracia, buscando una República qué gobernar, es una tentación suculenta, pero Flores, zorro viejo, no es tan ingenuo; en Ecuador se

ha metido en mil lances similares y aún se meterá en mil más (de hecho morirá en uno de ellos, ocho años después) y por eso huele rápidamente de qué se trata. Venezuela es un recuerdo familiar, no un proyecto político. Acaso no quiere mancharlo con la posibilidad de que a fuerza de ser hoy de todos, mañana, cuando se vayan los Monagas y los conservadores vuelvan a ser conservadores, y los liberales a ser liberales, no sea de nadie. Es decir, a sufrir el libreto que paso a paso seguirá quien sí aceptaría la propuesta revolucionaria un poco después. Un político curtido no cae en eso; un aprendiz al que la audacia le ha sonreído un par de veces, sí.

Ya tendremos oportunidad de detenernos en eso. De momento el rumor en torno suyo crece tanto que hasta los monagueros piensan seriamente en él. Sobre todo aquellos que han venido dando señales algo confusas, como -¡quién más!- Julián Castro. Acaso curándose en salud, el Gobernador de Carabobo decide dar el primer paso y le envía un emisario, Inocente Lovera, para informarle que, de estallar la revolución, está pronto a unirse a su movimiento. Éste y una multitud de casos similares, siempre han servido en nuestra historiografía para probar el carácter falaz de Castro. Ciertamente, cuando le tocó conspirar fue un maestro en el arte del disimulo, pero hay un dato que normalmente pasa desapercibido: el que señalamos, que su suegro, José Laurencio Silva, estaba metido de frente en la conspiración; que si consideramos sus propiedades en Chirgua y Bejuma, Castro dependía tanto o más del clan de los Bolívar, donde gravitaba Silva, que del Partido Liberal.

De un modo u otro, Flores entiende que es hora de irse rápido, alegando cualquier cosa. En su vida ya hay algunas conspiraciones internacionales, pero lo de Venezuela no termina de convencerle. Por un momento parece que le hace oídos a la propuesta y hasta señala el plan que se ejecuta finalmente: que la revolución estalle en Carabobo y que se le asegure la plaza fuerte de Puerto Cabello, de paso, su tierra natal. Tal vez fue una medida para calmar los ánimos y ganar tiempo: dice que está en contacto con Páez y se marcha a Lima, prometiendo

volver de ser necesario. Las dos cosas resultaron falsas. Si, Páez, que está al tanto, entra en escena, le reclamará la jefatura del movimiento, o al menos el reconocimiento por tal de Flores. Meterse con el Centauro es demasiado. Flores simplemente se zafa de un compromiso que le parece insólito. Aún le quedarán años felices: García Moreno lo llamará de regreso a Ecuador, le retorna los bienes confiscados, lo colma de honores, le da el mando de un ejército, dice que sólo él puede imponer el orden y así deja que se embarque en campañas tan audaces como una invasión a Colombia, hasta que finalmente muere en una de ellas. Es decir, muere en su ley.

Se va Flores, pero las noticias vuelan. No sabemos muy bien cuál fue el itinerario, pero todo indica que él, o algún otro comprometido –por ejemplo, insistimos, su suegro José Laurencio Silva, que en lo subsiguiente revoloteará políticamente en torno suyo– le comentó la propuesta de Castro y así, a través de los vericuetos –tan veloces en la política venezolana– por los que transitan los chismes, llega a oídos del grupo de Tovar: ¡enhorabuena, se habrá dicho el Conde, a falta del viejo Libertador, ha aparecido el líder que andaban buscando! Fermín Toro lo reconocerá después, crudamente: “Pedíamos los que conspirábamos un jefe al cielo y a la tierra, y ese jefe no aparecía; unos, derrotados; otros, perseguidos; otros, fuera del país; sólo el General Castro tuvo el valor de decir: ‘Pongo mi espada en la balanza y me lanzo a combatir al que oprime ha diez años Venezuela’”. El 1º de octubre de 1857 Pedro José Rojas –y con eso hace entrada triunfal a este trabajo un personaje que con el tiempo se mostrará fundamental– le escribe a Castro: “Sea que usted inicie el movimiento, sea que apoye el que nosotros iniciemos, el esfuerzo de esa provincia [Carabobo] no podría menos que asegurar el triunfo de la revolución”. El hombre acepta participar. Sí: nada menos que Castro, la espada fiel de Monagas en el centro del país; aquél que se lo debe todo al caudillo oriental; el que no dudó en apresarse a Páez y, acaso, en pegarle un tiro a Vargas, ahora es el que pacta con Tovar, Mijares, Toro, los viejos nombres del mantuanaje y el Partido Conservador. Con él se unen otros liberales como Wenceslao

Urrutia, Manuel Echeandía, Nicolás Brito y Mariano Tirado. Falcón también se mete al principio en las negociaciones, pero al final se retira, aunque sin delatar a nadie. Monagas ya ha ido muy lejos y todos hablan de que hasta otros militares de filiación liberal y que han tenido una carrera meteórica gracias a eso –como Falcón o como Zamora– también quieren conspirar. Es más: todo probaría a la vuelta de unos meses que Venezuela entera apoyaba la conspiración, ¡hasta el Gobernador de Caracas, el ultraliberal Joaquín Herrera, tan enconado en su tiempo con los conservadores en desgracia, acepta liderar el movimiento en la capital! Es lo que en el lenguaje del siglo XIX llamaban *fusión*, o sea, la unión, casi contra-natura, de liberales y conservadores. Tanto se habla de ella que, como en los cuentos de infidelidades, los interesados son los últimos en enterarse, acaso por no querer ver...

Sin embargo, algo del rumor también llega a los oídos de Monagas. Tal vez por aquello de que los dioses, como decían los antiguos, ciegan a quienes quieren perder, por esta sola vez el taimado Caudillo oriental no quiere creer... Incluso Flores tiene la gallardía de advertirle lo mal que van las cosas, que tenga cuidado, general, que tal vez esté sobre el fermento de una revolución. A lo mejor por eso Monagas hace unos amagos increpando a su fiel gobernador: “...extraño mucho que un hombre sensato como U. –le escribe el 10 de febrero de 1857– y que tantas pruebas tiene de mi amistad haya dado ascenso a chismes...” Ante lo que Castro demostrará en los siguientes meses una proverbial maestría en las artes del disimulo, esenciales en todo conspirador. Monagas manda a Rafael Arvelo a Valencia en plan de averiguar, y Castro, colmándolo de halagos y banquetes, lo despacha convencido de su lealtad. Si algo bastara para que las acusaciones de Judas y de falsario que le endilga González Guinán fueran comprobadas, lo son las proclamas de adhesión y las cartas de fraternidad que a lo largo de un año le envía religiosa, incluso desgarradamente –¡Conspirador yo!, se ofende –en todas– a Monagas. Pueden rastrearse cartas suyas desde principios de 1856 advirtiéndole a Monagas que “algunos individuos se venden a mí y a V. E. como amigos con lo que nos atacan cuando

encuentran ocasión...desengañese, mi general, los protervos no esperan sino la ocasión para traicionarnos..." (esto lo escribe nada menos que el 5 de marzo de 1856: justo dos años antes de rebelársele); que "estando V. E. como lo debe estar satisfecho de mi proceder y mereciendo confianza, ¿a qué satisfacer a esas mismas vocingleras de enemigos que V. E. conoce y que refiere en su citada...?" (escribe el 21 de junio); "Ha llegado a mí la noticia que entre los enemigos del Gobierno cunde la nueva de que yo tomaría parte en un movimiento revolucionario. ¡Yo, que ejerzo un mando civil en nombre de la República y según las instituciones que la rigen; yo, que he puesto mi espada y mi corazón al servicio de medir por dolorosas experiencias el abismo de calamidades y desastres que se abre al grito de conspiración!", se horroriza en una proclama que publica para sofrenar las habladurías el 1° de julio; "V. E. no dé crédito a los chismes... su amigo que verdaderamente es su amigo", remata escribiéndole al Jefe el 16 de septiembre de 1857. Demos un salto de seis meses y veremos a Castro vuelto otro hombre. Entonces -14 de marzo de 1858- está en La Victoria y a la cabeza de un ejército que dice de diez mil hombres -¿Diez mil? Bueno, ¿qué importa una mentirilla más?, se habrá encogido de hombros cuando firmó la proclama- dispuesto, nada menos, que a derrocar a ese amigo que es verdaderamente su amigo...¿un Judas? A lo mejor, pero no el único: como vemos, todos andaban en la misma.

Por esos días el general Carlos Castelli le cierra el paso a Caracas con un ejército gubernamental, la verdad, sin demasiadas ganas de serlo, es decir, de defender al gobierno. Castro lo increpa: "Si, contra todos mis deseos y esperanzas, US. persistiere, lo que ruego a Dios no suceda, en sostener el poder tiránico de Monagas y en oponerse a nuestra marcha a la capital, es mi deber declarar a US. responsable de la sangre que se vierta, y de todas las calamidades, desastres e infortunios que acompañan necesariamente las guerras intestinas". Naturalmente, Castelli no persiste y Monagas, que tan poderoso parecía hace un año, que tanto había hecho para comprar voluntades con ascensos y prebendas, se cae como un castillo de naipes. Quienes más les mostra-

ban lealtad, más rápidamente celebraron su caída y corrieron a mimetizarse con los triunfadores... ¡hasta Antonio Leocadio no dejó de hacerse de oídos sordos al clamor y saldría a gritarle ladrón! Pues sí, *desengáñese, mi general, los protervos no esperan sino la ocasión para traicionarnos*: quien lo escribe acepta la tarea de comprobárselo.

La Revolución de Marzo

El alzamiento se tenía previsto para el 15 de marzo, cuando de Saint Thomas llegaría un velero con los pertrechos necesarios para el pronunciamiento. A su vez, los comités revolucionarios están activos en casi todo el país, dirigidos desde Caracas por Tovar. Además de Castro, dispuesto a alzarse, ya hemos visto que están comprometidos otros personeros del régimen y líderes del Partido Liberal. Pero –siempre hay un *pero* en las conspiraciones– un imprevisto los hace correr. En medio de tanta desafección Monagas aún tiene partidarios y uno denuncia el complot. En la madrugada del 4 de marzo Julián Castro se entera de la delación en Valencia. La ocasión es propicia para demostrar, una vez más, que el valor es el signo de su fortuna: sin más qué hacer, delatado, decide pronunciarse. Eso lo hace el 5 y, así, el movimiento pasará a la historia como la Revolución de Marzo. Son diez días en los que todo en Venezuela pareció cambiar. Sí, sólo eso, *pareció*. El signo del mes de Marte fue más que un vaticinio: aunque Monagas se deshizo como casabe en caldo, tras él, los vientos que soplaron – y soplarían por una década– fueron los del dios de la guerra.

Nunca un alzamiento fue tan débil y a la vez tan fuerte; nunca hubo un consenso tan amplio –sólo, acaso, el 23 de Enero de 1958– entre todos los venezolanos, y nunca se rompería tan rápida y tan trágicamente. En diversos puntos del país se oye el eco del pronunciamiento. Los comités actúan rápido, de Valencia y de Caracas salen delegados para todas partes; y aunque Castro se reserva el siempre persuasivo concurso del fusilamiento para quienes se le opongan, la verdad es que no tendrá que coaccionar a nadie. Cuando en Valencia se busca un jefe político para el movimiento, el comité local escoge a Francisco

Codecido, que, no obstante, por razones de política local, está separado de Castro. Es la noche del cuatro de marzo y no hay tiempo qué perder; Codecido titubea y Castro vuelve a demostrar cuál es la casta de los Carujos, cuál es el dominio del mundo de los valientes: “le ofrezco a usted una de dos cosas, el nombramiento de jefe político para la revolución o la papeleta para ir a la cárcel”... “Pues extienda usted el nombramiento”, responde Codecido. El sentido del episodio es revelador del fin de la República y de lo que vendría en adelante: el *jefe* militar amenaza con hacer preso al *jefe* político. Es, pues, el que manda. Son los caudillos, ¡es Carujo al poder! Para el seis hace reunir a los principales de Valencia en el templo de San Francisco, a los que proclama en Asamblea, al tiempo que él se llama a sí mismo Jefe del Ejército Libertador y nombra a Carlos Pérez Calvo como su Secretario. Poco importa la amenaza del paredón que también se cierne sobre la Asamblea: de buena gana desconoce al gobierno de Monagas, encarga a Castro como Presidente provisional y convoca a un Congreso para que, una vez triunfante la revolución, establezca las bases de “un gobierno democrático”, haga “real y efectivo el imperio de la ley, de modo que ella y sólo a ella estén sujetos los venezolanos”, como exclama Pérez Calvo aquél día.

Monagas sólo vino a saber por la noche lo que estaba pasando, y el 6 obtuvo facultades extraordinarias del Congreso para dirigir una campaña y alistar 10.000 hombres. Pero el desprestigio del gobierno era tal que ya nada se podía hacer. Movilizado con rapidez hacia la capital, ya el 10 estaba Castro en La Victoria. De allí lanza la proclama que citamos más arriba: alega que es él quien tiene los diez mil hombres en armas. Mentira, ni eran diez mil ni las armas habían llegado aún, pero los enemigos no tienen porqué enterarse. En rigor eran cinco mil, pero tal vez contó a los otros alzados en otras partes. Ahora, la calidad suplanta a veces la cantidad: nada menos que Fermín Toro se lanza a la campaña como secretario y a partir de entonces las proclamas de Castro se hacen mejores y el humanista, que apenas lo conoce entonces, se volverá durante un año su alter ego letrado: “El crisol del sufrimien-

to –leemos en la del 10 de marzo– se ha rectificado y el grito de la República nos ha anunciado que sólo la unión nos salva. La unión nos ha salvado”. De todos modos, el general Castelli no se resuelve a avanzar más allá de El Consejo y, salvo unos tiros que se oyen por Los Teques, ni él ni nadie quieren realmente combatir. Son acaso los peores días en la vida de Monagas: tanta gente a la que había ayudado, llevado a lo alto del poder, enriquecido; tantos amigos con los que venía luchando desde los tiempos heroicos de la Emancipación, y ahora nadie lo apoya... ¡hasta su amigo “verdaderamente su amigo” se le alza! Hasta José Laurencio Silva –¡ah! Silva otra vez, el siempre fiel y liberal Silva– es capaz de espetarle: “...el pueblo, *compadre*, tomó en este momento una actitud que ha debido tomar hace mucho tiempo, desde el instante en que olvidó usted que es servidor de la nación y ha intentado convertirse en su señor y ha hecho como suya la propiedad, la vida y el honor de los ciudadanos...” Sí, el pueblo, *compadre*, ya se cansó.

Dice la leyenda que ante la renuncia de todos sus funcionarios, un desolado Monagas andaba por las calles de Caracas buscando quien quisiera aceptarle una cartera ministerial... A lo mejor no tanto así, pero no le quedaba más remedio que renunciar a la Presidencia el 15 de marzo. A esa Presidencia por la que tanto luchó y tramó para hacerse eternamente con ella. Con su familia se refugia en la Legación francesa. Mientras, el Congreso elige un Gobierno provisional –Pedro Gual, Manuel Machín Quintero, Manuel María Echeandía y Lucio Siso– y acuerda disolverse. El 18 entra Castro triunfante a Caracas y Gual le hace entrega del poder público, quedando como encargado del Ejecutivo. “No ha triunfado un partido –dice en su proclama, naturalmente escrita por Toro–: ha triunfado la nación en masa. Unámonos todos”. Hasta un hombre que había colaborado tan estrechamente con Monagas, llegando a serle Vicepresidente y Ministro, Antonio Leocadio Guzmán, aprovecha el jolgorio popular para confundirse en él, pasar desapercibido ante los vengadores y gritar, como si nada tuviera que ver con el gobierno, “¡Abajo los Monagas! ¡Mueran los ladrones!” Parecía, sí, llegado el momento de la unidad y del reencuentro

con la paz y las instituciones republicanas. Fermín Toro, quien vuelve a la vida pública y vivirá su gran momento entonces, impone un lema: “Olvido de lo pasado”.

Por esos días sale una hoja suelta en Caracas, como han salido y saldrán tantas más en esos tiempos de turbulencia: “El pueblo ha recordado sus derechos. La prensa ha vuelto a ser libre. Valor, independencia, virtud, fraternidad, simbolizarán de hoy en más el escudo de Venezuela”, exclama; “Venezuela resucitó del letargo que engendra la tiranía. Somos libres...Pueblo de Caracas, habéis dado en medio del entusiasmo y de los arranques de la verdadera libertad, pruebas inequívocas de que la civilización cristiana está en vuestros corazones”; y remata con tres vivas: al Gobierno provisorio, al pueblo soberano y a la República democrática. ¿Qué título tiene la hoja? No podía ser otro: “Los idus de marzo”. Por sólo esta vez la fiebre que hay entonces de referencias clásicas –los nuevos republicanos ansiaban un modelo y una legitimidad antiguos– tendría razón: defenestrado el César en nombre de la República, vendría la guerra civil. Sí, el signo de Marte regiría desde entonces, y por una década, los destinos del país.

El Protocolo **Urrutia**

Los designios de la Providencia

El día de su entrada en Caracas en marzo de 1858, en medio de la gente que lo vitorea en la puerta de la Catedral está, naturalmente, Antonio Leocadio. Castro lo ve: “¡Oh, Don Antonio!”, exclama y lo manda a llamar a su lado. De hecho, llevándole del brazo entra en el templo y le pide que lo acompañe al Te Deum que nuestra Iglesia siempre le tiene deparado a los vencedores: no es posible, le dice Guzmán, la silla del Presidente está en una tarima, a nivel del presbiterio, y yo no puedo subir hasta ese lugar; a lo que le contesta el recién ungido, casi con tono profético: “Donde me sienta yo, te sentarás tú”. Pero, en verdad, ¿se podrá sentar? La historia demostraría que, en rigor, no se sentarían ninguno de los dos. Castro sólo pudo calentar la silla un poco. Nada más que eso: un poco. Aunque ese día Caracas se viene abajo por él, lo llamarán Ciudadano Eminente, le componen versos laudatorios y todos le aplauden, aquello no fue más que un suspiro. Pero Don Antonio no pudo calentarla nunca. Designios de la Providencia, hubiera dicho Julián.

Los malos hijos de la patria

Pero esta señal de afecto hacia los liberales en la Catedral se tornará

tan confusa como las que también les hace a los conservadores. Cuando se encarga del Ejecutivo, ese mismo 18 de marzo, Castro pronuncia uno de los discursos menos felices de la historia venezolana: “No ha triunfado un partido –dice–; ha triunfado la nación en masa. Aquí no hay más partido que el de los buenos contra los malos. No hay que ver para atrás; vamos para adelante. Unámonos todos. La unión y la fraternidad, ésta es la verdadera amnistía, éste el verdadero abrazo fraterno que todos los ciudadanos nos hemos dado para libertarnos de un gobierno que había usurpado nuestros derechos”.

Suena bien pero, como se preguntó más de un suspicaz y recogió un historiador posterior, “¿quiénes son los buenos y quiénes los malos? Estos últimos son, sin duda, los vencidos”. El problema es que mientras buena parte de los vencidos son liberales –¡y quién sabe si eso no es lo que, solapadamente, dejó colar Fermín Toro cuando le redactó el texto!– prácticamente todos los vencedores son conservadores, quienes al fin y al cabo habían impulsado la revolución. Y eso sólo es el principio. Por si faltara otra prueba de cómo los conservadores están tomando el control de la situación, pronto la daría Castro: tan pronto como al día siguiente de tomar el poder –el 19 de marzo– le manda una carta a Páez. Sí, ¡a Páez! A su eterno enemigo, al que humilló. Esto es más de lo que los liberales pueden aguantar. Los hombres buenos de todos los partidos –le dice– se han unido para salvar a Venezuela; por eso ha llegado el momento de que vuelvan al seno de su nación los mártires de la libertad y entre ellos –remata– se encuentra Vuecencia, “a quien la Patria debe tantos días de gloria, y cuyo corazón rebosará sin duda de alegría al saber que ella es libre y abre las puertas a todos sus hijos para que vengan a tomar parte del común contento”. Sí, general, “un gran movimiento nacional, a cuya cabeza he tenido la gloria de encontrarme por la voluntad de los pueblos, ha hecho desaparecer en pocos días y de una manera providencial, la tiránica dominación que afrentaba a Venezuela”. Habiendo hablado los pueblos y la Providencia de Dios, “espero de la Divina Providencia que nada se opondrá al deseo verdaderamente nacional de ver, en breve, consolidado al país en todos los ra-

mos de la administración, restableciendo el crédito y la moral (...) Pero en medio de la satisfacción que todos experimentamos por tan venturosa transformación échanse de menos entre nosotros a los hermanos que viven en suelo extraño, por consecuencia de nuestras pasadas desgracias; por lo tanto, General, Usted y “los dignos patriotas que como V. E. tanto han combatido por la libertad y los buenos principios, deben acudir al clamor de la nación, que ya libre de sus opresores llama a gozar de ella, á ayudar con sus ilustrados consejos y con su espada, si necesario fuere”, porque, General, “todos deseamos ver y abrazar a V. E., aprovecharnos de sus doctrinas y de sus servicios...”

Aquello era demasiado. *¿Aprovecharnos de sus doctrinas? ¿De sus buenos principios?* O sea, se preguntan los liberales, ¿del godismo? ¿Qué le pasa a Julián?, mientras los conservadores estallan de alegría. Nada más hay que ver a quiénes manda en comisión a buscar a Páez: Juan Bautista Mijares, Simón Madriz, Jesús María Guevara, Juan N. Echezuría, Manuel Páez, es decir, los apellidos del mantuanismo, los godos de siempre. Ya verá cómo se las arreglará con esto, seguramente piensa Castro, y sigue en su política: también le abre las puertas del país a Carlos Soublette y, de nuevo, a Juan José Flores, que todos conocen como un líder del conservadurismo continental. Poco después, en abril, el general Justo Briceño, enviado con una escuadra a Barcelona, después de haber ofrecido las mayores garantías, apresa a José Gregorio Monagas, a José Ruperto y a Julio Monagas, hijos de José Tadeo, y a Francisco Oriach, su yerno. Lo que en lo inmediato pasa con ellos generó escalofríos en más de uno. Nada de las concordias ofrecidas. Fueron enviados al castillo de Puerto Cabello y al de San Carlos de la Barra de Maracaibo. Allí José Gregorio enferma y, cuando es trasladado a Maracaibo para su curación, muere el 15 de julio de 1858. Muerte dura e injusta como si las ha habido.

La quema de Judas

Pero será en la diplomacia por donde comenzaría el desplome. No podía ser de otra manera, porque era la parte más delgada de la cuer-

da institucional. Sí: todo cuanto pueda decirse sobre la precariedad del Estado venezolano durante el siglo XIX se resalta especialmente en los tumbos de su vida diplomática. Apartando su fracaso histórico – fracaso que sigue doliendo con intensidad– en la defensa de su integridad territorial, hay una multitud de episodios mayores y menores que develan los alcances de una institucionalidad débil, de una patética discontinuidad política y de una crasa falta de profesionalismo en el manejo de las relaciones exteriores, más allá de la loable acción de algunos diplomáticos, y de los contados, aunque muy significativos triunfos (habida cuenta de la situación en la que trabajaban) que obtuvieron. También se pone de manifiesto una debilidad efectiva –es decir, económica, militar– para la defensa de sus intereses, sobre todo dentro del marco mundial del imperialismo que despunta entonces. El llamado “Protocolo Urrutia” es, al respecto, un caso emblemático. Allí se cruzan los vértices internos y externos de nuestras desventuras nacionales. Hacia adentro, manifiesta la quiebra de un Estado incapaz de producir medidas coherentes y de ejercer eficientemente el poder; hacia fuera, la soberbia de las potencias imperiales que empiezan a dominar el mundo; y por encima –o por debajo– nuestro personaje, Julián Castro, que en la crisis no supo qué pasos dar, ante el desconcierto siguió con su ballet ambivalente de decirle en secreto a todos que sí pero a ninguno cuándo y que, en consecuencia, vio cómo se le fueron por un desagüe todas sus promesas de unidad y de paz, junto a todas sus esperanzas de gobernar.

Repasemos los hechos. Una vez entregado el poder, José Tadeo, previendo lo que sus hermanos e hijos no previeron en Barcelona, se refugió con su familia –incluyendo a su yerno Juan Giuseppi y el ex ministro Jacinto Gutiérrez– en la sede de la Legación francesa. Al principio la cosa no pasó de allí e incluso el gobierno provisional le ofreció un avenimiento razonable, un poco en el espíritu de las primeras proclamas de unión y concordia. Al fin y al cabo, Monagas había renunciado y no había cargos formulados en su contra. Pero la llegada de Castro a Caracas ponía otro signo en las cosas: ese mismo signo que llevaría a

José Gregorio a las mazmorras y, probablemente también, a la muerte. El descontento, mejor: el resentimiento de amplios sectores, sobre todo de los conservadores que se han hecho fuertes en el gobierno – esos conservadores, es verdad, a los que Monagas tanto persiguió en 1849, cuando al lema de “ni un maestro de escuela que no sea liberal”, sistemáticamente los sacó de sus cargos y los condenó al ostracismo – le dio un viraje a las circunstancias. Ante esto, y no sin razones de peso, Julián Castro calculó que entregándoles la cabeza de Monagas, podía llevar más arriba o al menos salvar de momento la suya. Hacía falta un culpable, alguien en quién descargar la furia expiatoria de la nación. Hacía falta alguien que ocupara el rol que él mismo podría ocupar si no hacía algo y que, de todos modos, ocuparía un poco después. Ese alguien debía ser un Monagas: José Tadeo (y, si no él, al menos José Gregorio).

La gente empezó a rodear la casa del embajador. Cada día son más y están más agresivos los manifestantes. Aunque soliviantados por los conservadores, que se dicen la esencia de la morigeración, aquello se parece – cosas de la ironía histórica! – más bien a la turba que en 1848 movilizó Monagas contra ellos. Apostados en torno a la sede diplomática todos temían que, también como en el 48, aquello terminara en un asalto. ¡Muera Monagas! ¡Mueran los ladrones!, lanza una voz; ¡mueran los ladrones!, lanza otra y otra más. Al final las lanzan todas, acá y allá. El grito de “¡Mueran los ladrones!” con el que Antonio Leocadio Guzmán trata de mimetizarse entre quienes se alzaban, se hace un clamor general. El problema del peculado había llegado a tales niveles bajo el monagato que muchas de las decisiones más graves que se toman a partir de entonces tienen que ver con su combate y prevención.

Finalmente, el gobierno pide a Monagas, pero el Embajador francés Leonce Levraud alega el derecho de asilo. Las tensiones crecen. La gente continúa arremolinada en torno a su residencia, lo que es considerado un acoso inaceptable y, en solidaridad, el resto del cuerpo diplomático decide apoyar a Levraud. O sea, Castro vuelve a encontrarse en una encrucijada. Entiende que tener a todo el cuerpo diplomático en

su contra puede llevar las cosas por muy mal camino, pero no sabe qué hacer; cómo convencer a un pueblo que pide venganza de que deje a Monagas ir en paz o cómo convencer a los diplomáticos de que lo entreguen. Cómo salir, una vez más, bien con todos. Al final, deja que su Ministro liberal, Wenceslao Urrutia, negocie, aunque –y esto es importante– a espaldas de una opinión pública negada a toda negociación. El 26 de marzo Urrutia llega a un acuerdo con las representaciones diplomáticas que ha pasado a la historia como el *Protocolo Urrutia*. Resultó un escándalo cuyo rumor llega hasta hoy.

Básicamente, en este Protocolo el gobierno se comprometió a respetar y no juzgar a Monagas, poniéndolo en una casa bajo vigilancia de una guardia armada y permitiendo –cosa en la que empeñaba su palabra ante el cuerpo diplomático– a que saliera del país de la forma más rápida y fácil posible. A su vez, ese mismo día 26, Monagas le envía una carta a Castro diciendo que había renunciado, que estaba a derecho y que si su permanencia en la Legación “se traduce siniestramente como resistencia a las nuevas autoridades, de quienes no debo esperar sino amparo y protección”, él deja la sede diplomática. Firmaron, pues, el documento los ministros de Estados Unidos, Reino Unido, el Imperio Francés, el Imperio del Brasil, el Reino de España y Parma y del Rey de los Países Bajos. Es difícil intuir, en su justa dimensión, las razones por las que Monagas logró tal apoyo externo. Seguramente se trató de una circunstancia que se le fue de las manos a todos. Tal vez las legaciones sólo querían refrendar el Estado de Derecho –porque es muy poco elegante entregarle un hombre que ha recibido asilo a una turba que clama por su cabeza– y demostrar, de paso, quiénes mandan en el mundo cuando Castro quiso salirse con una viveza. Seguramente hubo mucho de la “diplomacia del prestigio”, por la que entonces los cañones de los vapores europeos obligaban a honrar sus compromisos a los más variados países de la tierra y que, al menos en el caso español, estaba muy en boga (son aquellos los años en los que se soñó, para fracasar aparatosamente, con una reconquista de América). Pero seguramente también hubo otras consideraciones más hon-

das, como la discusión de límites con Brasil –que se resuelve en mayo del año siguiente, como siempre, con pésimos resultados para Venezuela– y con los Estados Unidos, esta vez por la Isla de Aves, en la que, para sorpresa de todos, Venezuela no queda tan mal; o el problema, poco resaltado, de la parentela de súbditos franceses que tenía Monagas; súbditos que habían estado en el gobierno y quién sabe hasta qué punto habían favorecido negocios con el II Imperio: recuérdese que son los años en los que los corsos se establecen para hacer pingües negocios en el Oriente. Ya volveremos sobre el punto, que es tan sólo una hipótesis, pero una hipótesis razonable.

Castro entendió rápidamente las reacciones que podía generar el Protocolo. Era el alcance fatal de su política ambivalente. Necesitaba satisfacer a los conservadores y, a la vez, a las legaciones ante las que había empeñado su palabra en un acuerdo que, la verdad, fue tan honorable como era posible alcanzarlo entonces. Por eso, incapacitado para satisfacer a unos y otros, opta por lo más fácil: mentir. Simplemente oculta los pormenores del Protocolo y deja que la gente grite albricias, pensando que ha capturado a Monagas. ¡Es la hora de rendir cuentas por sus desmanes y latrocinios!, exclama la prensa...Pero con la misma intensidad exclamará cuando descubra que todo es mentira. No hay tal entrega. Acaso para disimular Gutiérrez y Giuseppepi son conducidos a la gobernación para ser interrogados, cosa que el pueblo aplaude, pero pronto son devueltos a la Legación... ¿Cómo?, se pregunta la calle, ¿devueltos? La gente se exaspera. ¿Qué es lo que pasa?, ¿por qué no terminan de detenerlos y enjuiciarlos de una buena vez? Cunde la indignación y las turbas vuelven el 30 de marzo a la Legación. Ahora sí que todo amenaza con un asalto si no es porque Gutiérrez, demostrando un arrojo que a algunos les parecerá extraño para un poeta –pero en aquella Venezuela hasta los poetas deben ser *valientes*– decide entregarse, y entre mofas y rechiflas es llevado a la cárcel. El 31 le pasa otro tanto a Giuseppepi... ¿Es que no hay Estado?, se preguntan en la acera de enfrente los diplomáticos. Castro les balbucea algunas respuestas cuando van a su casa para pedirle que ponga orden.

Ante alguien tiene que ceder y quedar mal, pero ¿ante quién? ¿Cuál es el sector más poderoso, si descontamos los vapores de Su Majestad británica? Sus ministros conservadores y liberales prácticamente ni se hablan entre sí y él, en el medio, medita alguna de sus cabriolas.

Es acá donde un pasaporte precipita los hechos. Como todo venezolano que pudiera hacerlo, Giuseppi tenía, junto al venezolano, un pasaporte europeo. En aquella República de tormentas, ser súbdito de algún reino de allende el Atlántico era siempre una garantía para huir o, incluso, para ser rescatado por alguna flota. Los *musiúes*, generalmente dueños de las casas comerciales de importación y exportación que había en todos los puertos, fueron por mucho tiempo una elite binacional o francamente extranjera: la bandera de su reino borlando su local, la inscripción de sus hijos en el Consulado y el depósito de su oro en el exterior, eran sus premisas. Por eso, la prisión de Giuseppi ya era un problema que trascendía los simples alborotos entre “nativos”. El Ministro británico, Ricardo Bingham, y el francés, Levraud, elevan una protesta formal. Ya se trataba de demostrar que con sus súbditos y propiedades nadie se podía meter. Que en el mundo están los que mandan y los que obedecen. El gobierno calla, pero la respuesta se encarga de darla el pueblo de Caracas: el 4 de abril, Domingo de Resurrección, y siguiendo una tradición que se prolonga hasta hoy, cuando se va a quemar un monigote que represente a Judas, ese año se escoge a un personaje que cada vez le venía siendo más antipático: el ministro Bingham.

Se quema el muñeco, todos ríen, pero ninguna gracia le hizo la ocurrencia al inglés. *La Quema de Judas* de aquel año fue, sin lugar a dudas, la más controversial de nuestra historia. Bingham se queja. Urrutia dice que él no tiene control sobre eso; Bingham no le cree: como que son ustedes los que organizan el barullo, puede imaginársele diciendo: ¡Pero desde cuando sabe el Canciller de quemas de Judas! Son tradiciones –debió haberle explicado, no sin cierto sonrojo– de un pueblo dado a la guasa; se trata de unos espontáneos que entre palo y palo de aguardiente, con la excusa de que están felices por la Resurrección

del Señor e indignados por las mañas del Iscariote, arman un muñeco y lo incendian, poniendo como “Judas” del año al primero que se les ocurre. No le cree el inglés: que se preparen esos graciosos, los ingleses no están para reírse de chistes ni de otras fiestas *bárbaras*, y cuando de tradiciones que ofenden a su flema se trata, por aquellos años tienen una respuesta preestablecida: que la *Royal Navy* se encargue. Sus cañones son muy buenos enseñando un poco de urbanidad.

O sea, que cuando todo estaba tan mal, las cosas se pondrían aún peor: nada menos que un ultimátum de guerra es lo que se nos venía encima.

La Fusión de Marzo muere en abril

Pero antes de que la diplomacia de los cañones apuntara hacia las desvencijadas fortalezas coloniales de La Guaira, que eran –junto a algunas otras también heredadas de la Colonia y desperdigadas por el resto de las costas– lo que como toda protección tenía el país, aún quedaba otro alboroto más. El 6 de abril, el resto de los miembros del gabinete se entera del contenido del Protocolo, hasta el momento sólo conocido por Urrutia y por Castro.

Nunca la indignación nacional había sido tan honda. Manuel Felipe Tovar y Fermín Toro, airados, renuncian. ¿Cómo es posible que no se les haya consultado?, se preguntan muy molestos. Es más: ¿cómo es posible que el Presidente se haya prestado para algo así? Porque si bien la decisión parecía la salomónica para allanar un camino que garantizara la paz, cayó muy mal que el gobierno se haya comprometido ante naciones extranjeras para permitir la salida de Monagas, cuyo enjuiciamiento por peculado era pedido por todos y, encima, de espaldas a la mitad de su gabinete...precisamente la mitad que tenía la calle y había financiado la revolución.

La situación era muy delicada. Querían la cabeza de Monagas y ahora quieren la de Urrutia. Castro sabe que si no les lanza una de las dos, pronto pedirán la suya. Por eso convoca al Consejo de Estado y decide, una vez más, ponerse del lado de donde soplaban los vientos. Es decir,

lo que los liberarles temían: termina de dar un giro conservador. El Consejo acepta la renuncia de Urrutia, más no las de Tovar y Toro, pasando Miguel Herrera Melo a ocupar la cartera de Relaciones Exteriores y José de Austria, la de Guerra. La fusión había muerto. Los conservadores, que controlan la calle, controlan ya todo el poder; mientras Urrutia pasa a la historia con un desprestigio, si somos sinceros, algo desproporcionado. No fue, si nos vamos al rigor de las formas, correcto lo que hizo, pero era lo que estaba a su alcance y lo que podía evitar una agresión internacional de importantes proporciones. No en vano pudo decir después: “los liberales caemos por clementes; los oligarcas por sanguinarios”. Obvio, exagera, pero en su solo caso, debemos admitir que se aproxima bastante a la verdad.

Los liberales de Santa Rosalía

Ante estos hechos, el resto de los liberales sabe qué hacer: reagruparse y retornar a la lucha. Con Castro ya no hay más nada qué buscar. Castro, que todo se lo debía al Partido Liberal, abruptamente se ha vuelto un Presidente conservador, tal vez sin él mismo darse cuenta y seguramente –como se probará después– sin él mismo quererlo. Pero es el signo de quien, como le denostaría Level de Goda, no tiene “políticas ni ideas fijas”. Es el pago por la astucia, por ese avanzar al ritmo de los “hombres valientes” que dicen y se desdicen con velocidad de trapecistas; es, en suma, lo que al final pondrá a todos contra él. Porque ya hasta los conservadores desconfían, no vaya a ser que a otra de sus volteretas les haga como Monagas diez años atrás, y por eso en un año serán ellos quienes lo acusen de liberal, como ahora los liberales lo acusan de conservador, y se encarguen de sacarlo del poder. Liberal para los conservadores y conservador para los liberales, estaba en la peor de las circunstancias posibles. Pero no nos adelantemos, que el lío apenas comienza. El momento es propicio para pescar en río revuelto... ¡hasta Antonio Leocadio Guzmán amenaza con reeditar *El Venezolano*! Ya sin Monagas –explica– es nuevamente un ciudadano preocupado por la tranquilidad de la patria. Aquello levanta comenta-

rios, pero la hora de Antonio Leocadio había pasado. Otros liberales despuntan en el horizonte; ese mismo 6 de abril, en una parroquia de Caracas –Santa Rosalía– que en poco se hará famosa por lo combativa –algo así como una Catia del siglo XIX– se forma una “sociedad democrática”. La dirige Fernando Arvelo y en torno a ella empiezan a gravitar caras nuevas, capaces de remozar el viejo programa liberal y, a trechos, hasta radicalizarlo. Piden prensa libre, sufragio universal y directo, autonomía universitaria, instrucción popular y una palabra que se hará célebre y que estalla en sus labios como una promesa de toda salvación: *Federación*.

Sí, vuelve la Federación –sueño patriótico de 1811, bandera nacionalista contra Bogotá en 1826, promesa liberal desde 1840, argumento de la malhadada revolución de 1853– y vuelve como vuelven esos amores que no terminan de cuajar, pero tampoco de morir. Ni Castro ni el movimiento de marzo han sido lo soñado, dicen los liberales, pero que no cunda el pánico, ya se otea el remedio, ya viene como un dios en el horizonte: ¡la Federación Colombiana! Seremos grandes otra vez, libres, prósperos, felices... ¡ah la Federación! ¡La *Santa Federación*! Castro la huele y debe moverse rápido. Hay que buscar algo con qué conjurarla. Además, como veremos más abajo, en ese momento el conflicto diplomático ya se salía de madre, y había que encontrar al menos un trapo rojo con el cual cambiar la atención. Así, bajo el patriótico amparo de la fecha del 19 de abril, cumple una de las grandes promesas de la revolución y convoca a elecciones para que en otro día patriótico, el 5 de julio, se reúna una Convención en Valencia. Una Constituyente. Junto a la Federación, nuestro otro gran sortilegio nacional. Refundaremos una vez más la patria, pero esta vez de verdad, como la hemos soñado, libre, próspera, ordenada... En fin, la proclama define desde sus inicios la agitación de los siguientes años: “Una sola voz era necesaria, un solo paso era bastante, para derribar al coloso...” Monagas; “esa voz ha sido la *unión*...”, remata: “¡Venezolanos! (...) Unidos seréis siempre invencibles”. Unión o Federación, pues, he ahí la disyuntiva: buscando salvarse la República estará a punto de naufragar. Sin

embargo, en medio del entusiasmo por la Convención, nadie –comenzando por Castro– puede adivinar el desenlace aparatoso de todo esto. De momento *sólo* –y lo subrayamos porque hay que ver de lo que se trata– se teme una conspiración y una invasión extranjera, como si fuera poco. Como reviviendo viejos años, Guzmán y Juan Vicente González vuelven a escribir, la juventud liberal a manifestar y Castro, que conoce al Ejército y a los generales que, junto a él, el Liberalismo entronó básicamente por los méritos de su militancia, empieza a barajar sospechas serias de una nueva revolución. En diez años se han licenciado a casi todos los militares que no fueran liberales, de modo que este giro conservador daba, cuando menos, para un golpe.

Y comienza a investigar. Quiere saber cuántos hay haciéndole lo que él le hizo a Monagas. Por ejemplo, apunta hacia dos de sus compañeros más cercanos en las campañas contra los godos de inicios de los cincuenta, Falcón y Zamora. No sólo eran las cabezas más visibles del sector liberal del Ejército y la milicia: ya eran familia, porque el segundo se había casado con la hermana del primero (y, recordemos con su propio caso, con José Laurencio Silva y con el de Monagas con Giuseppe, en aquella Venezuela las relaciones familiares eran vitales para la política, para la economía, para todo). Cuñados, liberales, con liderazgo regional y con buenos motivos para guardarle el resentimiento que se le guarda al camarada que salta la talanquera, eran una combinación explosiva. Con Falcón, Castro tiene un fuerte enfrentamiento verbal: algo menos que tibio se le ha visto desde que comenzó la Revolución de Marzo –de hecho, como hemos visto, a última hora no había aceptado meterse en ella–, y el Presidente se lo reprocha. Razones de lealtad alega el coriano, poniendo el dedo en la llaga. La ruptura era ya irremediable. A Zamora, por su parte, unos muchachos conservadores, que andaban por el centro de Caracas agitando, le escupieron en la cara. Nada hizo el militar en el momento. Pero, no cabe duda, anota bien la afrenta. Como Falcón, huye de la escena, y también como su cuñado, se esconde en una casa amiga...Desde ambos escondites empieza a prepararse una revolución... La Fusión de Marzo ya está com-

pletamente muerta en abril. Los militares del Liberalismo andan en fuga, preparando un alzamiento. Los barcos ingleses y franceses finalmente aparecen en La Guaira. Los conservadores salen electos para la Convención. Castro, en medio, va dispensando su apoyo a aquél que mejor le pudiera servir. La economía empieza a dar señales de fatiga con tanto alboroto y los puertos bloqueados. El añil venezolano produce un nuevo escándalo: como lo adulteran algunos vivos, los europeos deciden dejarlo de comprar. Cuando se revisa este panorama, se entiende a cabalidad el sentido de aquella canción que pronto se haría famosa: “El cielo encapotado/anuncia tempestad...” Sí, general Castro, el cielo más que encapotado, está negro de siniestros presagios.

La Galipanada

Entretanto, sigue el problema internacional. Fermín Toro se reúne con los representantes diplomáticos el 16 de abril y les informa cuál es la interpretación que hace el gobierno del Protocolo: la firma de los representantes extranjeros es sólo una fórmula de buenos oficios y testimonio, les dice; por lo tanto, en cuanto testigos, no son partes de las promesas hechas a Monagas, porque eso sería una intromisión en asuntos internos.

La mayoría aceptó el argumento, menos los dos países que los venezolanos necesitábamos que aceptaran, es decir, los más poderosos, los de los vapores bien armados: Inglaterra y Francia. Ellos simplemente consideraron un punto de honor el cumplimiento de las promesas. Ante la imposibilidad de un acuerdo, escalan el conflicto y amenazan con la suspensión de las relaciones el 18 de abril. Fermín Toro responde mandando a Europa a Santiago Rodríguez como Embajador Plenipotenciario ante estos dos Imperios, pero se niegan a recibirlo. Sin solución, el 5 de mayo, la diplomacia de los cañones hace su primera gran aparición en Venezuela: los buques *Cleopatra*, al mando del Conde de Geydon, y *Tartar*, al mando del capitán Hugo Dunlop, se apostan frente a La Guaira para exigir el inmediato cumplimiento del Protocolo.

Esto no pudo sino agitar más las pasiones y el odio a Monagas que, además de ladrón, ahora aparecía como un traidor a la patria. Fermín Toro protesta enérgicamente, señala que lo ocurrido cabe dentro del *casus belli* y se mueve como un púgil escribiendo cartas y mandando diplomáticos acá y allá. Al mismo tiempo, la prensa delira de patriotismo, la gente protesta en la calle, y la respuesta que dan los buques de los Imperios, que ya suman seis, es que el 12 de mayo bloquean el puerto y apresan a las embarcaciones venezolanas atracadas en él. Es, ciertamente, un acto de guerra. Castro no hubiera podido saber si le conviene o no la explosión de nacionalismo. Meterse con los ingleses es un asunto muy serio. Él ya le había dado carta blanca a Urrutia para que negociara y evitase precisamente tal situación, y todo desemboca en esto. Ojalá que en sus quinielas Venezuela no sea una prioridad para la City, por mucho que cada año muerda un poco más lejos a la otra orilla del río Esequibo, donde está pendiente un problema de demarcación territorial. Las noticias no son alentadoras: Inglaterra acababa de darle una zorra al Imperio Ruso en Crimea y estaba dándole otra a la India...si podía eso con tales imperios, ¡qué no podrá contra nuestros chuzos, nuestros chopos y nuestros viejos castillos coloniales, que sumaban lo esencial de nuestra defensa!

Para suerte de todos, la City está demasiado ocupada ejecutando cipayos como para meterse en un problema en Venezuela. Justo al día siguiente del bloqueo, llegó a Saint Thomas un nuevo Embajador del Reino Unido, Frederick Doveton Orme, con el encargo de resolver un conflicto que ya había ido demasiado lejos. Para Saint Thomas manda entonces el gobierno a Ricardo Labastida como negociador. A partir de ese momento son tantas las cosas que pasan a la vez que el historiador no halla cómo narrarlas a un mismo tiempo; pero hay, al menos, tres planos: La Guaira, donde sigue el bloqueo; Valencia, donde se apresta todo para la reunión de un Congreso Constituyente que llevará el nombre de Convención Nacional y que pasará a la historia como la Convención de Valencia; y Aruba, donde los liberales exiliados van organizando una revolución y han nombrado a Falcón como su jefe.

Veamos qué pasa en La Guaira: cuatro personajes, cada uno en representación de uno de estos planos, aparecen en el puerto. El primero es Carlos Soubllette, otro de los grandes líderes conservadores que, como dijimos, vuelve del exilio y casi de inmediato es nombrado jefe de operaciones militares para repeler el bloqueo; los embajadores Bingham y Levraud, que se instalan en los barcos; y nada menos que Juan Crisóstomo Falcón que trata de recalar de incógnito. Sin embargo –como diría Castro– la Providencia vuelve a actuar. Un brote de fiebre amarilla –o de disentería según otros– conjugará a esos cuatro hombres para que el conflicto se calme. El caso es que Bingham se enferma y pide que se le permita desembarcar para atender su salud. Soubllette, que es militar, pero que también es diplomático y político, no sólo acepta, sino que se esmera en sus cuidados; además, el inglés solicita los cuidados del médico venezolano José Briceño, que prefiere al que está en el barco. Sus cuidados y aciertos van apurando la reconciliación: los venezolanos, demuestra el médico, después de todo como que no somos tan bárbaros y torpes como parecemos...

Pero su convalecencia en el puerto tiene otro aspecto: justo por esos días, el 22 de agosto, llega el tercer personaje del drama: una goleta de Curazao se acerca con tres liberales complotados, Falcón, González Zarza y Luis Level de Goda. Vienen con una carta para Bingham. El hombre está convaleciente en una cama guaireña –nada menos que la del jefe de la aduana, adonde lo ha alojado el hábil Soubllette– y no lo encuentran en el *Tartar*. Eso no sólo no está en sus planes, sino que se los termina de desbaratar. Buscan entonces al representante francés, quien los despide alegando que no sabía –ni quería saber– nada de revoluciones. Pero eso no es todo: los emisarios contaban con un alzamiento en marcha y se enteran de lo peor: el alzamiento había fracasado completamente. Tanto, que la gente pasará a referirse a él de una forma jocosa y, con el nombre de *La Galipanada*, pasa a la historia.

Veamos de qué se trató. Los liberales estaban comenzando a organizarse en guerrillas por todo el país... Se habían alzado los “Indios” en Guanarito; había alzamientos en Tiznados, y hasta en el Tuy, al lado

de la capital, hay focos insurreccionales. Finalmente, el comité liberal de Caracas decide organizar una fuerza y marchar sobre el litoral para capturar la plaza y su parque. Tal sería el grito general de la insurrección y tal era el escenario que Falcón hubiera soñado encontrar, pero todo marchó de otro modo. Soublette no era un desprevenido. De algún modo se enteró de la intentona y mandó a que sus tropas esperaran a los liberales en el camino de Catia a Maiquetía. Allí, en la madrugada del 17, los capturó a casi todos sin disparar un tiro...el resto salió huyendo, pero fue agarrado en Galipán. Después apresaron al comité que los estaba organizando –y entre ellos ya despuntaba Guzmán hijo– para ser encarcelados y mandados al exilio.

Controlado el movimiento, con Bingham en recuperación y con el nuevo Embajador inglés que llega finalmente el 23 de aquel intensísimo agosto, se pudo llegar a un avenimiento. Monagas podrá salir del país; Gutiérrez y Giuseppi serán enjuiciados; los barcos venezolanos devueltos y el bloqueo levantado. En fin, se cumplen, con algunas modificaciones, los acuerdos del Protocolo Urrutia. No podía ser de otra manera: Inglaterra había vuelto a ganar. El 27 de agosto se reúnen todos en La Guaira a firmar el acuerdo. Julián Castro, que miraba los hechos desde Valencia, asiste expresamente a refrendarlos. Respira aliviado, pero no sospecha estar lejos de haber sorteado lo peor. La Galipanada era el principio, no el final. La Providencia le tenía depurado otro destino. “El cielo encapotado anuncia tempestad” ...

Valencia es una **Convención**

Mi escasa fortuna, mi amor a la patria, mi resentimiento

Con la Convención que se instala el 5 de julio de 1858, Valencia vuelve al centro de la historia nacional y vuelve al centro del destino personal de Julián Castro. Pocas veces como entonces ambos se han entrelazado tanto. Pocas veces los sueños del uno parecieron tan fáciles de alcanzar sobre el trepidar de la otra.

Lo de Valencia era una fiesta de civismo, o al menos eso parecía. Era un ramillete de esperanzas e ilusiones, reunido con el candor con el que una quinceañera de aquella época recogía flores en el campo o, nuevamente, al menos eso parecía. La felicidad, el orden, el progreso, la honradez, todo por cuanto suspiraba Venezuela parecía finalmente posible. Por primera vez en nuestra historia se utilizó el voto universal —de hombres que supieran leer y escribir, claro— y directo para la elección de sus diputados. Quedaron como tales 137, según todos los historiadores, de los venezolanos más talentosos que se cuentan en nuestros anales. Fermín Toro preside la Convención, Pedro Gual lo respalda y de cada parte del territorio nacional vienen letrados, intelectuales, políticos, educadores y sacerdotes.

No podía ser de otra manera: los debates que aquellos hombres desarrollan alcanzan una altura pocas veces vista. Parecen revivirse los días gloriosos de la Asamblea Nacional Francesa o del Senado romano, y no por casualidad: todos hablan como esperando que la eternidad los registre. Se sienten modelos para esculturas de mármol o de bronce, por eso se empeñan en rescatar los recuerdos de sus lecturas o de esas clases llenas de latines que alguna vez escucharon en los colegios, los seminarios o la universidad. Están refundando –sí, una vez más refundando– la república y evocan a la república romana y a sus virtudes; hablan en nombre de Atenas, de los Evangelios y de los Padres de la Patria. Se discute sobre el futuro de la nación, sobre sus males y sus remedios, sobre sus instituciones. Sobre nuestra historia y nuestro destino. Hablan de leyes, de Dios y de Patria. Hablan de todo, hablan mucho y hablan bien. Y, por supuesto, porque tenía que ser así, porque circunstancias tan altas lo requerían, porque de otro modo no hubieran sido venezolanos, hablan de federación, de la *Santa Federación* que no “sólo acabará nuestros males, sino que los hará imposibles...”, como dice uno; de “federación y cristianismo”, como proclama José Silverio González a modo de seña y cruz; “federación”, “federación”, “federación” una y otra vez como el clamor que traen de las provincias, como el haz de todas las esperanzas, como los golpes de los anhelos, como las visiones halagadoras que a veces dan las fiebres, las ilusiones y los embelecos... Con ella habrá más democracia, los ciudadanos atajarán los desmanes de los poderosos porque fiscalizarán sus actos, porque los tendrán más cerca, porque los sancionarán si se apartan del camino de la virtud; el poder estará al alcance de todos, la administración llevada a cabo por los órganos regionales y municipales será más eficiente y la ciudadanía, que es un sueño que siempre se nos escurre a los venezolanos entre las manos, será al fin ciudadanía...

Sin embargo hay quienes sonríen como quien oye las cosas de un niño. Fermín Toro saca cuentas y no se llama a engaños: todo eso es verdad, concede, pero para que funcione hacen falta, por lo menos,

quinientos ciudadanos que ejerzan ese poder y esa ciudadanía en todos sus niveles y en todos los puntos del país...Sí, han oído bien, señores, si sumamos nuestras provincias y cantones, harían falta quinientos, ¡quinientos ciudadanos capaces de leer y escribir, de llevar una contabilidad, de entender la leyes! Si los consiguen habrá federación, pero si no...¿los hay realmente en Venezuela?

Es la dura realidad que, con su elocuencia de siempre, dibuja Toro, y es la que finalmente se impone en la Convención. Rebatirlo, con razones, era casi imposible. Por eso el desmentido vendría, otra vez, por el concurso de los valientes. La Convención produce una de las constituciones, según el criterio unánime de los especialistas que la han estudiado, mejor concebidas de la veintena que refundándose una y otra vez Venezuela ha sido capaz de darse. Prácticamente todo de lo que los liberales se jactarían después como conquista suya, ya fue aprobado en ella, pero con esta notable excepción: la federación no aparece. Hay grandes autonomías y un equilibrio razonable entre las regiones y la capital, pero no federación. Tanto se avanzó hacia ella, que es dable suponer que no se la incluyó simplemente porque quienes la propugnaban eran los del partido contrario. Aquella frase célebre de Antonio Leocadio Guzmán de “si los otros hubieran dicho federación, nosotros hubiéramos dicho centralismo”, se revela entonces en toda su verosimilitud cuando revisamos a esta Carta Magna. Casi los conservadores hubieran podido decir lo mismo: “si los otros hubieran dicho centralismo, nosotros hubiéramos dicho federación”. Es un epílogo triste para una Convención tan buena. Las tensiones eran tales que en realidad a nadie les importaba las razones de Toro; se trataba simplemente de ser liberal o conservador y de sabotear al contrincante.

De momento, la entrada parecía ganada por los conservadores. Con la calle y con las clavijas del poder en sus manos, la Convención quedó básicamente controlada por ellos. ¡Si hasta Páez, como el presagio del retorno a 1830, salió electo por Maracaibo y por Apure! Naturalmente, el Centauro no se aparece porque aspiraba a algo más que una simple diputación, pero sí lo hacen el resto de los *hombres de orden*,

como les gusta llamarse, que quedan electos en todo el país. La nómina de los diputados es, sin discutir su brillantez, la del Partido Conservador: además de los nombrados Toro y Gual, estaban Valentín Espinal, Manuel Felipe Tovar, León Febres Cordero, Justo Briceño, Mauricio Berrizbeita y José María Rubín, entre otros. Ese es el panorama con el que se encuentra Castro en la instalación del congreso, al que ve de lejos, desde Caracas, para no influir –alega cívico y desprendido– en sus deliberaciones. Han pasado cuatro meses y el mundo ya parece otro. Los cantos de unidad y de gloria comienzan a disolverse en facciones, turbas, guerrillas, conspiraciones y un desplazamiento veloz del centro de la atención nacional, cada vez más atenta en Toro y, tras bastidores, en Páez; o, desde el bando contrario, en lo que andan preparando Falcón, Zamora y los otros liberales en el exterior, que es un secreto a voces...¿Y yo?, acaso se pregunta Castro, ¿no soy el héroe de marzo, el instrumento de la Providencia, la cabeza de la Revolución? Tan temprano como entonces se lo escribe a Fermín Toro, que ya es su confidente, su alma gemela, su todo (o al menos eso quiere hacerle creer). La carta –fecha en Caracas el 14 de julio de 1858– es emblemática y merece ser citada, porque retrata el ánimo en un hombre cuyos sentimientos hoy le resultan tan elusivos al historiador, como ya en su tiempo lo resultaron para sus contemporáneos. De hecho, comienza admitiendo esta reserva de carácter, entre otros impulsos psíquicos más:

Muy agradecido estoy por los buenos y generosos oficios con que UU. me han honrado, movidos sin duda por la deferencia con que me distinguen como por un patriótico interés. Pero debo ser franco con U. ya que es uno de los pocos amigos con quienes me es permitido un desahogo. No estoy contento; lejos de eso mi amor propio se encuentra resentido. Nadie más que yo conoce la insignificancia de mis servicios: humilde por carácter, repugno ese oropel que tan bien sienta á la vanidad de otros; el poder no me halaga, como juzgan algunos, la ambición no me arrastra, ni conozco el orgullo, ni siento otro anhelo, Dios lo sabe, que la felicidad de mi patria, á la que debo todo, mi escasa fortuna, mi sangre, mi vida. Cómo: después de que he consagrado con tanta

lealtad y desprendimiento mis esfuerzos á la causa cuyo triunfo festeja hoy la República, me trata así la Convención que debiera alentar siquiera el patriotismo en los demás, dándome a mí una muestra de agradecimiento. Yo no reclamo elogios: no los necesito, pero tampoco soy acreedor á ese desdén que acaso amengua en mí la pujanza y brillo de nuestra causa (...) como si se temiese de mí olvidándolo todo, mi consagración, mi respeto a la santidad de la República, mi desinterés conocido, mi propia humildad que me dice como franco consejero lo que valgo y lo que soy. ¿Qué ha podido motivar esos temores ofensivos que ostentan hoy los representantes del Pueblo? Tristeza mi Amigo i sonrojo causa este proceder para conmigo; desesperaría de la felicidad de la Patria, si mi corazón no tuviera tanta fe en sus altos y providenciales destinos.

Un retrato hablado del personaje es este párrafo. Todos los resortes de una psicología intrincada rebotan en él. La doblez, con su mal disimulada ambición de poder y de honores, que se apura a negar. La desconfianza que, acaso guiándose por sí mismo, ve en los demás (aunque en este caso tenía razón: el caudillo sabía que los parlamentarios lo toleraban como un mal necesario, pero que no lo querían y que más temprano que tarde se lo comprobarían, como en efecto pasó). Las insinuaciones, los rodeos, lo melifluo. El resentimiento como algo que, hasta en contra de sus fuerzas, le aflora. La patria, a la que le debe su escasa fortuna. Desde que se enrola –o lo enrolan– al final de la Emancipación, ciertamente la patria es la causa, la ocupación, el argumento con el que asciende en la sociedad. La patria le ha permitido desplegar su valor. La patria, para él, es la virtud armada, es la hombría y el valor. La patria, la fortuna, el resentimiento...¿hace falta más para dibujar el carácter de un caudillo?

El discurso ante la Convención

Pero volvamos al 5 de julio. Ese día instalan el congreso y juran los diputados ante Dios y los Evangelios. El siete es leído el mensaje que Castro les envía desde Caracas. A todos se habrá sorprendido, si no es que ya todos sabían de la ayuda que, una vez más, Fermín Toro le dio, por su redacción. Nuestro caudillo habla como un sociólogo, como un

hombre que si no ha leído directamente a Comte, ya conoce bien el tema de la cuestión social y hasta se atreve a asumir algunas ideas organicistas para abordarlo. Lo extraño no es que un venezolano discorra así, sino que lo haga un sablón. En aquella Venezuela, aunque son dramáticamente pocos y, sobre todo, carentes de poder –porque pocos son entonces en todas partes, pero en muchas la elites letradas sí tienen poder– hay hombres como Cecilio Acosta y como su mentor y redactor universal de textos públicos, Fermín Toro, que están pendientes de lo último que pasa en Europa y lo traducen y difunden en sus periódicos. Recuérdese, además, que son los días en los que Mons. Mariano de Talavera se adelanta en un siglo al resto de la Iglesia y en su *Crónica Eclesiástica* ya habla de un catolicismo social de avanzada; en los que Ramón Ramírez se mete ya en el debate en torno al socialismo en su *El cristianismo y la libertad*; o en los que dos venezolanos publican dos de los libros más famosos y editados hasta la actualidad de Iberoamérica: Manuel Antonio Carreño con su *Manual de Urbanidad y buenas maneras* y Jerónimo Pompa con sus *Medicamentos indígenas*.

En este contexto, su discurso ante la Convención otra de las tantas ironías de su vida. Él, que es la esencia del caudillo *caracortada*, como decían entonces; el Carujo por excelencia, el valiente, el machetero, va a pronunciar, nada menos, que un mensaje presidencial con aliento de tratado sociológico, dentro de lo que entonces se entiende por tal. Indistintamente de que la pluma de Fermín Toro haya ayudado, si no es que no se lo escribió completo, demuestra lo que hemos venido recalando una y otra vez: que Castro no era un tonto, porque el sólo hecho de tener a Toro como consejero no habla mal de su capacidad para sopesar a los hombres. Ante Toro, dice, se desahoga. Es de los poquísimos amigos que franquean esa puerta de confianza. Si algo angustia a los venezolanos es que no se puede saber lo que Castro piensa. “Ningún cuidado debe U. tener por su familia por la que tengo el mismo interés que por la mía propia: todos los días me informa el Sr. Rodríguez de su estado”, le dice en la misma carta. Es que son casi hermanos. El más denostado y el más admirado de los venezolanos del siglo

XIX se hacen, de ese modo, uno solo. Las dos caras de una historia que fue capaz de aunar a letrados con macheteros; de una sociedad que acunó a los dos y que los obligó a convivir, a coexistir, a colaborar.

Pero hay más con Castro. Recuérdese que ya desde muchacho es íntimo de Antonio Leocadio Guzmán y con él seguramente asiste a tertulias en las que, al menos con la yema de los dedos, toca las discusiones de la república letrada que está en el pináculo de la sociedad. Además, ya leeremos otros documentos suyos, como cartas personales o como la que le mandó al mismo Toro que ya citamos, y de nuevo sobresale un estilo elegante, de ideas bien estructuradas que encontramos en el discurso y que indican cualquier cosa menos incapacidad intelectual. Lo mismo podemos decir de sus cartas. Por eso bien vale un breve examen de estos documentos. Por eso y por la justicia de que un hombre, de quien tan mal siempre han hablado todos, se defienda alegando sus razones. Siempre que podamos, dejaremos a Castro hablar.

Vamos al discurso. Primero, naturalmente, la Providencia, que cree guía todos sus pasos: “Doy gracias a la Providencia –comienza su discurso–, que en sus altos designios me ha elegido con favor singular para dirigir los esfuerzos del pueblo venezolano en la reconquista de sus derechos, y convocar la Augusta Asamblea de sus legítimos representantes...” Lo ha elegido, pues, para una tarea titánica, ya que la mirada que le echa al país le devuelve un rostro desalentador. Monagas lo ha dejado hecho añicos. “Un poder arbitrario, de origen vicioso, funesto por sus máximas e irresponsable en sus actos, sustituyó en Venezuela al gobierno legítimo que se funda en el derecho y la justicia”, sentencia para regocijo del auditorio civilista y conservador que tiene enfrente. Es un guiño a los *hombres justos* hecho por el valiente: “las formas exteriores, pero vanas, de las instituciones democráticas (...) sólo han servido en Venezuela para encubrir, con mofa insultante, el abuso más tiránico de la fuerza, que, rompiendo la valla de la Justicia y la moralidad, aniquiló la oposición que nace de la Ley, del honor y del patriotismo”. A partir de lo cual comienza a hablar el sociólogo que se nos revela en Castro. Por lo anterior:

Desapareció virtualmente el sistema orgánico de la sociedad política que coordina y equilibra los altos poderes constitucionales: que mantiene la subordinación de los inferiores sin menoscabar su acción libre, aunque de esfera más limitada, que construye el Estado sobre la base del Derecho, da al derecho poder, al poder garantías, y pone bajo el escudo de la Ley la libertad de la conciencia y las resistencias morales, impidiendo así la absorción completa de todas las fuerzas de la sociedad por la fuerza gubernativa, y conservando la igualdad en su terreno legítimo y la acción individual en su justa independencia.

Desapareció, o por lo menos se debilitó hasta lo sumo lo que con propiedad se llama la constitución íntima de la sociedad, constitución formada por el sistema compacto de principios morales, preceptos religiosos y sentimientos de honor que componen el tribunal supremo de opinión a que se apela en última instancia del abuso del poder y de la injusticia o corrupción de los mandatarios...

Él mismo sabría después de qué va eso de que la sociedad condene por pudor ciertas cosas a la oscuridad y al oprobio...pero de momento la explicación sociológica es una defensa del civilismo contra los hombres fuertes: “sucedió al organismo político la concentración mecánica de la fuerza que, como una vorágine, atrajo de la circunferencia al centro no solamente todo lo que es el orden político y administrativo todo lo que atañe al derecho y a la justicia, sino también lo que toca al interés material de los asociados y afecta las fuentes de la riqueza pública.” En fin, aunque “no sin lucha, dominaba la barbarie”. Ella se amoldó “en su más cruda esencia a las formas republicanas, y dio así falso credo a la ignorancia con ilusorias doctrinas; pero en la práctica, con la amenaza o el cebo se condujeron las elecciones, legislaron los Congresos y los tribunales sentenciaron; la imprenta calló la verdad...”, en fin fue el despotismo. Tanto –y acá recurre nuestro presidente a un recurso que será manido una y otra vez en Venezuela– que “no se comprende cómo un pueblo que mostró tanto heroísmo por conquistar su independencia en la gran hora de la emancipación, y que gozó por algunos años de los frutos de la paz y del orden bajo el imperio de la Ley y del régimen constitucional, pudo resignarse a perder ventajas tan claramente adquiridas...” Es lo que Germán Carrera Damas defini-

rá un siglo después como la clave de nuestra interpretación de la historia: *seremos porque hemos sido*. Cada vez que las borrascas demuestran nuestras costuras más vergonzantes, reaparece el espectro de los gloriosos abuelos de la Emancipación: su casta habrá de salir a pesar del envilecimiento, de la ignorancia, de la corrupción. Habrá de salir para la salvarnos. “De esta manera –explica Castro– hemos visto descender a Venezuela del rango que ocupó entre las Repúblicas Hispano-americanas...” Pero a esta guisa:

Carabobo dio el grito de guerra contra el poder de los Monagas, y unánimes respondieron todas las provincias de la República. Volaron los ciudadanos a las armas; pero no hubo enemigos que combatir. No debía verse sangre, la barbarie no tenía defensores, y la unión de todos los venezolanos en su sentimiento de justicia y moralidad no podía encontrar resistencia en los pocos partidarios de la arbitrariedad y del despotismo.

Pasa de inmediato Castro a temas más inmediatos y angustiantes para el común de los venezolanos, por ejemplo el del retraso en los sueldos. En esto, como en lo anterior, no podía comenzar sino alegando “los enormes fraudes cometidos mientras gobernó la familia Monagas”, porque “las administraciones pasadas fueron pródigas con los fondos públicos, como lo prueban los gravísimos contratos celebrados en todas la materias y bajo todas las formas posibles, y la interminable lista de sueldos y pensiones que abruman la nación. Esta inmensidad de créditos servía favorablemente al odioso agio que ejercían pocas personas de grande influencia en la administración, principalmente los miembros de la familia Monagas. Se compraban por vil precio, y se cobraban íntegros con órdenes especiales en fomento de los favoritos...” Este sistema será uno de los mecanismos típicos del enriquecimiento ilícito venezolano en el siglo XIX. Referente al Protocolo Urrutia no le queda sino defenderlo: “el momento del triunfo es siempre el momento de la magnanimidad”, sentencia, y si bien “no se ocultaba a mis ojos la enorme responsabilidad de la Administración del General Monagas, que no puede considerarse sino como una fuerza disolvente

y destructiva, obrando sin cesar contra las instituciones políticas, contra el orden moral y las leyes de la naturaleza...”, había otras razones más inmediatas y pragmáticas para dejarlo ir en paz: “la espantosa serie de juicios que traería el del General Monagas, si la justicia imparcial y severa buscase sus innumerables cómplices en los desórdenes de lo pasado, y en la multiplicidad de sus delitos: la lúgubre expectativa de la sociedad que, al alzarse el velo que cubre las memorias tremendas de más tremendos días, creería ver levantarse del abismo como fantasmas amenazadores de los antiguos partidos con sus feroces pasiones”, le persuadió de dejar las cosas así.

Nunca Castro –o Toro, que para el caso es lo mismo– fue tan claro –habría que decir, dramáticamente claro– como en esta frase. Nunca, la verdad, lo fue político alguno. De las altas consideraciones sociológicas salta a la prosaica realidad y sin rodeos puso el dedo en la llaga: todos fuimos cómplices, por eso a qué engañarnos, señores, si enjuiciamos al primero debemos enjuiciar a todos los demás y entonces no habrá paz posible. Descontando la de Toro y un decena de repúblicas verticales más, no quedará cabeza en su lugar, comenzando, claramente, con la suya. Seamos entonces razonables: dejemos las cosas así.

Para terminar, dos cosas: en estos momentos de olvido del pasado, dice, lo justo es dejar que Páez, a quien, de paso, le pone y quizá por primera vez en nuestra historia –porque fueron varios en usarlo– el título de Benemérito, vuelva para supremo bien de la patria. Que se vaya Monagas y que vuelva Páez, y que los dos lo hagan en paz; ciertamente, no es un tonto Castro. Por otro lado recomienda mano dura con los que andan promoviendo sobresaltos, esos que “por una perturbación moral que sólo puede explicarse por la falta del uso de la razón en diez años de terrorismo, los demagogos, disgustados de las elecciones, vinieron a reunirse a los partidarios del despotismo amenazados de la justicia, y todos inspirados por el genio infernal de la discordia, conspiraron, con los más atroces planes, contra la actual administración, teniendo en miras frenar frustrar la reunión de la Convención y entregar la República a los desastres de la anarquía.”

En fin, todo parece estarse enmendando, si calculamos que venimos de una barbarie que obró contra las leyes de la naturaleza y contra la integridad del organismo social. Punto aparte es el problema diplomático, que está peor que nunca pero que, asegura, se resolverá, como en efecto se resolvió. En lo que respecta a los conspiradores “la vigilancia, la fuerza y la justicia de la Administración frustrarán todas estas criminales tentativas.” El 9 de julio, por 92 votos contra diez para Pedro Gual, tres para Manuel Felipe Tovar y dos para Fermín Toro, Castro es proclamado presidente provisional por la Convención. Mes y medio después, cuando el intento de La Galipanada se hizo añicos y el problema del Protocolo se resolvió, los cálculos de Castro parecían, una vez más, confirmárseles. Pero por primera vez en años estaba equivocado. Era el principio del fin. Los *desastres de la anarquía* estaban en el umbral de su provenir. De nuestro porvenir.

Entre banquetes y discursos

La política de los banquetes

El 23 de julio Castro llega a Valencia. Ese día pocas cosas anunciaban que el poder ya estaba yéndosele de las manos. Valencia se rinde a sus pies. La ciudad se vuelve un jolgorio de música y gente arremolinada en las calles, de aplausos y de muchachas bonitas en las ventanas, a su paso de vencedor. La iglesia lo celebra con un Te Deum y en el hotel-restaurant de Pedro Lacau –recordará años más tarde González Guinán– “se les obsequió un modesto ambigú (...) finalmente, se retiró el General Castro a su casa de habitación en la calle de Colombia a descansar de las fatigas del día. En la noche hubo iluminación, retreta y fuegos artificiales en la plaza Bolívar”. El 26 cumple juramento ante la Convención. Es ese día cuando pronuncia la frase con la que comenzamos esta biografía. En el momento justo en el que todas las loas llegaban a su máximo y, claro, empezaban a declinar:

Señor Presidente, Señores Diputados: La Providencia ha colmado mis más caras esperanzas concediéndome la dicha de reuniros para resignar en vuestras manos la autoridad que me confiaron vuestros comitentes; mi ambición está satisfecha. Habéis querido confirmar la voluntad de los pueblos eligiéndome jefe provisional de la República. Dipu-

tados del pueblo: vosotros sois los que mandáis; mi autoridad no será otra cosa sino el brazo que sostenga vuestras deliberaciones.

Un soldado es incapaz de pronunciar largos discursos; pero oíd la voz de mi corazón y sed testigos del juramento que acabo de prestar: es el del 5 de marzo. ¡Qué el oprobio persiga mi memoria si no consagro todos mis días a la defensa de las libertades públicas y a la del Poder Civil que ella representa!

Si no fuera porque la cosa no es de risa, los acontecimientos que a partir de entonces se suceden en la vida de Castro bien pudieran ser el argumento de una comedia de enredos. Entre este brindis y la resolución del bloqueo de La Guaira todo parece mejorar. Pero, a partir de allí, el medio año que sigue es una tómbola de sobresaltos, confusiones, idas y venidas en la que la República va prendiéndose poco a poco hasta que en febrero de 1859 todo estalla en la hoguera de la Guerra Federal. Nuevamente, como con los episodios de La Galipanada y el bloqueo, los cuatro grandes factores, que como cuatro grandes planos fragmentan la realidad venezolana, se entrelazan hasta hacerla explotar. Es que, como decíamos, La Galipanada y el bloqueo fueron algo así como el ensayo general y con vestuario de lo que vendría. El primero de esos planos es Valencia, con los conservadores que tan primorosamente sueñan con repúblicas ideales en su Convención; el segundo está formado por los liberales que conspiran, y cada vez más se atreven con las armas, en el exterior y en el interior; el tercero es Páez, que finalmente se digna a venir de Nueva York, preparado para dar el gran zarpazo y moviendo sus hilos al efecto; y el cuarto, en medio de todo esto y creyendo que aún podía darle algún concierto al desplome, está Julián Castro, que en realidad no sabe hacia dónde moverse y termina haciéndole promesas a todos para, al final, pelearse con todos.

Es difícil narrar estos hechos simultáneos. Ensayemos el mecanismo de verlos un poco como (tal vez) pudo haberlos visto Julián Castro: es decir, cómo, uno a uno, los actores de los planos van volviéndose sus enemigos. Primero, fueron los de la Convención. En agosto y septiembre de aquel agitado 1858 discute, una y otra vez, los acuerdos que

el 27 de agosto se firman en La Guaira. Si Castro respiró aliviado cuando finalmente se fueron los vapores enemigos y, con ellos, se marcha Monagas, pudo hacerlo sólo por un momento. Muchos diputados de Valencia, y no sin razones de peso, se indignan. Aquello –sostienen– fue aún peor que el Protocolo Urrutia: fue su confirmación, en realidad una pusilánime claudicación ante los poderes de las potencias extranjeras. “Si Venezuela acepta el convenio de La Guaira –dice el diputado José Gil, de Barquisimeto–, firmado sobre el cañón del enemigo, tan sólo cede a la fuerza”. Altos valores, patriotismo y, en el fondo, una no muy bien disimulada desazón y rabia por no haberle echado el guante a Monagas, hay en éste y en el resto de los alegatos que se esgrimen. Una vergüenza. Una afrenta. Una pena. Una traición...sí, una traición. Por primera vez aparece la palabra en torno a Castro. Aunque entonces la cosa no pasa de allí, se trata de algo más que un dato anecdótico, porque es la clarinada de lo que vendrá inmediatamente después, del resultado lógico de sus idas y venidas: Castro es un traidor y hay que separarlo de la Presidencia. Nada menos es lo que empieza a solicitar el corro de los conservadores que deliberan en Valencia. Acaso todos, en el fondo, desde el principio no piensan sino en eso, pero aún no se habían atrevido. No sienten que es el momento. Si se le destituye... ¿a quién poner ahora, que todo parece estar por estallar? ¿A Páez? Ante la pregunta, más de uno sonreiría, pero otra vez sale Fermín Toro, que sabe que Páez sólo dividiría más al país y por eso se le opone, y que además ha consagrado su amistad a Castro, para poner orden. Pide la palabra y dice:

Soy de los que pueden hablar de Monagas sin temor ni remordimientos. Si me faltó arrojo, jamás incliné la cabeza al bárbaro, y tuve siempre el valor de la conciencia. Puedo también hablar del General Castro con entera independencia. Le conocí el día de la revolución; le vi decidido. ¿Decidido a qué, señor? A quitarnos el monstruo que hacía diez años devoraba esta tierra: fue afortunado. Pedíamos los que conspirábamos un jefe al cielo y a la tierra, y ese jefe no aparecía; unos, derrotados; otros, perseguidos; otros, fuera del país; sólo el General Castro tuvo el valor de decir: “Pongo mi espada en la

balanza y me lanzo a combatir al que oprime ha diez años a Venezuela". Se le debe, señor, este tributo, pese a quien pesare. Y ¿cómo en este mismo local, que ha oído el juramento, que ha oído el voto libre del pueblo de Valencia, acusar al General Castro, y acusarlo precisamente por ser jefe de la revolución de marzo? Impiedad, señor, inaudita.

Por eso, recomienda Toro, dejémonos de tonterías: "fue el General Castro quien, comprendiendo el deseo de los pueblos, pudo traerlos aquí para que puedan expresar su voluntad; de este hecho se ha derivado el derecho de la revolución". Punto. Los hechos van primero. El mundo es de los valientes. Y tanto es así que precisamente entonces aparece en el horizonte otro valiente con ganas de demostrarlo. Es el otro plano del mosaico nacional. El hombre más temido y esperado. El hombre al que Castro había invitado con la esperanza de que nunca se atreviera a venir. El hombre que Toro no quiere que venga. El hombre por el que añoran los conservadores. El general Páez. Sí, todos hablan de su retorno. Pero discursos como el de Toro le hacen pensar a Castro –y a otros– que tenía algún chance de ocupar su lugar como sablón principal del godismo. Tal vez el mismo Centauro lo olfatea y es por eso que se apresura a venir. Veamos el caso a través de dos banquetes, que son entonces hechos sociales revestidos de una significación muy especial.

En efecto, la política venezolana había inaugurado desde, por lo menos, hacía una década, esa nueva modalidad. Como no hay nada que se parezca realmente a un mitin –aunque sí hay, claro, algunas acciones de calle–, es el banquete el lugar para los discursos, los besamanos, las insinuaciones, los acuerdos, las muestras de apoyo o de rechazo. En Caracas funciona un *Club Español*, que acaso inaugura la mesa de autor en el país, y allá se iba en tiempo de los Monagas a recordar la cocina de la Madre Patria, a hacer acuerdos, a concretar negocios y a tomar vinos; todas las casas de los ricos tienen sus grandes salones en los que, cuando no se hacen bailes –el equivalente social de los banquetes políticos– tienen dispuestas sus grandes mesas de caoba y su buena platería para el condumio con el poder. En los almacenes se consiguen los más variados productos importados, vi-

nos, quesos, jamones, arenques que –para sorpresa de los importadores– a los venezolanos les resultan sabrosísimos con arepas. El salón, el banquete y el baile –se usan, claro, galicismos para definirlos: el ambigú y el sarao– son los cotos en los que la elite puede disfrutar la civilidad con la que sueña y que el resto de los espacios de un país “bárbaro” le regatea.

El banquete del 11 de septiembre de 1858, realizado en un tipo de salón muy especial, el del Senado, es la anatomía de la política nacional. Asisten doscientos invitados. A la hora del brindis habla Castro, habla Soubllette y nada menos que el delegado francés, Levraud, como para expresar su satisfacción con el acuerdo de La Guaira. Están los representantes de Gran Bretaña y los Estados Unidos. Está el ex Presidente de la República Dominicana, por entonces exiliado en Caracas – los exiliados dominicanos son comunes en la capital –, Buenaventura Báez; está Monseñor Silvestre Guevara y Lira, Arzobispo de Caracas. Está Juan Vicente González. Están, pues, casi todos los conservadores de la capital. El poder, por enésima vez, después de un sobresalto, en este caso el de la Convención, parece seguro. Pero de nuevo las cosas van con su ritmo de montaña rusa. Ya para el 10 de octubre otra vez parece escapársele de las manos. La candidatura de Paéz es algo de lo que hablan todos y Castro siente que debe hacer algo. Ese día, pues, en otro banquete, ahora en Valencia, lanza uno de sus discursos más célebres. De nuevo, son las palabras de un hombre instruido, sagaz y melifluo:

A la cabeza como nos hallamos de un gran movimiento nacional, ¿no tendremos un gran pensamiento común? ¡Imposible! Sin duda que no caminan tantos hombres a la ventura ni se agita tan profundamente un pueblo sin un alto designio. Todos conocemos este designio, todos le tenemos en la mente y en el corazón; pero a mí me toca proclamarlo con voz de heraldo a la faz de Venezuela; a mí, que he levantado el pendón de la regeneración, que he dado el primer golpe al imperio de la barbarie y que he convocado al pueblo para decirle: “Marchemos, triunfemos y ascendamos a la cumbre misteriosa, desde la cual se divisa por su risueña inspiración el porvenir venturoso de la Patria”. Por mi parte, señores, yo le diviso ya, y saludo con una mezcla de entusiasmo y reverencia a

la alta personificación de la soberanía popular. Descubro allá a corta distancia colocado en una eminencia, bajo el dosel de la bóveda celeste y rodeado de gloria y esplendor, un desconocido elevado, por el voto nacional para representar la omnipotencia civil. Señores, inclino mi frente ante este desconocido: Él es el futuro presidente constitucional, el simple ciudadano, que no tendrá más condecoraciones que sus virtudes ni más títulos que la voluntad del pueblo. ¡Salve tres veces al Presidente civil!

Permitidme, señores, un rasgo de egoísmo. ¿Me estará prohibida toda especie de ambición? Veo también allá, al lado del dosel presidencial, un simple soldado de pie, pronto a desenvainar la espada y a derramar la última gota de su sangre en defensa de la ley y del elegido del pueblo. Señores, este soldado es Castro, que jura por Dios y por su honor adquirir esa gloria, que todavía no ha alcanzado ningún caudillo americano. Alcanzaré esa gloria; ella será mi ambición y será también un nuevo tributo que ofreceré a su tiempo en las aras de la Patria.

Acompañadme, pues, a brindar por el Presidente civil, electo constitucionalmente; por el olvido de lo pasado; por la sincera unión de los venezolanos.

La ecuación es clara: un civil –¿Tovar? ¿Toro?– en la Presidencia y Castro como el sablón que lo respalde. Como lo fue en su día Páez. Como la nueva cabeza del Partido Conservador. Por eso, aunque le solicita a la Convención que le ratifique un indulto para la Facción de Indios de Guanarito, que en nombre del Liberalismo andaba saqueando y pillando por los Llanos centrales pero que rápidamente ha caído presa, a un mismo tiempo expulsa del país a un amplio grupo de liberales, algunos comprometidos con La Galipanada, entre ellos, precisamente, Antonio Guzmán Blanco; otros simplemente por ser críticos con su gobierno. Guzmán es un patiquín –por sus ademanes finos hay quienes lo llaman “la señorita”– audaz, se mantiene en la clandestinidad y desde el *Diario de Avisos* le responde: esto, señor, no es cosa de gente civilizada. No se me puede tratar como a un miserable de la Berbería. Esto es un atropello, porque mi caso es cosa juzgada. No es más que otra prueba del principio funesto de que en Venezuela “el poder lo puede todo”. Muchos lo leen y asientan ante cada argumento; comienzan a ver en él, más que al hijo de Antonio Leocadio, a una

estrella que se eleva. Pero eso será después; de momento, Castro ni se inmuta y sigue persiguiendo liberales, cada vez con más ensañamiento.

El banquete del Centauro

Pero las cosas no son tan fáciles. Cuando en la Convención los diputados ya se dividían entre *civilistas*, *castristas* –que cada vez los había más, aunque después lo negaran– y *paecistas*, llegó el Centauro y mandó a parar. La dinámica de los hechos lo obligaban. Castro mismo, como hemos visto, se apuró a invitarlo al día siguiente de su entrada triunfal a Caracas y una y otra vez lo invocaba, aunque como quien invoca los favores de un espíritu maligno que no quiere ver. Finalmente la Convención acuerda solicitarle su regreso. Y a solicitárselo con una pompa de magnificencia real. Veamos: el 5 de octubre una comisión le presenta en el Hotel Metropolitan de Nueva York el decreto en el que se le invita, casi se le suplica, a que vuelva. La entrega se hace con todo el aparato de una ceremonia de la Antigüedad. Asiste una nutrida concurrencia. Desde hacía tiempo Nueva York está fascinada con el Centauro y con el espectáculo solemne que le ofrecen los parlamentarios de la República tropical. Pocos neoyorkinos saben a ciencia cierta dónde queda Venezuela, pero Páez es una de esas figuras que cada tanto encandilan a esta ciudad, que si aún no es la Babel de Acero, ya da signos claros de lo que sería después como “capital del mundo”, como nido de magnates, reyes exóticos, artistas, variedades de circo, cortesanas hermosas, genios y locos. El alcalde, los municipales, empresarios, banqueros, diplomáticos, gentes de la sociedad lo acompañan. Hay discursos, aplausos, vítores. Pedro José Rojas, quien pronto se convertiría en su sombra, habla; también lo hace Simón Camacho, ese sobrino del Libertador que yéndose al Norte fundó la rama “gringa” de su descendencia; el poeta cubano A. M. Betancourt le recita unos versos laudatorios... Vienen otros brindis, banquetes y más discursos, reseñas en la prensa, una visita al presidente James Buchanan, una parada militar de despedida. Con sinceridad, la potencia en ciernes admira al héroe de la emancipación iberoamericana, aunque tam-

bién los hay quienes tienen interés en que Páez, una vez hecho con el poder –y nadie duda en que lo hará– les abra oportunidades para la inversión. Tal vez el agudo Rojas lo captó en el aire y no en vano pronuncia, en uno de los tantos brindis, el más pro-americano de los discursos de nuestra historia: “La Casa Blanca –dice– debiera ser el cuartel general de donde saliesen los misioneros de la libertad y del verdadero americanismo para derramarse por todo el mundo de Colón. Enviad desde allí a ciudadanos de la libertad y de la ley, no medianías egoístas que se adunan con sus opresores y sus banderías mezquinas. Enviad a vuestros más ilustrados hijos a la América del Sur, a los países en que nuestra civilización, la civilización americana, la de la democracia y el vapor, y el ferrocarril y el telégrafo; la civilización (permitidme definirla), la civilización *yankee* está llamada a formar un orden de cosas que ha de regenerar al mundo”.

Pedro José Rojas se las sabe. Está a punto de convertirse en el hombre fuerte de Venezuela. Es un letrado cumanés que viene haciendo periodismo y política –que entonces es prácticamente lo mismo– desde la década de 1840. Ha oscilado entre los distintos bandos políticos, pero con Monagas la ruptura fue definitiva: mientras gobierna, pasa un exilio de diez años en Estados Unidos; es el tiempo en el que, quién sabe si por odio a Monagas, va haciéndose el más radical paecista –recuérdese que Páez también está allá– y donde se granjea su estrecha vinculación con el Norte: traduce, por ejemplo, el *Curso de inglés* de Teodoro Robertson y prepara algunos otros manuales educativos. Pero no es hombre que se conforma con imprimir libros: se vincula en la conspiración para derrocar a Monagas, en la que funge como agente de Páez y, en este rol, es de los que convoca a Castro a encabezar la revolución. Obviamente, nuestro caudillo desconfía de él, pero es sagaz, tiene contactos y se abre paso entre los paecistas de la Convención. De ellos obtiene el que, seguramente, fue el trabajo más feliz de su vida: encabezar la comisión para el retorno de Páez. Es, en suma, su operador político; el contacto ideal para los gringos, a quienes conoce bien. Se las sabe el hombre. Destáquese lo que dice: *ferrocarriles*

y *telégrafos*. Más de un banquero, de uno de esos “magnates ladrones” que entonces tendían líneas de ferrocarriles, levantaban flotas de vapores que surcaban los océanos, promovían inventos que transformaban a la sociedad, financiaban la ópera y la apertura de colegios, al mismo tiempo que especulaban en las bolsas, generaban escandalosas bancarrotas y se fugaban con las ganancias; más de uno de esos capitalistas que estaban cambiando al mundo debió frotarse las manos: Venezuela será una nueva California, una nueva Nicaragua o una nueva Cuba, es decir, una meca tropical para los negocios...

Y aunque es un español residenciado en Estados Unidos y con patentes y procedimientos estadounidenses, Manuel de Montúfar, el que tiene desde 1854 la concesión para tender telégrafos en el país, aún faltaba medio siglo para que la “civilización yankee” se entronara en Venezuela. El petróleo era apenas una referencia que inquietaba las meditaciones científicas de un Vargas, que ya en 1839 se preguntaba cómo podíamos beneficiarnos con ese abundante pez mineral que teníamos, y de alguno que otro emprendedor –porque la condición de emprendedores no se la puede regatear nadie– norteamericano. Pero no es más que eso. De hecho, será justo en el año siguiente, en 1859, cuando Edwin Drake perfore el primer pozo en Pennsylvania. Por lo demás, ni Páez podrá imponerse como sueñan los gringos y sus otros aliados –los comerciantes criollos y sobre todo los *musiúes*, que amaban el orden; la Iglesia, que no dudará en llamarlo instrumento de Dios; el resto de los sectores conservadores–, ni la nación del Norte está en su mejor hora. Sobre todo la Nación del Norte: las elecciones que siguen a la administración Buchanan son precisamente aquellas que se disputan Lincoln y Douglas, es decir, la antesala de su propia tragedia nacional, la Guerra de Secesión. Cabe acá una pregunta que ojalá algún investigador la desarrolle husmeando en papeles norteamericanos: ¿habrá influido la situación de guerra en Norteamérica en la hecatombe venezolana que paralelamente se desarrolla entonces como, por ejemplo, influyó en la invasión francesa a México? Es decir, con unos EEUU más sosegado y capaces de aventuras exteriores,

¿el balance de poder de Páez, por ejemplo, hubiera sido otro? Queda la pregunta en el aire...

Pero a finales de 1858 nadie podía imaginar ni lo que estaba por pasar en Venezuela ni lo que se cernía sobre los Estados Unidos. Comenzando con Castro cuando lee las noticias de las rumbosas despedidas de Páez en Nueva York, del espaldarazo de la Casa Blanca y de los no menos rumbosos recibimientos que se le prodigan en Cumaná –adonde llega, como para hacer más énfasis en su vuelta: retorna por donde lo botaron– el 18 de diciembre, o en Puerto Cabello, donde finalmente desembarca, también entre multitudes, discursos y banquetes, el 31 de diciembre. Nada anunciaba que Páez era un Centauro con pies de barro. Que no es ni podrá volver a ser nunca el de 1835. En su *Autobiografía*, que cierra en 1850, reconocerá el yerro de este experimento al que va teniendo de auriga a Rojas: “termino, pues, la historia de mi vida donde debió haber acabado mi carrera política”. Así, pues, termina la gloria de Páez y termina, por fin, 1858. Todo expectativas, todo temores. Castro repasa sus meses y no lo puede creer. Varias veces ha estado en lo más alto y varias en trance de caer. Hace doce meses era el gobernador de una provincia al que sólo conocían los círculos políticos y sus gobernados inmediatos; hoy es el hombre más poderoso de Venezuela. La Providencia le ha sonreído. Los curas lo bendicen por donde pasa, las muchachas le sonríen en los bailes, ¡hasta Fermín Toro le escribe los discursos! Ha sorteado con éxito todo lo imaginable: el derrocamiento de Monagas, que hace un año era apenas un sueño; ha vencido un racimo de conspiraciones; ha resuelto el bloqueo por parte de las potencias extranjeras como colofón del escándalo del Protocolo Urrutia; ha soportado los debates más encendidos de nuestra historia. Sí, viéndolo bien, la Providencia le ha sonreído. Sin embargo, sabe con sus sentidos de felino que algo no anda bien. Que las cosas que dijo José Gil en la Convención están guindadas en el aire y que pronto alguien las retomará; que hay gente alzada en los montes y que ahora con esto de Páez, que es un pésimo regalo de Navidad, su liderazgo tendrá al lado la sombra de un gigantesco sa-

mán. Aunque viejo y enfermo –en Cumaná deben desembarcarlo en andas y ya en Nueva York lo habían embarcado en una camilla– viene con todo. Viene a ocupar su lugar. A quitarle lo que con tanto esfuerzo ha conseguido; el producto de los años de sobresaltos y astucias. Es posible imaginárselo mientras medita y se acaricia la barbilla, o se acaricia el sable. Algo hay que hacer. Apura un trago. Se lamenta de sus aventuras con los conservadores, que nunca se han caracterizado por ser demasiado incluyentes, por aceptar a alguien nuevo en su círculo. Así se acuerda, de repente, que siempre ha sido un liberal; que esto no es más que un paréntesis en su vida; que no tiene porqué calarse al viejo Centauro, si ya una vez lo derrotó; que por ahí andan los viejos amigos, los verdaderos, los de siempre, Zamora, Falcón, Guzmán, conspirando...que, tal vez, ellos lo perdonen, porque en Venezuela, a larga, se perdona todo, y revivan los viejos y buenos momentos. Que incluso sean capaces de unirlo a su revolución. Sí, a la revolución que están tramando contra él.

Tal es, probablemente, la promesa de Año Nuevo que se hace. Nada menos. Suenan las doce y como toda familia liberal –y hoy, con Paéz pisándole los talones, se siente más liberal que nunca–, la suya ha adoptado la propuesta hecha por Tomás Lander para las navidades de 1823 y que los de su facción han hecho suya desde entonces, eso de abrazarse con sus parientes y amigos como signo de reconciliación. Entre los besos y abrazos –es Castro un padre tierno– entonces aparece una idea, una que lleva sus ocurrencias y cabriolas aún más allá de todo lo imaginado, que permite sorprendernos una vez más: si no puede con Páez y la Convención, empezará a conspirar...Sí, a conspirar contra su propio gobierno!

El Misterio de la Transfiguración

Comienza el final

Con la llegada de Páez a Puerto Cabello se cierra 1858. Se cierra con una pesadilla para Castro. Ese año, tan agitado pero tan promisorio, en el que la fortuna –él hubiera dicho: la Providencia– lo ha llevado a los más altos destinos y con la velocidad de una montaña rusa lo ha metido y lo ha sacado de los mil trances que producen sus maromas, termina con un obstáculo formidable de sortear. La ecuación que tan buenos resultados le estaba dando con Fermín Toro, esa que en lo inmediato esperaba consagrar con el llamado a elecciones y de la que esperaba salir como el hombre fuerte, como el sable que conjurara los peligros mientras el fastidio de la administración cotidiana del Estado quedara en manos de un plumario, peligraba. No ella en sí misma, sino en sus factores: hay un nuevo sablón, éste ciertamente poderoso, Páez; y hay un nuevo plumario –porque todo caudillo necesita el suyo–, Pedro José Rojas, en el horizonte. Algo había que hacer...

Y había que hacerlo rápido. Como desde hace tres décadas, como, quién sabe, desde siempre, desde que era un muchacho en Petare, su mente trabaja noche y día fraguando una alternativa, una maniobra, un golpe de valor y de astucia, sobre todo de eso, de astucia, para triun-

far, para, cual si fuera un gato, caer parado otra vez... Tanto esperar, tanto maniobrar y cuando al fin está a punto de comerse las uvas maduras, viene Páez a comérselas él... Eso no puede ser. Está en juego lo que, como un regalo del cielo –por algo siempre invoca a la Providencia– le ha dado sentido a esa vida que hasta el momento había vivido “con valor pero sin glorias” y ahora se encuentra en serio riesgo de perder. Pero Castro no sabe qué pieza mover. ¿Aferrarse a los conservadores y competir con Páez? ¿Virar lentamente hacia los antiguos compañeros liberales? ¿Virar velozmente? ¿Dar un golpe? Naturalmente, dar un golpe, pero, ¿cómo y a quién? ¿A los conservadores, a los liberales, a él mismo? Hará lo uno y lo otro. Hará todo lo que esté a su alcance para no perder este momento en el que al fin se siente rasgando el cielo. Fiel a su naturaleza, cambia de bandos, de pareceres y de promesas con la velocidad que le indiquen los vientos. Intentará reinventarse a sí mismo. Cambiar su persona sin cambiar su esencia, es decir, ser el mismo Presidente, pero de otro gobierno, de otro bando. Es difícil de explicar porque se trata, como él mismo lo escribe, de vivir el Misterio de la Transfiguración. Sin embargo, este momento venezolano es demasiado grave hasta para los milagros. Demasiado trágico incluso para Venezuela, y se le escapará de las manos como se le escapó a todos, a Páez, a Fermín Toro, al mismísimo Zamora. Como en conjunto se le escapó a una sociedad que en el siguiente lustro sólo supo conjugar el verbo matar. Las cabriolas que tan bien le habían salido siempre, por esta sola vez le fallan, y le fallan de un modo definitivo. Si 1858 terminó con una pesadilla, 1859 comenzó con otra peor. Fue un suspiro su gloria. En un año está en lo más alto y al siguiente en el fondo de la desesperación. Son las cosas de quienes viven bajo el signo de la astucia y del valor. La transfiguración es un milagro que muy pocos pueden alcanzar.

¡Viva la Federación!

¿En qué andan entonces los viejos compañeros liberales con los que sueña regresar y conservar el poder? Andan exiliados u ocultos. Natu-

ralmente, andan alzados. El desastre de La Galipanada sólo detiene por momentos a la revolución en marcha y más bien engrosa, con su nueva cohorte de desterrados, al corro de los desafectos que andan buscando una oportunidad –es decir, una goleta y unas carabinas– en el exilio antillano. El grupo que gravita en la isla danesa de Saint Thomas (y valga acá un excurso: llamada “Santomas” en los textos venezolanos de entonces, era una parada obligatoria para los veleros y vapores que iban y venían al país, y por eso una referencia cotidiana y la base de una importante colonia de comerciantes daneses en el país, que normalmente pasaban por “alemanes”), ese grupo, el 15 de septiembre de 1858, se organiza en una “Junta Patriótica de Venezuela” y redacta el llamado “Programa de Saint Thomas”. Se trata del primero de la Federación. La primera bandera que a tantos hará soñar y morir.

El Programa lanza los principios que después se recogerían y aumentarían en el “Pronunciamiento de Barinas” y, ya a la hora de la victoria, se consagrarían en el Decreto de Garantías y en la Constitución de 1864. Es un programa radical –frente a la versión de Liberalismo más moderada de los conservadores– y, en cierto sentido, revolucionario. Una revolución burguesa y democrática es lo que proponen, aunque los hay quienes la piensan jacobina. En este sentido, Ezequiel Zamora y Juan Crisóstomo Falcón son las cabezas militares del movimiento, pero son cabezas que también tienen ideas y con el tiempo se convertirían en los referentes de dos versiones supuestamente contrapuestas de nuestro Liberalismo, una revolucionaria y otra reformista, por decirlo de algún modo. Ciertamente, entre ambos se dio una importante rivalidad. Aunque Falcón es el de más jerarquía, Zamora es el líder popular y el genio militar y, si la muerte no lo hubiera sorprendido tan rápido, difícilmente Falcón hubiese terminado en la silla presidencial. Zamora es un liberal de los que admiran la grandilocuencia incendiaria de Guzmán el viejo; Falcón prefiere el sosiego de Guzmán el joven y sus muchachos, mucho más republicanos que revolucionarios. Sin saberlo Falcón, Zamora le pica adelante y envía agentes a Coro para propiciar un alzamiento y comenzar la revolución. Coro es el

epicentro del prestigio de Falcón y tiene todas las condiciones para ser la mecha que encienda el país, ya que lo de La Guaira no había sido posible. Además, como herencia de Monagas, tienen unos cuantos militares adscritos al Liberalismo. De ese modo, los comandantes Tirso Salaverría y Jesús M. Hernández hacen el pronunciamiento el 20 de febrero de 1859. Toman la guarnición. Ha comenzado la Guerra Federal.

Aquello fue una explosión cuyas consecuencias entonces nadie podía imaginar. Es el desenlace violento de las aspiraciones de Castro y, en rigor, de todos los demás. Una hoguera que duraría un lustro y que en sus llamas se llevará a varios miles (¿cuarenta mil, cien mil?, los estudiosos no se ponen de acuerdo) de venezolanos. El alzamiento cataliza todos los descontentos, desata todas las pasiones. Frente a ellos, la Federación es como un ensalmo que abarca todos los males. Durante cinco años el país se viene a pedazos, se ahoga en sus contradicciones y su sangre. Ese Estado que había nacido como un manojo de ilusiones en 1830 y que ya llevaba una década dando tumbos, prácticamente desaparece. Se habla seriamente de liquidarlo, como quien liquida un negocio quebrado. Las cuentas de una sociedad que para las mayorías tienen la forma de una promesa incumplida, estallan como una erupción volcánica: se trata –dicen los liberales– de la lucha entre quienes aspiran a mantener los privilegios de la Colonia –los oligarcas, los *godos*, como los llaman trasegando el nombre del partido monárquico en la Independencia– y quienes luchamos por ensanchar los horizontes de la libertad y la igualdad. Se trata –dicen los conservadores– del triste producto de aquellos que a fuerza de agitar al pueblo con promesas tan bonitas como imposibles, con demagogias que sólo sirven a sus intereses, han fomentando el desorden, han disuelto la sociedad, le han dado pábulo a los resentimientos, han impedido la evolución lenta y segura hacia el progreso que –¡por fin!– la Convención empezó a trajinar. Se trata de que son enemigos de Dios, dice el muy paecista Monseñor Fortique... Se trata de “Tierra y hombres libres, muerte a la Oligarquía!”, gritan los campesinos, para quienes los nombres de Zamora y de la Federación tie-

nen la fuerza de un talismán. Los hacendados huyen a las ciudades y, si pueden, al exterior. Los musiúes se regresan a sus tierras o a otras más estables. Nadie invierte un cobre y, el que puede, lo saca del país. Las plantaciones sucumben. La gente invade y saquea las haciendas. Hay quienes emprenden acciones para que Gran Bretaña –ya que los EEUU están hundidos en su propia locura– ocupe Venezuela. Si el costo es Guayana, que se la agarre; si el costo es volvernos una colonia, mejor. La República ha sido un error muy caro que de algún modo hay que enmendar. Todo estalla, todo se conmociona, todo se revuelve en la sangre derramada al grito de ¡Viva la Federación!

Pero estamos en febrero de 1859 y todavía es muy temprano para que liberales y conservadores ponderen la marejada que acaban de desatar. Al contrario, como siempre en las guerras, todos creen que pueden aprovecharse de ellas. Julián Castro, por ejemplo, se frota las manos: es la oportunidad, se engaña, de darle otra voltereta a la fortuna; Páez se las frota: es la hora de venir a poner orden –sueña–, los pueblos me lo implorarán; Antonio Leocadio Guzmán se las frota: metido en una aventura neogranadina, se ilusiona con refundar la Gran Colombia, ahora bajo la bandera liberal y teniéndolo a él como Vicepresidente; se las frotan los campesinos y esos mulatos que quieren ascender, se desrizan el cabello con aceite de coco y se empeñan en cumplir con la etiqueta de *El Carreño*: ahora seremos gobierno y tendremos las haciendas en nuestras manos, se embaucan; se las frotan algunos revolucionarios y aventureros europeos que andan por estos soles del Trópico: será Venezuela –se ilusionan–, la patria de la revolución y así le ponen a las proclamas de Zamora frases radicales, hasta un poco socialistas que, en realidad, sólo ellos –y quizá Zamora– entienden: “Libertad, Igualdad y Fraternidad”, “Libertad o Muerte”, “Dios y Federación”; en fin, se las frotan todos sin saber que es un juego en el que todos, a su modo, habrían de sucumbir.

El 22 de enero desembarca Zamora para convertirse en el alma de la revolución. Su carisma, su gran actividad, sus extraordinarias dotes militares, su capacidad para unir en la imaginación de los más humil-

des la causa federal con la suya propia y con el combate a la oligarquía, lograrán darle al movimiento un verdadero matiz de revolución social. El país literalmente se incendia. En Oriente se alza Juan Antonio Sotillo. En cada esquina brota un caudillo. Allá, por donde iba Zamora con su legión de campesinos alzados, estalla la Federación. Estalla a veces como saqueos y piras incendiarias, aunque Zamora no los aprueba. Con sus comandantes apodados “El Tigre”, “El Perro”, “Caimán”, “Pantera”, “León”, como para resaltar su ferocidad, el inquietante Martín Espinoza incendia los registros para que desaparezca, dice, la propiedad. También roba y mata. Con él anda un brujo, “El Adivino”, que en las vísceras de los enemigos muertos dice leer el futuro. Zamora lo reprende, pero como si nada. Al final se cansa y lo fusila. Ciertamente la guerra social recuerda a la de 1814: desde el 20 de febrero hasta el 20 de diciembre de 1859 hay 130 acciones de guerra, mientras que en todo 1814, “El Año Terrible”, el de Boves y la Guerra a Muerte, hubo sólo 64. Hay, al respecto, una memorable página de nuestra literatura, escrita por Ramón Díaz Sánchez en su *Guzmán, elipse de una ambición de poder*, magistral biografía de Antonio Leocadio Guzmán, que describe lo que representó la Guerra Federal en su primer momento de explosión social, y que vale la pena leer: “¿Qué es la Federación? ¿Qué representa? Nada, pues que no la conocen. Todo, porque tienen fe en ella. Tan extraña es para ellos esta palabra que no saben siquiera pronunciarla y dicen *Feberación*. ¡Viva la Feberación!” (1952: 442-443).

En fin, como canta el pueblo, “Al que coja Falcón/pida a Dios perdón//Al que coja Zamora/no dura una hora//Al que coja Trías, rece sus letanías//Al que coja Sotillo/pierde la cabeza y el bolsillo//Al que coja Gregorito/pierde *toíto*//Al que cojan los otros federales/pierde el pesquezo y los *riales*...” Aunque Falcón demostrará cuando al fin desembarque en Palma Sola que es más filósofo que machetero, que está hecho con la pasta de la bondad, y Zamora termine fusilando a los más violentos de sus hombres y proclamando el orden y la honestidad, las noticias son inquietantes. En rigor cada quien anda de su cuen-

ta, sin conexión con los mandos de la revolución, y con sus cosas –que a veces son simples actos de bandidaje– no hacen sino darle crédito a la canción y sus amenazas. Son noticias que a esta hora tienen mediatibundos a Castro y a todos en Caracas y Valencia, moviéndolos, cada cual según pueda, a buscar una salvación. Porque de eso se trata esta hora: de salvar “el pescuezo y los riales”...De escapar al severo grito de ¡Viva la *Feberación*!

El misterio de la Transfiguración

Naturalmente, Castro tiene su plan. Para junio, la revolución lleva cuatro meses y tiene al país encendido. Las tropas del gobierno la combaten con suerte variada. Aunque aún controlan la mayor parte del territorio y hasta han recuperado ciertas áreas, el alzamiento no hace sino crecer. Es justo en ese momento en el que llega finalmente Páez a Caracas. Y llega en medio de vítores y banquetes, porque todavía la guerra permite hacerlos. Cada vez más los conservadores ven en el viejo Centauro la solución, al guerrero sagaz y arrojado de Mucuritas, de Queseras del Medio, Carabobo, Puerto Cabello, Payara..., el guerrero heroico de siempre, sólo que con unos cuarenta años más. Porque el *León de Payara*, el *Ciudadano Esclarecido*, tiene casi setenta años, que hoy ya serían muchos para salir en campaña y que entonces, cuando la gente se moría alrededor de los sesenta, eran el borde de la proyecta ancianidad. Por más que esté duro –porque todavía sorprende a los que lo ven montar y dos años después hasta deja boquiabiertos a sus edecanes levantando en peso un cañón– y tiene lucidez y ambiciones, que Castro no sabe cómo atajar; y genera ilusiones, que los más sosegados no pueden comprender, las cosas ya no son, ya no pueden ser, como en los días en los que su solo nombre disipaba los vientos de una revolución.

Así, con la antorcha de Zamora amenazándolo en un frente y con las maniobras de Páez acosándolo por el otro, Castro debe moverse como el felino que siempre fue. Todo indica que el lugar intermedio que soñó, ese propio partido que reúna a los venezolanos por el que sueña, ya es

poco menos que un recuerdo, que se trata de un deseo que sólo él acaricia. Los venezolanos están matándose con entusiasmo digno de mejores causas. Es, pues, la hora de poner distancia y pensar. O de generar una crisis que le diera un golpe -¡ah! Un golpe- a la situación. Primero, se aleja de Fermín Toro, tal vez como primer síntoma de la desesperación y los yerros que siempre produce. Unos dicen que para congraciarse con Páez, que no le perdona a Toro que no sea paecista y que prevenga a quien quiera oírlo del desatino de pedirle una dictadura; otros, porque quiere congraciarse con los liberales. O, acaso, por las dos cosas, con Julián Castro nunca se sabe. Pero también porque ya la hora era otra y la crudeza con la que el humanista analiza las cosas le molesta. En una carta fechada el 24 de mayo Toro pinta con los peores colores al gobierno, a Castro y al país: "La situación política o más bien social de esta tierra empeora cada día, se lamenta. Las facciones numerosas y robustas, amenazan a un tiempo todas la Provincias, atacan las poblaciones, las incendian, degüellan a sus habitantes y difunden por todas partes espanto y desolación". Es un cuadro de espanto. "Las fuerzas del Gobierno son numerosas, pero por una parte están mandadas por jefes ineptos, cobardes y traidores, y por otra, carecen muchas veces de la ración alimenticia, a tiempo que los facciosos tienen botín hasta para quemar"... Será por eso que los federales se ríen del principal jefe conservador, León Febres-Cordero: dicen que es león en la paz y cordero en la guerra. Con todo, pronto les propinará unas cuantas palizas para que no se anden con chistes. Finalmente, "Castro, como jefe de la revolución de Marzo fue desprestigiado por la Convención, visto de reojo por los paecistas, con desconfianza por los civilistas y con odio implacable por todos los facciosos que le hacen el blanco de sus furores. Castro, como Presidente de la República, no tiene más poder que el de una Constitución que no es poder; de un ejército mandado por Jefes que son sus enemigos o sus rivales, y el de una opinión pública, que ni es pública, ni es opinión". Visto así, Castro hasta parece una víctima.

Pero es una víctima que el 7 de junio echa a andar su última gran jugada. Ese día, alegando enfermedad, se separa temporalmente de la

Presidencia y deja encargado a Manuel Felipe Tovar, que para entonces era Vicepresidente. Las sorpresas, las maquinaciones, las suposiciones y los rumores nunca habían llegado tan alto... ¿Enfermo? ¿Cómo que enfermo? ¿Qué le pasa a Castro, no en su salud, que nadie le cree eso de la enfermedad, sino en sus cálculos? ¿En qué anda metido? ¿Por dónde viene la nueva conspiración? Venía, claro, de él mismo y Tovar cae tan redondo en la trampa que hasta por momentos parece que la jugada le salió bien... Si algo muestra el talento de Castro es este episodio. Obligado a asumir la Presidencia, Tovar arma un gabinete y va a presentárselo en su casa. No lo encuentra enfermo y eso desde ya le da a las cosas otro tono. “Debo advertir con franqueza, General, que la responsabilidad en que tanto ellos [los ministros] como yo incurramos pesa también sobre usted, puesto que es usted el que crea la situación que nos hace obrar”, lo increpa. González Guinán reproduce el diálogo (en el volumen 6 de su *Historia...*, página 395 en la edición de 1954) que de seguidas ocurre y que, en algún grado, revive el que siendo muchacho presencié entre Vargas y Carujo. Una vez más, la historia lo pone bajo el signo de Carujo:

—Esa responsabilidad —le contesta Castro— no será legal, sino moral.

—Precisamente —replicó Tovar— ésa es la mayor que puede afectar a un hombre.

—Así es.

—Ahora bien, General —continuó diciendo Tovar— ya está usted impuesto de las personas que van a formar el Ministerio que ha de acompañarme. Está usted en actitud de hacer desaparecer toda complicación volviendo a encargarse del mando. Yo no continuaré ejerciendo el Poder Ejecutivo sino por puro deber, por ser deber público y constitucional de que no puedo prescindir. Medite usted bien sobre esto.

—En cuanto a reencargarme —contesta, meliflúo, Castro—, está en pie lo que dije a usted el otro día; puede ser que no vuelva a la Casa de Gobierno, o que vuelva dentro de quince días, un mes o dos meses; no sé...; volveré cuando cese el motivo del que habla el decreto.

Deja, pues, hacer a Tovar y éste toma, casi como guiado por Castro, el peor de los caminos: arma un ministerio conservador, encabezado nada menos que por Pedro José Rojas. De hecho, le ofrece una cartera a Páez, pero el viejo león –más bien zorro– siente que aún no ha llegado el momento y, nuevamente desprendido, la rechaza. Buscando una solución termina organizando una Junta de Guerra formada por liberales y conservadores: Soublette, Castelli, José de Austria, José Félix Blanco –que además de coronel era presbítero– y, nada menos, José Antonio Páez, que a ésta sí se une. No nos detengamos en lo evidente: que descontando a Castelli, todas las demás eran viejas glorias de la Emancipación y cuando un gobierno sólo cuenta con los viejos algo en él se está agotando. Mal que bien, Zamora, Sotillo y Falcón son otra generación, en promedio, veinte años más joven. Pero esto entonces no era visto como lo medular del caso. Lo medular es que ya Páez y Rojas están muy cerca del poder. Es el deslinde definitivo. Los conservadores se han hecho con todo el poder. Y parece que es lo que estaba esperando Castro. Nuevamente, se trata de la oportunidad de presentarse como salvador. Esa misma noche que la organizan, la del 12 de junio, se le quitaron los males, se puso sus aperos militares, se hace acompañar por el Comandante de Armas de Caracas, Manuel Vicente de Las Casas y por otro militar, y fue a la Casa de Gobierno. Entra en ella con un fuste en las manos, como para que no queden dudas. Otra vez se da el diálogo entre el sablón y el magistrado cívico. Otra vez el diálogo de Carujo:

–Vengo a decir a usted que me reencargo del mando; ya estoy bueno y ha cesado el motivo del decreto.

–Me alegro mucho –contestó Tovar– tanto por ser Vucencia el Presidente como porque me releva de una grave responsabilidad en momentos tan críticos como los presentes. Entonces, me parece que puedo ya retirarme.

–Sí, señor.

La ciudad y todo el territorio controlado por el gobierno quedan con la respiración en suspenso. Y quedan así por ocho días. Después de

esto, que equivale más o menos a un golpe, ¿qué hará Castro? El 20 todos lo saben: un gabinete liberal. El salto de la talanquera. La última gran cabriola –aunque entonces todos dicen traición– de su vida. Francisco Aranda en Interior y Justicia, Manuel María Echendía en Hacienda, Estanislao Rendón en Relaciones Exteriores y, claro, José Laurencio Silva en Guerra y Marina: “he vuelto ahora a encargarme de los trabajos de la Administración –publica en una proclama– acompañando de Ministros cuyas ideas políticas simpatizan con mis inclinaciones, a las que el tiempo ha dado una calificación que yo no me atrevía a aplicarles, dudando siempre, en mi deseo de acertar, del juicio propio...” En otra, tan controvertida que casi le cuesta, como veremos, un fusilamiento, la del 30 de julio, lo explica casi con palabras mágicas: “Una transfiguración se obró en la Administración el 20 de dicho mes...” La jugada parecía maestra. Se reinventó a sí mismo. A su gobierno. Fue capaz del Misterio de la Transfiguración. Los liberales de Caracas celebran; los conservadores mascullan su rabia y aguardan a dar su respuesta proporcional. Páez se marcha nuevamente a Nueva York, mientras prepara las cosas para que su vuelta sea suplicada como se la suplicaron los griegos a Aquiles, y para que, una vez hecha, asumir el mando absoluto, sin Castro, sin Tovar, sin molestias. Se marcha, claro, con Pedro José Rojas.

Con el Centauro de nuevo lejos, con los conservadores fuera del gobierno y con un puente tendido hacia los viejos amigos liberales, Castro podía pensar que nuevamente la corveta le había salido bien, que las cosas estaban en su lugar, que el mundo es de los astutos y los valientes, que después de todo la Providencia no se había olvidado de él. Su hijo y cada vez más estrecho colaborador, Ramón Castro Briceño, le escribe una carta reveladora el 21 de junio, que calibra lo que se sentía en su núcleo más inmediato: “Ya estoi (sic) tranquilo más que tranquilo satisfecho. Los principios con que U. me ha instruido eran los que me tenían celoso de verlo a U. sin poderle desenvolver de ese enjambre de víboras, que por un milagro providencial no lo habían devorado...” Han de ser los principios liberales de la familia, de la

mamá, del abuelo. Pero hay más: de inmediato le pide el ascenso del teniente Eloy Maduro, que tiene “necesidad de ascender al siguiente grado porque tiene una numerosa familia que mantener y el sueldo de teniente no le alcanza”, lo que, en sí, no es un mérito militar significativo sino fuera porque “tiene por U. particular afección” y “no sirve con indiferencia”. La jugada está clara: los Castro sueñan ser como los Monagas, una saga propia dentro del Liberalismo. Ese es su concepto de la transfiguración.

Ahora bien, que ese sea su concepto no significa que fuera el que compartieran los liberales y los conservadores. La transfiguración... ¿era eso posible ya? Por lo menos para él, ¿de verdad lo era? No, ya nadie le cree. Todos dicen que está en acuerdos con Falcón, que le entregará el país a los federales. Y, en efecto, Falcón, que estaba en Curaçao mascullando la envidia de ver cómo Zamora conquistaba el país, ha mandado a Caracas a Guzmán Blanco y a Luis Level de Goda a negociar con algunos liberales cercanos al gobierno. La idea era alzar Puerto Cabello para propiciar su desembarco. Todo estaba a punto. Pero como lo que hace un brazo del gobierno no lo sabe el otro, por esos mismos días sus tropas le propinan una gran derrota a los federales en Carabobo y el alzamiento se frustra. Así, Falcón no se atreve a desembarcar. Ciertamente, su coraje tiene una química distinta que el de Zamora. Vuelve entonces a la negociación. Envía otra vez a Level de Goda para que le dé a Castro un poco de su propio chocolate. La estrategia es insinuarle un pacto para que baje la guardia y entonces, con toda seguridad, desembarcar... ¡ah, cosas que le han ganado fama de cobarde a Falcón! Pero le surte efecto: el eterno engañador ha resultado engañado y Castro termina creyendo que ahora sí, de verdad, la jugada le ha salido completa, que tiene un pacto con los liberales, cuando Falcón ni soñaba en cumplir...

Las Epístolas de González

Pero así son las cosas cuando a los hombres al fin nos toca la hora. Castro tal vez sonrío. La trama de engaños parecía funcionarle bien.

Pero esta vez los conservadores terminan enterándose. Toro se queja con indignación. Era acaso el último que lo defendía y terminó rompiendo con él. En realidad, ya nadie quiere estar con él. Cualquier cosa que diga Toro es nada frente a lo que dice Zamora. En su proclama del 27 de febrero sentencia: “Valientes corianos: con un puñado de vosotros ofrezco destruir los ejércitos del tirano y exterminar a los oligarcas por donde quieran que osen combatir por esa causa indigna de las prácticas republicanas; y acabar con el tirano Julián Castro, ese monstruo vendido a la ferocidad de nuestros enemigos. Miserable: para ese hombre murió la dignidad y el honor de las presillas de un soldado que combate por la libertad...” ¡Vaya que es duro Zamora! ¡Duro incluso para él, que no era hombre de echar flores en sus proclamas!

La de Zamora, es la rabia de sus viejos amigos, la de aquellos a los que se les volteó, persiguió y proscribió. Para ellos es, cuando menos, un traidor. La de Juan Vicente González, es como la de Toro, es la de los nuevos amigos a los que también se les acaba de voltear. Para ellos, también, es simplemente un traidor. Cuando todos en Caracas hablan de la inminencia del pronunciamiento de Castro por la Federación y hasta los liberales se atreven a salir a las calles, González, el 23 y el 30 de julio de 1859 publica en *El Heraldo* dos “Epístolas al Presidente del Estado, Excelentísimo Señor Julián Castro”. Constituyen un documento de excepción. Igual de encendida, la rabia de González tiene algo más: es una rabia literaria, es la que produce la mejor pluma de la Venezuela de su hora y, con seguridad, una de las mejores de la prosa romántica en la lengua castellana que desde entonces haya. González degrada a Castro a la galería terrible de los antihéroes. Aunque no es tan severo como, por ejemplo, lo es entonces con Falcón o como lo es con los malvados que dibuja en sus libros de historia –estos son los años, recordemos, en los que está escribiendo la biografía de José Félix Ribas y le deja a la posteridad sus denuestos contra Boves, Rosete o hasta Arismendi–, la imagen de Castro sale herida de muerte en las epístolas. Es la imagen de la doblez y la inmoralidad. Casi con lástima se refiere a él. Sus idas y venidas desconciertan a González: “Quiere la

paz y manda a predicar la revolución; desea el orden y destruye sus elementos y desencadena y arma la discordia..." Es que Castro en el campo de batalla combate a los liberales y en el gabinete los sienta en los despachos ministeriales: eso no puede ser. "¿Qué se pretende hoy y con qué opinión manda?" Nadie lo sabe. Lo suyo es "¡Colocarse en el conflicto espantoso de mandar a combatir a los amigos de su corazón, cuyas muertes llora, a costa de la sangre de los ciudadanos, que alegra el alma de sus ministros! ¿Por quién murió Murgüenza, este soldado fiel y valeroso que debía entristecer su propia victoria? Él no cayó por la libertad y la justicia, porque, según la política de usted, la libertad y la justicia están de parte de los enemigos que él combatía en nombre de usted..." Por favor, General Castro, parece increparle González, defínase: "¡Ah! ¡Qué bellos días reservaba a usted la Providencia, entre el respeto y el amor y el reconocimiento de sus compatriotas! Su nombre iba a crecer junto al altar de la patria que debía consagrarlo a la inmortalidad. ¿Qué mal genio ha turbado su mirada que vaga entre espectros y sombríos muertos, para seguir tras fantasmas de mando y sueños irrealizables de ambición, hasta ir a perderse en los abismos de la deshonra y la muerte?", se pregunta. Pero aún hay oportunidades de enmendar los actos. Sí, enmendarlos, pero para eso –lo fulmina–, se necesita "talento y fortaleza"... ¿los tiene Ud., General Castro?, parece preguntarle. Y es acá cuando hace un dibujo de su vida que ya hemos citado parcialmente en un capítulo anterior:

¡Ah, señor! A nadie convino tanto no apartarse nunca del camino que se trazó y seguir adelante con los hombres y los principios del 5 de marzo, como a usted. Joven, educado entre las convulsiones de la militar Colombia, su primera edad debió estar manchada con los excesos del soldado. Con valor, pero sin hazañas ni gloria militar, sus grandes grados, conseguidos al servicio de los tiranos del país, debían ser merecidos de nuevo por grandes servicios y acordados por el voto universal. La Convención misma, con este objeto, le había dado el grado más alto en la milicia. No tenía sino que continuar su camino, firme e impávido para convertir en mocedades juveniles los pasados errores, sacar de ellos méritos y experiencias útiles, y llegar a ser el objeto de las esperanzas de todos. Al

desconocer la situación que purifica, reviven con más fuerza los errores a los que se vuelve y la corona gloria que ya orlaba la frente, cae al suelo deshojada y marchita... ¿Qué hacemos, general? ¿Qué camino le queda a usted para su salvación y la de la patria? Yo, yo mismo, que le estimo más que cuantos le rodean, meditando profundamente en mi corazón, no hallo qué decirle. Pero recuérdelo usted: hay siempre uno para los corazones honrados, pero se necesita talento y fortaleza para caminar en él.

Talento y fortaleza moral, no una valentía sin glorias. Aquello es demoledor. Tanto como su frase final: "Adiós, general, ¡el hierro va a sonar en sus oídos en vez de mis débiles palabras! ¡El cielo salve a la República y a usted!" Sí, general, Tovar, que casi como un fugitivo ha huido a Puerto Cabello, tiene razón: la moral es la mayor responsabilidad de los hombres y usted, muy pronto, lo va a probar.

¡Se formó la *Sampablera*!

El 30 de julio

El 11 de julio Falcón le escribe a Castro que “gustoso correspondería a la excitación de usted, si dificultades superiores á mi voluntad no me lo impidieran”. Es decir, se excusa de cualquier combinación con el Gobierno. Es difícil saber, dentro del juego de intrigas, quién creía que estaba engañando a quién y qué es lo que se puede leer realmente en esa carta. El punto es que finalmente desembarca en Palma Sola. Y lo hace en la siempre auspiciosa fecha del 24 de julio. Ya los venezolanos de aquella generación han aprendido a no dar un paso sin el amparo justificativo de las viejas glorias independentistas. Naturalmente, poco les importa, como a Falcón, que muchas de ellas, aunque vueltas unos carcamales, siguieran con fuerzas suficientes para salir a combatirlos. Bolívar, que tuvo la suerte de haberse muerto veinte años antes que sus coetáneos, es un talismán invocado alternativamente por Castro y por Falcón. La “Proclama de Palma Sola” es de las más importantes de nuestra historia. Tanto por sus elevados conceptos –sí, Falcón ha resultado más un pensador que un general: por algo dirige tan mal los combates y no controla el ánimo cuando el plomo le pasa cerca– como por los efectos inmediatos que causa. “Soy –dice– lo que

todo hombre de conciencia que ciñe la espada, y lo que he sido desde que Venezuela me prestó la de su libertad: un ciudadano armado y nada más". Habla como un civilista. Habla con el más ortodoxo liberalismo en sus palabras: "Sí; la cuestión no es que las leyes que hagáis sean buenas o sean malas; la cuestión es que el derecho de hacerlas es de la mayoría, porque en las Repúblicas corresponde a aquélla el ejercicio de todos los poderes sociales".

El desembarco de Falcón tiene un efecto catalizador. Pocas veces las interpretaciones de un hecho en la cabeza de los ciudadanos han tenido un impacto tan grande. En Caracas a un mismo tiempo hace estallar el entusiasmo de los liberales y el temor de los conservadores. La ciudad se deshace en rumores. Todos hablan, todos conspiran. Todos esperan el paso que Castro pueda dar y que, según se ha visto, puede ser cualquiera. Se dice que la guerra ya está ganada por los federales, que por algo ha desembarcado Falcón, en cuya valentía pocos apuestan. Otros ponen el ejemplo de José Laurencio Silva, que está a la cabeza de la campaña contra Zamora, pero que, aseguran las voces, en realidad no lo combate; que la campaña del Gobierno es pura pantomima. Se dice que el viejo héroe de Ayacucho siempre ha sido un liberal y que en la Sabana de San Lorenzo casi lo han visto llorar –y ¡ay de cuando los bravos lloran!– en el momento en que los federales le recuerdan la vieja militancia victoreando su nombre. El viejo se emociona y no puede más. Se retira. No los atacó. El cuento es bueno, tal vez no cierto, pero bueno. El viejo se vuelve para Caracas, se declara enfermo y se retira a ver las cosas desde su casa. La gente interpreta el gesto como el signo de la derrota del Gobierno o de su adhesión definitiva a la Federación. Más de uno siente el desenlace en la punta de sus dedos. Todos engrasan las pistolas que guardan en sus cómodas o en los secreteros: de un momento a otro las deberán usar. Ya la cosa huele a otro 24 de Enero. La mitad de Caracas es liberal y sale a las calles. La otra es conservadora y aguarda. "¡Venezolanos! El Gobierno es vuestro; la política que él sigue es la que os ha colocado en medio de tantas calamidades; rodeadle, seguros de que no vacila, y que, contando con vuestra coope-

ración decidida, la paz coronará todos nuestros esfuerzos”, trata de atajar Castro con una proclama el 26 de julio. Pero la situación ha salido de toda madre. Los liberales tienen la calle tomada. Dan vivas a la Federación y nadie parece tener el control. El Gobierno, que había sorteado tantas circunstancias y hasta logrado repeler a los federales hacia el Llano, finalmente se enreda en su propia estopa y empieza a caer. Bastó que el primero gritara sus debilidades para que se viniera abajo como un castillo de naipes, para que tal vez Castro se acordara de las últimas horas de Monagas, que ahora se veían tan lejos pero que en realidad estaban tan cerca. Entonces, el 30, saca Castro otra proclama cuyos resultados no se hubiera podido imaginar: por ella, durante el siguiente año, se discutiría seriamente su ejecución. Como con la del desembarco de Palma Sola, no es tanto lo que dice como lo que todos le quieren leer:

¡Venezolanos!

Lo dijo Bolívar, e imitando su noble ejemplo, lo dije yo en 6 de marzo de 1858, y lo repito hoy con toda la efusión de mi patriotismo:

“Tan solo el pueblo conoce su bien y es dueño de su suerte; pero no un poderoso ni un partido, ni una facción. Nadie sino la mayoría es soberana”.

Por causas que no deben recordarse en estos momentos solemnes, la República sufría graves males en junio del presente año. Apenas pude así comprenderlo, se me vio buscar ansiosamente el remedio. Una transfiguración se obró en la Administración el 20 de dicho mes, un nuevo Ministerio trajo, desde luego, al Gabinete, como brújula de la nave del Estado, la voluntad popular...

¿En qué consiste esa transfiguración? ¿Qué es, entonces, lo que quiere decir con eso de *voluntad popular*? ¿Pasarse al Partido Liberal? “Tiene el Gobierno la conciencia de que no son las bayonetas las que le dan la fuerza, sino su bondad. En las guerras civiles, la victoria que se alcanza por la violencia o por el engaño hace levantar siempre sobre ella una cosa que es peor que el engaño: LA IGNOMINIA...¡Venezolanos! Os empeño mi palabra de honor...Un día más y estarán coronadas vues-

tras esperanzas". La gente estalla: mañana –concluyen– se proclamará la Federación, ¿o qué otra esperanza estará coronada al amanecer? Aragua se alza por la Federación, lo que pone a la revolución en la antesala de la capital. Sólo falta un último zarpazo. La ciudad está expectante. Todos saben que es cosa de días, de horas. No en vano Juan Vicente González saca sus cartas entonces, que son apenas una muestra de lo que brama la prensa conservadora de la capital. Desesperado, el 31 de julio, Castro convoca una Junta de Notables. Van cien personas, casi todas liberales, con el objetivo de cobrar lo que ya parecía un triunfo seguro. Obviamente, proponen adoptar la Federación y desbravar el camino de la paz. Se van con la seguridad de que esa noche o a más tardar el 1º de agosto la suerte estará echada: Castro proclamará el sistema federal. Tal vez en serio Castro pensó que era una forma de sobrevivir. De salvar "el pescuezo y los reales", como en la canción. Algunos se acuestan agitados y felices, pero en realidad nadie puede dormir esa noche. Otros ni intentan hacerlo. Todos esperan el pronunciamiento por la Federación, pero pasan las horas, el sereno se posa sobre el valle y mientras se encienden las estrellas en el conticinio –que esa noche no pudo serlo– se agota la paciencia. No, el pronunciamiento no llega... ¿será que Castro ha decidido voltearse otra vez?

El 1º de agosto

Como con Castro nunca se sabe –tanto es así que ya en Caracas se hacen chistes sobre su supuesta locura–, los militares han decidido atajar cualquier sorpresa. Es decir, han decidido darle un golpe de Estado. En realidad, lo tenían planeado ya para el 30, pero lo de la Junta de Notables los detuvo un rato. A lo mejor, pensaron, ahí se resuelven las cosas. Pero nada, no se resolvieron. Puras promesas y rumores, como es todo con Castro. El país está desangrándose y ese hombre no parece entender. Ellos no son realmente federales, pero piensan que es su deber patriótico hacer algo para que se pare la hemorragia del país. Como el 31 finalmente se acaba y no se llega a ningún pronunciamiento, acuerdan que a la mañana siguiente le darán un viraje

a la situación. Estaban en la conjura el coronel Manuel Vicente de Las Casas, jefe de la guarnición; el gobernador de la provincia, Nicomedes Zuloaga, y los comandantes de los batallones bautizados con los muy sugestivos nombres de “Convención” y “Cinco de Marzo”, Juan Clemente de las Casas y Pedro Vallenilla respectivamente, quienes además eran edecanes de Castro. Manuel Vicente, de hecho, se aloja en la misma casa del Presidente. Por eso Vallenilla tiene acceso a ella. En secreto sustrae sus armas de uso personal y deja que se acueste a cavilar las penas en esa larguísima noche. La mañana siguiente será el momento y, con él, la última escena en la que Castro pruebe su valor. En efecto, cuando se levanta, le informa que está detenido.

Aquello es un balde de agua fría, una pedrada en la frente, un inesperado huracán. ¿Cómo? ¿Detenido? La sorpresa es completa. Parece que en serio no se lo esperaba. Sin embargo, Castro no es tipo de dejarse detener tan fácil. Se reincorpora. Profiere dicterios. Grita deslealtad. Y se prepara a luchar. Si lo quieren, pues que lo agarren muerto. Él es un valiente. Nunca ha sido de los que se amilanan por esos trances. Que se la jueguen si lo quieren detener. Que aprendan esos edecanes, esos patiquines metidos a militares y que no saben lo que es pegar o recibir un machetazo, o cómo es que se portan los hombres de verdad. Corre a su habitación. No huye: busca las pistolas. No están. Busca el sable. Tampoco. No tiene alternativa. Han sido más astutos que él. Tal vez es lo que le da más coraje. Que se haya dejado atrapar tan fácil. Se entrega. Se acabó. Acaso no lo puede creer. Acaso nadie lo puede creer. Pero se acabó.

El Dos de Agosto

Sin embargo, en realidad el juego sólo se había acabado para él. En muchos otros aspectos el juego apenas estaba por comenzar. En Caracas, por ejemplo, las maromas y las comedias –mejor: las tragedias porque pronto habrían muertos– de enredos siguen por unos días más. Y, si sumamos a la dictadura que finalmente logra Páez en pocos meses, por unos años más. Si se necesitaran más pruebas para comprender

que Castro no estaba hecho de una sustancia especialmente distinta a la del resto de sus conciudadanos, que a lo sumo era una variante extrema de la misma; así como para comprobar que si bien sus enredos ayudaron a que las cosas estuvieran tan mal, no eran los únicos culpables del desastre, los episodios que al día siguiente tendrán como escenario a la Plazoleta de San Pablo lo harían plenamente. Son sucesos en los que las confusiones llegan a tal punto, en los que los flujos y reflujos de la política van tan rápido, que a siglo y medio es casi imposible seguirlos sin perderles el sentido, suponiendo que hayan tenido alguno. Entonces la gente los llamó por su fecha: “El Dos de Agosto”, que es una buena forma de llamar a los acontecimientos difíciles de definir: el 14 de febrero, el 18 de octubre, el 27 de febrero. Otros, más precisos, lo llamaron como la “Matanza del Dos de Agosto”. El día de hoy lo conocemos por el venezolanismo –mejor: el caraqueñismo– que hemos inventado para nombrar a nuestra realidad y por el que ahora decimos, sin rodeos, que aquél día se formó la sampablera en la capital.

Pero hagamos un poco de historia. La Plazoleta y la iglesia de San Pablo, que eran el centro de la desaparecida parroquia del mismo nombre, conformaban uno de esos sitios entrañables de Caracas a los que la piqueta del “progreso” se encargaría de hacer desaparecer. De hecho, estuvieron entre los primeros en hacerlo, porque su demolición ocurrió ya en los tiempos de Guzmán Blanco. En el sitio donde estaban, el Ilustre Americano erigió el teatro que entonces llevó su nombre y que hoy se llama Municipal, pero no por eso su rastro desapareció. La veneradísima imagen del Nazareno que estaba en el templo, y que no en vano sigue llamándose “Nazareno de San Pablo”, fue trasladada a la basílica que construyó el Ilustre Americano un poco más abajo, la de Santa Teresa. Dicen que en la noche en la que inauguró el teatro se le apareció la imagen y le preguntó porqué la había dejado sin casa. Bastó el susto para que decretara la nueva y, en su momento, gigantesca iglesia. No era la primera vez que hablaba la talla. A su tallador en Sevilla, para casi matarlo de un susto, también le preguntó: “¿dónde me has visto que tan parecido me hiciste?” Innumerables his-

torias de milagros y de amor envuelven su figura. A ella siguen llegando los Miércoles Santos millares de feligreses desde todos los rincones del país a pagar sus promesas. Llegan en una gigantesca romería vestida de morado, en la que algunos van descalzos y otros de rodillas o cargando una cruz, según el tamaño de la promesa ofrecida y del favor recibido. Cada vez menos usan el hábito del Nazareno, bastándoles una prenda morada, pero otros se ponen hasta coronas de espinas.

Todo comenzó en 1580. Para enfrentar la primera peste de viruelas que azotó a una ciudad que no pudo librarse de la enfermedad hasta inicios del siglo XIX con la llegada de la vacuna, el Cabildo nombró a San Pablo protector contra el mal y le levantó una capilla, a la que solemnemente asistía todos los quince de enero. La peste de 1580 es de las peores de nuestra historia. La tercera parte o incluso más de los aborígenes, la mayoría parte de los famosos “Indios Caracas”, desapareció entonces. Incluso para poblar Antímano y Maiquetía y para trabajar en las haciendas del valle, tuvieron que apresar y traer indios del Llano. Al lado de la capilla, la piedad de los vecinos ricos pronto construyó un hospital y un hospicio para mujeres con problemas, es decir, para las pecadoras públicas, que siempre las ha habido, y para las que se peleaban con sus maridos y se iban de sus casas. No comenzaba mal el lugar. Pronto su Nazareno, sacado en procesión todos los Miércoles Santos se haría famoso, desplazando al patrón. Había dos en Caracas que concitaban tanta pasión: éste y el del Convento de San Jacinto. Cuando Guzmán Blanco demuele sus dos templos, el primero se pierde por Barlovento, y el otro se reinventa en su nuevo lugar. La gente casi cree que es una advocación del santoral: “El Nazareno de San Pablo”. Pasan los años, pasan los siglos, y su fama no hace sino aumentar. En los días oscuros de la Peste Española, por ejemplo, llega al cenit: cuando nada parecía detener la mortandad, sale el Nazareno en procesión. Las rogativas eran por la salud. Todos buscaban una señal, algo en qué consolarse. Y entonces les es dada. La cruz se enreda en un limonero que estaba en la Esquina de Miracielos: ¡Milagro!, exclaman los fieles. Según la leyenda, esos limones fueron el bálsamo

que pararon el mal...Tal es el motivo de un poema famoso de Andrés Eloy Blanco, "El Limonero del Señor". Ochenta años después, cuando el deslave se llevó con sus torrentes a Vargas, volvió el Nazareno a hacer el milagro pedido por la desesperación: salió nuevamente en procesión y, ¡milagro!, también salió el sol. Suerte distinta corrió la imagen de Nuestra Señora de la Copacabana, que lo acompañaba en San Pablo y cuya devoción no sobrevivió a la demolición del templo: en la Colonia era la abogada para las lluvias, es decir, para que no hubiera sequías, pero como en Caracas eso casi nunca ocurre, cuando alguien no salía de su casa la gente decía: "sale como la Copacabana". Desde 1736 tenía la plazoleta frente al templo una pila de agua y, ya en la República, cuando la zona se hizo cada vez más popular, se organizaban joropos en el lugar. Como era de rigor, la gente tomaba allí sus guarapos y sus amargos. Como era de rigor, habrá habido pecadoras públicas. Y al rato, también como es de rigor, habría borrachos, malentendidos y exultaciones de valor; es decir, habría pleitos. A esas golpizas, según parece, empezaron a llamarlas "sampableras"...

Pues bien, tanto el "Gobierno de San Pablo" como la "Sampablera" que se dan entre el 1º y el 2 de agosto tendrán como escenario el emblemático lugar y, de hecho, lo lanzarán a la historia nacional. Los hechos fueron muchos, muy complejos y hoy, que al dramatis personae de aquella ciudad dividida entre liberales y conservadores no lo manejamos como lo manejaban los políticos y periodistas de entonces, sólo logramos desenmarañarlos por una carta que le envía Valentín Espinal al padre José Antonio Ponte, futuro Arzobispo de Venezuela, y que reproduce Level de Goda. Esa carta es la base de todo lo que se ha contado al respecto. Glosémosla. El problema comienza unas cuadas más al norte, en la Plaza de San Francisco. Allí se reúnen doscientas personas, en respuesta a la convocatoria de una Asamblea que hacen los golpistas. Naturalmente, todos son liberales. Constituidos en Asamblea reconocieron el sistema federal, reconocieron a Falcón como jefe supremo de la nación y organizaron un gobierno provincial dirigido por Juan Manuel García, Juan de Dios Morales, el padre José Ma-

nuel Rivero, Estanislao Rendón y –¡lo que son las cosas!– José Laurencio Silva como jefe de armas. Es decir, el coronel de Las Casas quedaba por fuera. Este nuevo gobierno de un día incluso nombró a unos nuevos comandantes para los batallones y un nuevo gobernador. Es decir, el destino de Las Casas se figuraba igual que el de Castro: por más que haya tumbado al Gobierno, la cercanía que tuvo con él –y en general con los conservadores– era demasiada y generaba desconfianza. Así como a Castro parecía haberle caído la maldición de Monagas, pero tan concentrada que en un año vivió todo lo que a éste le pasó en una década, Las Casas recibió la de Castro, pero más reconcentrada aún, y a él le pasaría lo mismo, pero en horas. Es decir, quien en la mañana ha proclamado la Federación en la tarde está reunido con el arzobispo Guevara y Lira, Soublette, Wenceslao Urrutia, que vuelve por sus fueros, y otros. Algo así, en la historia venezolana, sólo volverá a verse en los acontecimientos del 11 al 13 de abril de 2002. Algunos dirán que desde el principio Soublette estuvo metido en la jugada y que la proclamación del sistema federal fue sólo para que salieran los liberales y agarrarlos más fácilmente. Es lo mismo que se dice del 11 de abril. En fin, como el Gobierno recién constituido tiene el apoyo de los cien milicianos que dirige el coronel José de Jesús Pineda y que están acuartelados en la Plaza de San Pablo, se le llamará, no sin cierta ironía, “Gobierno de San Pablo”. El resto de los militares está tan disgustado con los resultados de su propio golpe que decide asestar un contragolpe y, si no restituir a Castro, que hubiera sido el colmo, poner a uno de los suyos o alguien de consenso. Porque ese era el objetivo, no inclinar la balanza sino conseguir la paz.

Pero, ¿quién es ese hombre de consenso? Buscan a Tovar, pero ya estaba en Puerto Cabello. Queda la figura de recio civismo que siempre fue Pedro Gual y, mientras lo consiguen, echan a andar la reacción. En la Plaza Mayor, Francisco Michelena y Rojas empieza a congregarse a los conservadores y a denunciar lo ocurrido como un golpe inaceptable. La gente, esa otra mitad de Caracas que es goda, se aglomera en la calle y va a pedir armas a los cuarteles. El “Gobierno de San Pablo”, que actuó

con tanta seguridad en sí mismo y puso y quitó a su antojo, empieza a cruzar a las pocas horas de nacido. Ya amanece el 2 de agosto. Y es acá donde se cruzan los dos destinos. Donde el diálogo del perenne Carujo vuelve a escenificarse con Castro. Es la dialéctica de un país que quiere vivir en las leyes, pero que no puede hacerlo. Que necesita, pero no sabe cómo, de letrados y sablones. Llevados por los soldados se encuentra Castro, detenido, con Gual, nombrado Designado, en la Casa de Gobierno. Tal vez los dos van con la misma mala gana. El uno quiere mandar, el otro no. Oyendo vivas a la Constitución, Castro cree por un momento en el retorno de los favores de la Providencia. Como ya cualquier cosa es posible, a lo mejor es que lo restituyeron, piensa: “¿Quién gobierna?”, grita, pero los reunidos le responden dando vivas al Designado. “¿Se clama por la Constitución? ¡Pues yo soy el Presidente constitucional!”, vuelve a gritar, a lo que esta vez el licenciado Cadenas Delgado le respondió con la frase famosa: “Sí, es usted el Presidente constitucional; mas usted está preso”. Se habrán reído todos con, tal vez, la sola excepción de Gual. Pero Castro es una fiera. Siguió lanzando dicterios, acusando a sus “amigos” de haberlo tumbado. Los militares simplemente le responden gritándole traidor y encerrándolo en un cuarto. Luego se percatan de que tiene salida a un balcón y como saben que el hombre es capaz de lanzarse para escapar, lo encierran en otro. De hecho, en ese cuarto –o en alguno otro de la casa– pasaría preso un año más.

Pero la situación no es fácil... ¿qué hacer con Castro? ¿Cómo darle un golpe en nombre de la Constitución al Presidente Constitucional? La corrección de Gual se terminaría imponiendo: si el Presidente no renuncia, él no podía ejercer ningún acto legítimo. Naturalmente, Castro dice que no renuncia. En una representación que elevaría el 18 de julio del año siguiente al Jurado que entonces lo enjuicia, él mismo nos cuenta:

[quien suscribe] encontró en ella [la Casa de Gobierno] al señor designado doctor Pedro Gual, quien le recibió cordialmente y le manifestó “que había momentos en la vida en que el hombre debía sacrificar todo por el bien de la Patria”, y preguntándole el expo-

nente ¿qué exigía la Patria de él?, contestó: “Yo aconsejaría a usted que hiciese su renuncia de la Presidencia y me pusiera un oficio llamándome para que me encargara del Poder Ejecutivo por ausencia del Vicepresidente”. A lo cual replicó quien habla: “¿Y ante quién renuncio?”, y le contesté que ante el presidente del primer Congreso constitucional, y no estando reunido, que se la presentase a él para darle su dirección oportunamente, porque de otra manera no se haría cargo del Poder Ejecutivo, porque él era hombre de ley; entonces [el que habla] hizo renuncia y el oficio del llamamiento al Designado y presentó a éste tales documentos diciéndole que “no era ningún sacrificio, pues por la Patria había hecho y haría toda suerte de sacrificios”...

Otras versiones indican que no fue tan sublime y sencillo el proceso. Tratan de convencerlo de que renuncie, pero Castro alega razones de honor. Al final pide hablar con los dos oficiales más importantes que están en la ciudad. Se entenderá con ellos. Son Castelli, su amigo, y Soubllette. Permiten la reunión. Los tres generales conferencian a solas y las razones del Ejército pueden lo que no logran las de los magistrados. Tal vez le informaron que no hay un soldado dispuesto a defenderlo. El hombre renuncia, pues, dejando el poder en manos del vicepresidente Tovar y, si no, del designado Gual. Ya es la tarde del dos de agosto. Dice en el documento:

Circunstancias y sucesos diversos, casi todos desgraciados, han conducido a la República a una situación calamitosa y gravemente peligrosa. Mis deseos y mis intenciones han sido las más puras por corresponder a la confianza con que me honró la nación elevándome a la Presidencia de la República; pero mis deseos y mis intenciones han sido frustradas, mis intenciones han sido mal comprendidas. La República está en armas; las provincias, en disidencias, y los ciudadanos y el Ejército no tienen confianza en mi Gobierno, que tanto necesito para dominar la situación; y esta confianza ha llegado hasta el extremo de que un motín militar me ha puesto en arresto en mi propia casa. Ayer ha proclamado la Federación, y luego, la Constitución de la República.

Esto es demasiado para el incomprometido y sacrificado Castro. Renuncia. “Ofrezco este sacrificio a mi Patria porque es lo único que me

quedaba por sacrificarle y pido a Dios fervientemente que este mi procedimiento produzca la dicha y felicidad de la República". Ojalá lo haya producido. Justo cuando firma esto, que es el 2 de agosto a la una de la tarde, Caracas es un campo de batalla. El general Pedro Vicente Aguado, creyendo que lo del Gobierno de San Pablo iba en serio, se había alzado en Maiquetía y recorriendo el camino contrario de La Galipanada, avanzó sobre Caracas. Cuando llega a la Plaza de San Pablo con el objetivo de reunirse con Pineda, se encuentra con la inesperada situación de que los conservadores han retomado el poder y de que la plaza está siendo atacada por los batallones "Cinco de Marzo" y "Convención" y por civiles a los que se les han repartido armas. Es el momento en el que se forma la sampablera. La dura, la más brava de todas cuantas ha habido. Son cuatro horas de plomo parejo. La gente, en vez de esconderse, según narraría después de Las Casas, "afluía como si concurriese a una fiesta". Al final cayeron ciento cincuenta liberales presos. El resto huyó. Se contaron sesenta cadáveres, que eran un montón en aquella Caracas. Aguado estuvo entre los que lograron huir. El gobierno lo persigue. Lo bate en la vieja fortaleza de El Vigía, en La Guaira. Lo vuelve a batir en Maiquetía. Huye entonces a Carayaca y allí, derrotado y lejos de los federales, no se lo ocurre otra cosa que proclamar la Guerra a Muerte en un decreto que quiso emular al de Bolívar. Afortunadamente, no le hacen demasiado caso. Los que hacen degollinas, las hacen sin decretos; y los que no, ni que las decretaran. Además, Zamora no las aprueba. Debe seguir huyendo. Trepa por las montañas hacia El Junquito, llega a Aragua y cae en Villa de Cura. Ataca San Sebastián de Los Reyes. Otra derrota, pero esta vez sale herido. Trata de refugiarse en otras montañas, las de San Casimiro. Pero ya sus trochas son muy duras para un convaleciente. Es el fin. En los montes lo espera la muerte. Es casi un apólogo en aquella Venezuela de aventuras. Herido, se queda a pernoctar en un sitio mientras sus compañeros salen a buscar ayuda. Cuando regresan sólo están los huesos. Se lo había comido un tigre. Una historia verosímil porque ocurrió mil veces: todos cuantos en el siglo XIX anduvieron por las monta-

ñas del centro y los Llanos del país, cuentan del peligro de dejar rastros de sangre y no poderse defender. Entre tigres, pirañas y caimanes los ejércitos dejaban su buena cuota de bajas. En fin, cosas del trópico y de la Guerra Federal.

En Caracas, entretanto, y “colocado en la cumbre de estos desastres”, como dice González Guinán, Gual proclama lo siguiente al país:

Venezolanos. Cesó el General Julián Castro en el ejercicio de sus funciones...¡Ha renunciado!! Y en la ausencia de Su Excelencia el Vicepresidente de la República, de esta capital, yo, el Designado, estoy encargado del Poder Ejecutivo.

Venezolanos. El Arca santa de la legalidad y de nuestras libertades se ha salvado, y ella, a su vez, nos salva a todos. A ella y únicamente a ella están unidos los destinos de la Patria.

Venezolanos. Un esfuerzo, uno solo, pero supremo, unánime, uniforme, y en breves momentos la tranquilidad será restablecida en la República.

Viva la Constitución.

Caracas, 2 de agosto de 1859.

Pedro Gual

Sí, venezolanos: Castro renunció y se fue como uno de esos traspiés de la vida que no queremos ni, en realidad, con esfuerzo, volver a recordar. Se fue, pero no impunemente. Se fue dejándonos todo lo que somos de él, todo lo que en nosotros hay de él. Se fue sin dejarnos a nadie más a quién acusar. Y, además, se fue, pero dejándonos una sampablera formada en el resto del país.

El Juicio y la Deportación

Las cavilaciones del prisionero

En el cuarto que tiene por celda, un hombre de mediana edad medita en su desgracia. Su cabeza, de calva precoz y pronunciada, repasa los últimos meses. ¡Han pasado tantas cosas! Es difícil saber si se arrepiente. En lo inmediato logra desaparecer de la historia, como queriendo huir de tanto alboroto. Tal vez fue un asunto de poner –o de que le hayan puesto– mar de por medio con sus tribulaciones. O tal vez la distancia que a todos nos hace falta alguna vez para pensar. De hecho, en esos días afirma tajantemente que su vida política se acabó. Otra promesa incumplida: ya –porque pocos escapan de su naturaleza– volverá a las suyas, pero eso será después, cuando vuelva a estar libre, cuando regrese del destierro. Ahora es su peor momento, y vaya que los ha tenido malos. El suyo, es uno de los fracasos más completos de la historia política de Venezuela. Aunque ya sabe lo que es la prisión, desde que salió de Petare como una promesa de valor, como un muchacho que en sus manos tenía la posibilidad de un futuro, nunca había caído tan bajo. Es la otra cara de haber llegado tan alto. Ese es el punto. Siempre ha tenido enemigos, pero nunca lo odió tanta gente a la vez. En la prensa es objeto de burlas; en el parlamento se discute sobre llevarlo o no al paredón.

Hay mañanas en las que amanece con entusiasmo y tal vez se entretiene unas horas diseñando otra estratagema. Hay otras, más tristes, en las que las palabras de Nieves le retumban como un latigazo en la conciencia: “No te metas en eso Julián”... ¡Ah! Nieves, los muchachos, la nietesita que le acaba de nacer...! Esa es la vida. ¡Qué buena mujer es Nieves! ¡Qué inteligente, qué bonita! Malhaya el día que me fui de Chirgua a perseguir un embeleco; cuánto diera por regresar al verdor de Bejuma, a la casona de Valencia de la que Nieves se niega a salir. A Nieves no le gusta Caracas; ni por la Presidencia de su esposo –o acaso precisamente por eso– se instala en la capital. Cuando es derrocado y el populacho va hasta el solar, demuestra que las mujeres también son valientes, los enfrenta y su sola figura los detiene. Es una matrona a la que hay que respetar. Tales son los recuerdos que en sus momentos de tristeza le dan ánimos para seguir. Por ejemplo, la frase final de la carta de Ramón del 21 de junio: “Mamá, Manuela y todos nosotros lo abrazamos. Manuelita le envía un besito y le pide su bendición y yo lo mismo”. Es Julián Castro un papá y un abuelo tierno.

Pero, para el resto del país, es un traidor. Denostado por la prensa, según el artículo 147 de la Constitución que recién había aprobado esa misma Convención que en su momento tanto lo exaltó y a la que le desbravó el camino tumbando a Monagas, se enfrentaba a la posibilidad de la pena de muerte, que era la que se estipulaba en los casos en los que el Presidente incurriera en traición. También se estipulaba para el soborno y la malversación de fondos públicos en el caso de los ministros. La ironía parecía completa. Quien tanto se les volteó a todos, ahora tiene al país entero en su contra. El patíbulo era lo que le preparaban sus antiguos amigos. Así son los godos, se habrá dicho y, si no, que se lo pregunten a Zamora y al viejo Guzmán, que se salvaron en la raya: son hombres de manos flojas para mandar a ejecutar. Pero levantando la frente –porque Castro era cualquier cosa menos un tipo de amilanarse, de echarse a llorar por un pelotón de fusilamiento– se apresta a dar su versión de los hechos. Es lo mínimo que puede hacer. El 20 de enero la eleva a la Cámara de Diputados, que era la que, por

mayoría de dos tercios, debía determinar si la acusación tenía lugar. Es un documento que vale la pena insertar, porque es la voz de un hombre al que todos acusaron entonces –y seguimos acusando ahora– tratándose de justificar.

La representación ante los diputados

Escribe entonces Castro. Es bueno advertir que, salvo alguno que otro error, sigue la ortografía de Bello:

...Mi interes i mi gloria se cifraban en el felis término de esta honrosa misión, corona del movimiento de Marzo i remate de un gran trofeo nacional. Si fuera dado al hombre hacer retroceder el tiempo, alzar el sello á lo pasado i emprender por segunda ves la cantera de la vida, yo me detendría a comenzarla de nuevo en el Enero de 1859, i en lugar de la confianza, no desnuda por cierto de patriotismo, que entonces me alentó, me sentiría aterrado ante inminentes peligros é inmensa responsabilidad i dejaría á espíritus mas elevados i á naturalesas mas robustas el lansarse á la arena movediza de tanto azar, aunque de Santa gloria. Pero no es esta la ley irrevocable del destino: acepté el encargo, contraje la deuda i hoy pago el doble tributo de dolor profundo i mortificante desengaño.

(...)

Así corrían los acontecimientos, cuando en febrero de 1859, la invasión de la Provincia de Coro por un jefe faccioso vino á dar poderoso auxilio á las pequeñas facciones que existían en las costas de Puerto Cabello i á complicar mas i mas la situación de la República. Sin perder momentos el Gobierno levantó fuerzas respetables que puso á las órdenes de Jefes militares de merecida reputación, i con todos los medios que concede la Constitución, procuró hacer frente á la Revolución y atajar sus progresos, una campaña decisiva en Occidente. En vano todo! Triste es decirlo: los facciosos no fueron combatidos porque evitando con una fortuna incomprensible las numerosas divisiones del Ejército constitucional, penetraron impunemente en la Provincia de Barinas unidos con los que ya existían en Portuguesa.

(...)

Desvanecíase ante mis ojos el bello programa de Marso: olvido del pasado: concordia entre los venezolanos: esfuerzo generoso por levantar á Venezuela de su postración moral; i solo veía por todas partes, en preludios inequívocos hechos atroces, odios implacables, la guerra por principios y por objeto la ruina y la devastación. Por una fatalidad inconcebible los esfuerzos del Gobierno eran frustrados. El Ejército no defendía, la fuerza no domaba, causaba irritación la serenidad, i nuestras instituciones tan justas y liberales, no tenían el poder de atraer las voluntades y suavizar las pasiones. Asi parece que aguijonea el crimen en el camino de perdición, cuando se han roto los vínculos sociales i se han violado impiamente las leyes de la humanidad.

Pesaba entre tanto sobre mí una inmensa responsabilidad; pero aun mas pesaba sobre mi corazon carga amarguísima de aflicciones y pesares. Fue entonces que busqué como último esfuerzo en la formación del Ministerio de Junio i en el nombramiento de las comisiones pacificadoras, un medio si se quiere extremo pero nunca infame de desarmar los insurrectos i de aplacar los furores de una guerra abominable. Si estas medidas produjeron efectos contrarios á los que me propuse i aun si llegaron á ser dañosos á la causa nacional, mi intención fué sana a mis deseos los mas sinceros i ardientes por ver restablecida la paz y abiertos bajo felices auspicios el primer período de elecciones constitucionales.

Así llegamos hasta el 31 de Julio. La Capital se hallaba casi asediada por las facciones, la alarma, la agitación, la desconfianza traían en sozobra á sus habitantes: la debilidad, la confusión el desaliento postraban cada vez mas al Gobierno, objeto de odios para unos i para otros de recelos. Queriendo sofocar en su origen la insurrección, la ví levantarse mas fuerte i mas tremenda, deseando evitar á mi patria los desastres de la guerra civil, sus estragos y horrores crecían multiplicados a mí vista; resulto á ofrendar mi vida en los combates, como sacrificio á los principios de orden de justicia de libertad que sostenía, la ley me ataba al poste del sufrimiento i mis deberes se convirtieron en un circo fatal, cada día mas estrecho, cada momento más angustioso.

Así plugó á la Providencia colocarme, cuando en la mañana del día primero de Agosto para colmo de mi infortunio penetró hasta mis oídos la acusación de traición. Ni rechazarla me fue concedido, pues en ese mismo instante fui reducido á prisión en mi alojamiento por mi propia guardia.

El día dos de Agosto terminó mi vida política. Mi sacrificio fue completo, mi abnegación absoluta. En el silencio de la prisión i en la lóbregues de mi espíritu, he deplorado los desastres de mi patria i he visto como una expiación de mis errores los sufrimientos que me ha reservado la Providencia. Mis votos han acompañado los esfuerzos heroicos de los que han combatido por salvar la sociedad i me he asociado de corazón al triunfo de la causa nacional. Saludo como un día feliz, el de la reunión del Primer Congreso Constitucional, como el que comienza una nueva era de reconciliación para todos los venezolanos, de poder para el Gobierno, de fuerza para la ley, de legitimidad para las instituciones políticas i de anatemas para odiosas tentativas de nuevas revoluciones.

(...)

Por fortuna, merced á las luces del siglo que tambien refleja nuestra sabia Constitución, no es arbitrario hacer la calificación de un delito que tantas protestas ha dado á la tiranía para afligir i horrorizar á la humanidad: pero no me conformo con rechazar la acusación de traición en la acepción constitucional de esta palabra, aspiro á mi completa justificación en el sentido del honor en el que envuelve la lealtad en los compromisos i la fidelidad á los juramentos.

Ruego tanto á mis amigos, como á mis adversarios que por amor á la verdad i por respeto á la justicia, publiquen cualquier documento, oficial ó privado ó denuncien cualquier paso público ó secreto que pruebe, que yo halla exitado, sujerido o siquiera escusado la revolución contra el Gobierno, los atentados contra la Constitución ó los execrables exesos cometidos contra los mas sagrados intereses de la Sociedad.

Tráigase á la vista mi correspondencia, hablen y declaren los Jefes de la insurrección i los miembros de las comisiones franci-fisadoras (?), de los cuales muchos estan presos i sometidos á juicio, revelen i acusen si he cometido traición.

Sin los notables antecedentes que son justa recomendación dan en la sociedad solo mis virtudes privadas, forzoso es que lo diga, i mi amor á las instituciones republicanas me han hecho digno de la estimación de mis conciudadanos. Aquellos me atrajeron, en días memorables, cumplidos elogios de parte de los más severos, i debo decir mas ilustres de mis adversarios políticos, i este amor, i solo él pudiera haberme colocado á la cabeza del movimiento de regeneración, escogido para ser honroso puesto, por hombres de esclarecida reputación e inmaculado patriotismo.

Debilidad, vacilación, ostaculos superiores a mis fuersas, errores debidos á la inesperienza, mala suerte mas poderosa que mi buena voluntad / excesivo honor á los desastres de la guerra civil; todo habrá habido menos traición. Inclino mi frente ante todos estos cargos, i solo lamento los males de la Patria, á lo que espero aun servir con mis fuerzas i mi sangre; pero si me levanto contra una injustisima acusación; la niego, la rechazo y la rechazaré mientras tenga aliento, sintiéndome fortalecido en el desvalimiento á que me ha reducido la suerte con la esperanza de que será desoida por la imparcialidad, la rectitud y la justicia de los Representantes de la Nación.

Carácas, Enero veinte de mil ochocientos sesenta.

JULIAN CASTRO

¡Lástima, Don Julián, que no volviste a cumplir tu palabra! Si ese día efectivamente hubiera acabado tu vida política, esta carta habría derogado, o por lo menos atenuado, el oprobio que sigue a tu memoria. Pero tú mismo lo dijiste en la malhadada proclama que te tiene con un pie en el cadalso, la del 30 de julio, que la victoria que se consigue por el engaño produce algo peor que la derrota: la ignominia. Otra vez trazaste tu destino. Dijiste que te retirabas, pero no fue así. Aún tuviste fuerzas para ser ejecutor de otro de los más grandes escándalos de la historia venezolana. Tal vez lo quiso la Providencia en la que, por lo visto, has descargado casi todas las responsabilidades de tu vida. Lo quiso para enseñarnos que los hombres somos unos en la soledad y en la desgracia, y otros cuando volvemos a estar cerca del poder.

El juicio y la expulsión

Finalmente (aunque mejor sería decir, obviamente) la Cámara de Diputados hace la acusación el 1° de junio de 1860. El diputado Lorenzo A. Mendoza se encarga de formularla...y de formularla mal desde el principio: “el pueblo de Caracas –dice en su libelo– sorprendió al General Julián Castro, Presidente provisorio de la República, en flagrante delito de traición...” Es un libelo que la prensa reproduce para más humillación del acusado y que, la verdad, tuerce y estira los hechos. La tesis de que Castro, por plantear en la Proclama del 30 de julio una

frase ambigua que pudiera dar a entender que respaldaría a la Federación –porque, entonces, aceptar eso era aceptar que por la Federación estaba la mayoría de la nación– contraviniendo su juramento de defender la Constitución, es susceptible de tantas interpretaciones que, en realidad, no resulta suficiente para llevar a nadie a la muerte. Además, su detención en sí, hecha por un motín militar, no era legal y podía generar verdaderas dudas de que su renuncia no huiese sido producto de la coacción. Incluso, si renunció sin cargos formados, ¿por qué estaba preso? Pero era la hora de la venganza, no de la justicia. Así lo entendieron los abogados de Caracas, para más inri del proceso: todos los fiscales nombrados al respecto se excusaron y al final se hizo el juicio sin ninguno. El diputado Juan Vicente González pide que se le extienda la acusación a Francisco Aranda, a Manuel María Echeandía y a Estanislao Rendón... Más candidatos para el paredón. Para abrir el procedimiento se nombran a Rafael Álvarez, Lorenzo Llamozas, José Vicente Quintero, Fulgencio Vaamonde y nada menos que a Ramón Ramírez, que ha dejado por un momento las reflexiones teológicas y filosóficas para hacer justicia. Los acusados altivamente no nombran defensores. Se les nombra entonces uno de oficio, pero ellos le prohíben emprender una defensa. Asumirán uno de los juicios más llenos de irregularidades de nuestra historia. Sólo el 18 de julio Castro responde con un documento que, en esencia, resume la exposición que acabamos de transcribir. Algún efecto surtió. Diez días después, el 28 de julio, el Gran Jurado llega a uno de los veredictos más insólitos de la historia de la jurisprudencia venezolana y, quién sabe, si de la mundial. “El Gran Jurado declara: que el general Julián Castro es culpable del delito de traición, pero que no le impone pena...” A los otros imputados los absuelve.

Evidentemente fue un fallo político: quienes lo enjuician ponderan que bastaba con humillar al hombre, con meterle un susto, con castigarlo dejándolo un año encerrado en su cuarto. Pero ya matarlo hubiera puesto las cosas demasiado más allá, sobre todo cuando el país se deshacía en el momento más anárquico de la Guerra Federal. Del mismo modo como cuando se le quiso acusar la primera vez de trai-

ción por lo del acuerdo con los ingleses y franceses en La Guaira, se impuso la sensatez de Toro, que nuevamente sale a su defensa: aunque quisiéramos darle una zurra, mejor dejemos la cosa de este tamaño. Para Castro fue, sin lugar a dudas, otro regalo de la Providencia. Un regalo que pagaría años después fusilando de buena gana al acusado de otro juicio amañado. Pero así son las cosas de Castro, hay cosas en nuestra naturaleza contra las que no podemos: el 6 de agosto en un editorial –seguramente escrito por su editor, Pedro José Rojas– de *El Independiente* leemos: “El hombre que tantos males ha causado deja el territorio por su propia voluntad, si bien no le sería posible vivir aquí tranquilo en presencia del resultado de sus hechos. Se le ha tratado con decoro: se le ha preservado con esmero de vejaciones personales: esto honra sin duda al gobierno. ¿Habría procedido Castro con la misma delicadeza?” Dejemos en puntos suspensivos la respuesta...”

Obviamente, el pueblo caraqueño no pudo ser tan benevolente en su interpretación del fallo como lo fue Toro y como lo podemos ser siglo y medio después. La gente salió a la calle a protestar. De la absolución de los ministros no hubo duda, pero la de Castro despertó la indignación de casi todos. Como con el Protocolo Urrutia, otro Presidente escapaba del furor popular, lo que no quiere decir precisamente que de la justicia... Hasta en eso Castro cumplía velozmente el destino de Monagas. Un año y medio después de los dolores de cabeza del Protocolo, y ahora era él quien debía huir de las pobladas que cantando lo hubieran llevado ante el paredón. La solución del gobierno fue expatriarlo. Claro, como con la renuncia, Castro dice que lo hace voluntariamente. La malas lenguas aseguraban que para unirse a los federales, pero, aún si eso hubiera sido así, ellos tampoco lo querían. El 16 de julio había llegado a La Guaira un bergantín de guerra español, el *Pelayo*. El mismo 31 que se publica el veredicto controversial, y justo un año después de los grandes acontecimientos que lo defenestrarían de la Presidencia, Castro es montado en el barco y enviado al exilio. Dice González Guinán, siempre monaguero y liberal: “De ahí partió para el extranjero a sufrir las penas del ostracismo no por el delito del

que injustamente fue acusado, sino por aquel otro que cometiera en Valencia en marzo de 1858. ¡Tales son las misteriosas y siempre justas evoluciones de la Divina Providencia!” (Tomo VII, p. 194).

Tal vez... Si algún debate historiográfico se generó en torno a Castro, fue el de su juicio. Era un problema complejo, pero típico de la administración de justicia venezolana. Para nuestra historiografía tradicional, que a finales del siglo XIX aún gustaba de los juicios morales y que además solía estar escrita por juristas, era algo demasiado bueno como para poderlo soslayar. Todo cuanto pueda decirse de la violación de los procesos en función de las diatribas políticas; todo de cuanto pueda hablarse sobre la debilidad del sistema judicial venezolano como talón de Aquiles de su institucionalidad, está en él. Y otra vez, Julián Castro como encarnación de nuestros males colectivos. Veamos. Por una parte, cuesta defender a Castro y hasta algún alivio produce que a la vuelta de tantas maromas y dobleces haya recibido su castigo, por lo menos algún castigo; pero, por la otra, la justicia es la justicia, y aunque el enjuiciado sea un delincuente, aunque sea el peor hombre del mundo, merece un justo proceso y a Castro esto no se le dio.

El juicio fue injusto y, como dice Gil Fortoul, la sentencia “absurda”. O bien lo hubieran condenado por la proclama, o bien absuelto. “¿Por qué, se pregunta entonces, la mayoría del Gran Jurado se decidió por el absurdo jurídico de una declaración de culpabilidad sin pena? En primer lugar, quiso poner a salvo el principio de responsabilidad, y luego, le pareció chocar abiertamente con la opinión de una fuerte minoría que se esforzó en disculpar al ex Presidente. Minoría encabezada por dos altos prohombres: Fermín Toro (...) y Carlos Soublette” (Tomo III, p. 179). Tal vez estaban sustraídos del mismo mal del acusado: queriendo zanjar las cosas por un punto medio, no satisficieron a nadie. Pero hay más: fusilar a un hombre detenido con procedimientos irregulares, hecho renunciar a la fuerza y además acusado por un delito concebible como tal sólo a fuerza de sutiles interpretaciones, y sin una defensa real que lo amparara, era algo con lo que hombres como Toro, Soublette y Tovar no debían manchar su prestigio. Y gra-

cias a Dios que no lo hicieron. Años después, Ramón Castro Nieves, en una carta que redactó con el apoyo de Manuel Landaeta Rosales, quien hizo un enjundiosísimo estudio del juicio, le escribe a Gil Fortoul:

...es oportuno recordar que aquel motín de cuartel que prendió al Presidente de Venezuela pronunciándose por la Federación el 1 de agosto, siendo esto una farsa, puesto que el día 2 se despronunció, y continuó preso el general Julián Castro, a quien se le dijo: "Esté usted preso mientras se hace la ley para juzgarlo", y así sucedió, sin que valieran para nada los esfuerzos del gran repúblico Fermín Toro, de Soublette, el Néstor venezolano, y de algunos otros ciudadanos que agotaron todas las razones de que es dueña la justicia para defender entonces al Presidente prisionero, el cual pudo decir con Luis XVI: "Busco jueces entre vosotros y no encuentro sino verdugos".-Como es natural, debo interesarme por la justificación histórica de mi padre, y ojalá sea usted reivindicador de su fama poniendo de manifiesto el proceso farisaico de que fue víctima...

Sí, el proceso fue injusto, pero los verdugos no llegaron a tales. Sólo con chiflas y burlas hubieron de contentarse los conservadores. En *El Independiente* del 6 de agosto leemos una supuesta proclama hecha por un muy palurdo "Julián Castro, General en Jefe del Ejército Libertador de 1858, *encargado* de la organización provisional de la Federación, Miembro de la Sociedad Botánica de Londres y Presidente honorario de la real academia de las letras, Condecorado con la Venérea de Marzo y Cruz de Bejuma"; en ella dice que: "No debo gualdal rencor con mis gratuitos enemigos pelsonales: yo los peldono iyo los alcanzaré...! Los que me han esfolzado haciéndome aparecel como loco durante un año entero, convirtiéndome en calcel mía el Palacio de Gobierno, nada me debe (...) Naiden podrá tachal mi conducta! ¡La espada redentora de Malzo sostenida pol mi brazo, es la mayol garantía que os puedo ofrecé!". Son crueles los godos con la fabla del pueblo. La sustitución de la "r" por la "l" en ciertas palabras, típica de las comunidades afrodescendientes, a lo mejor buscaba darle a Castro un perfil de negritud... ¡Esos godos no aprenden! Sin quererlo, estaban rehabilitándolo ante el pueblo y abriéndole el camino del retorno con el que sorprendería a todos doce años después.

Epílogo con Guzmán

Los años perdidos

El *Pelayo* zarpa para Bremen y el rastro que va dejando en las olas tiene la forma de un adiós. Abordo se marcha un hombre derrotado. Un hombre que está en ese momento de la vida en el que nadie quiere estar: frente a lo que más ha temido. En su caso es la ignominia. La ha temido como sólo le tememos a nuestras propias debilidades, a aquello que sabemos que podemos merecer. Ella lo acompañará por más de un siglo. En realidad, lo sigue acompañando hasta hoy. Tal vez el único sosiego que ha tenido, lo único parecido a un consuelo que tiene su memoria, es el olvido. Castigo o perdón según las circunstancias, el olvido para él ha sido como un bálsamo. Su nombre fue disolviéndose con el tiempo; su recuerdo, haciéndose tan lejano y borroso que terminó dándole paso a otros oprobios, a otros hombres tildados de traidores, a otros malvados en qué descargar nuestro odio. Reducido a un par de líneas en las obras generales y en los manuales para las escuelas, limitado a un nombre más en las listas de nuestros presidentes y, dentro de ella, generalmente confundido con el otro Castro, Cipriano, que sí se hizo famoso; opacado por el estruendo sanginario y glorioso de la Federación, sobre cuyo lomo con tan mala ventura qui-

so cabalgar; opacado, también, por todo cuanto ocurrió antes y después de él –porque, la verdad, ¿qué es su figura fugaz frente a caudillos como Páez, Guzmán Blanco o Gómez?– hoy muy pocos alcanzan a recordarlo y, cuando lo hacen, es para retratarlo como el ejemplo supremo de la falta de virtud. Parece el castigo de algún dios severo de la Antigüedad. Un castigo del que más nunca se pudo recobrar.

¿Qué fue de Castro entre 1860 y 1872? No se sabe. Resulta increíble que un personaje tan cercano en el tiempo y con tanta descendencia reconocida haya desaparecido así, sin dejar huella, por toda una década. Tal vez es este su único triunfo real: desaparecer cuando todos lo denostaban; regresar al bajo perfil cuando el experimento de la gran escena le había salido tan mal. Con su mujer y quién sabe si con algunos de sus hijos –porque con Ramón no: éste se quedó peleando por la Federación– puso mar de por medio o alguna otra barrera infranqueable para rescatar su paz. Hace falta mucha investigación para elucidar este tiempo. Hace falta, por ejemplo, revisar más correspondencias, por ejemplo la del Archivo de Guzmán Blanco, a ver si aparece alguna carta suya fechada en Saint Thomas, en Bremen, Bejuma o París; dar con algún periódico que aporte una pista, ya que por dondequiera que haya desembarcado, alguien habrá hecho alguna reseña: los presidentes en desgracia siempre llaman la atención. Pero son conjeturas que aún quedan por ser trajinadas por otros investigadores. De momento volvamos con el problema histórico e historiográfico que contempla su desaparición. El suyo es un caso extremo –porque todo en nuestro personaje es extremo– de los límites en la memoria de una nación a la que un Presidente, de hace nomás que siglo y medio atrás, es decir, de una época en la que los periódicos, los telégrafos y las fotografías ya hacían un registro más o menos pormenorizado de la sociedad, y además un Presidente desterrado en medio de una gigantesca conmoción, se le desaparezca así como así, como por arte de magia. Se trata del ejemplo supremo de nuestra inmensa capacidad para el olvido. El resultado de la responsabilidad de cada uno de nosotros; de las familias que no guardan las cartas, que no aprecian papeles o que, cuando

deben sacar el archivo del abuelo –que pudo haber sido un Presidente– para liberar una habitación para la nieta que se casa, no tienen idea de qué hacer con él o, teniéndolo, no consiguen una institución a quién dárselo. Es el resultado de los registros que se queman, de la humedad que se come los papeles almacenados de cualquier manera y en cualquier parte; de la archivología como una ciencia de data relativamente joven, que si bien ha hecho grandes avances, apenas comienza en los pueblos del interior; de, en suma, la desmemoria como el último signo nacional que envuelve a la vida de Don Julián. Porque en efecto, hasta en su memoria es la encarnación de una sociedad que, y tal vez por eso mismo, tan poco lo puede querer.

Sobre estos diez años de Castro tan sólo nos queda hacer conjeturas. Un conocedor de los vaivenes de los caudillos y otros personajes carabobeños, que después de haber estudiado a decenas de ellos ya les ha agarrado la caída, sospecha: “para mí, dice, ese no estaba en Bremen, ni mucho menos: se bajó del barco en cualquier lado de las Antillas, en el primero que pudo, por ejemplo en Curazao, agarró una piragua, volvió sin que nadie supiera, desembarcó por alguna playa de Puerto Cabello y se escondió en sus montañas y sus haciendas por Bejuma a esperar mejor ocasión”. Esta hipótesis de Luis Rafael García –el historiador en cuestión– es la que cobra más fuerza. En efecto, ya al cerrar este trabajo, otro historiador de la región especialista en Castro y, de paso, su chozno, Rafael Pinto, presenta su último descubrimiento: en 1869 tenemos de nuevo a Castro, como si nada, firmando en la compra-venta de una propiedad en Valencia. Con toda seguridad es el primero de otros documentos que irán apareciendo y despejando estos años oscuros. Nos lo imaginamos como un tranquilo agricultor, recorriendo sus tierras de Chirgua y Bejuma, reflexionando sobre sus tropiezos y caídas y viendo cómo, poco a poco, se reconcilia con su vieja bandería del Partido Liberal. El aval de un juicio írrito montado por los godos era más que suficiente para ello. Además, su hijo Ramón también ha resultado un valiente e hizo méritos en la Federación. Por último: la política es un virus que cuando se te mete en el cuerpo ya

no te lo puedes sacar. El hombre arrepentido que en enero de 1860 habla de abandonar la vida pública; el político derrotado al que le salieron mal todas sus quinielas y se vio estrepitosamente fuera del poder; el General que se decía escarmentado cuando lo montaron en un barco español y lo botaron del país, no aguanta: doce años son demasiados para ahogar una pasión y en 1872 reaparece, triunfalmente, como un eficiente oficial de Guzmán.

Héroe de la Revolución de Abril

Sí, nuevamente, Julián Castro comprendió hacia dónde soplaban los vientos. Con la llegada de Guzmán Blanco al poder en 1870, se cierra el ciclo de guerras civiles que se abrió con el derrocamiento de Monagas en 1858. Parecen cosas de la ironía: son los doce años que van de la Revolución de Marzo a la Revolución de Abril. Pero a diferencia de quien entre vítores entra en Caracas un 18 de marzo, el que la toma por asalto un 27 de abril logra convertirse en el rector de los destinos de la vida nacional por dos décadas, abrir una zanja en la historia entre un antes y un después de él. Sentando las bases de un Estado que parecía muerto y sepultado entre sus tumultos de apenas un lustro atrás, pocos hombres concentrarán tanto poder en su historia y dejarán una impronta tan honda y prolongada.

Tal vez Castro, cuando decide rehacerse y aproximarse a Guzmán Blanco, aún no salía del asombro por los éxitos que había alcanzado aquel patiquín que desterró después de La Galipanada... Ese licenciado de manos y pies finos, que parecía más dado a escribir artículos que a tomar un rifle, estaba logrando lo que ninguno de los otros caudillos logró. ¡Quién lo diría! Parece el último sobreviviente de una casta maldita. A Zamora lo mata un tiro. Es otra ilusión fugaz. La llama de su esperanza, que se mantiene hasta hoy, se hizo tan larga como corta fue la oportunidad que tuvo de llevarla a cabo. Páez cierra una vida de glorias con el episodio vergonzante de una dictadura: se irá derrotado y después no querrá ni recordar aquellos días. Falcón gana la guerra casi sin darse cuenta, es elevado a los cielos de la exaltación

y la adulación nacional, recibirá un grado que sólo había recibido Antonio José de Sucre, el de Mariscal; refrenda decretos redactados con el tono trascendente de las tablas mosaicas de la Ley y con toda la bonhomía que cabía en su corazón, y a la vuelta de cinco años ya está en un barco, derrocado y huyendo entre la burla de todos. Pronto el cáncer dará cuenta de él. Monagas, que contra todo pronóstico –y demostrándole a Castro y a todos los políticos venezolanos que los únicos muertos son los enterrados– regresa en 1861 vuelto ahora un jefe federal y, en esa condición, disfruta su triunfo; después es nada menos que quien derroca a Falcón, pero esta vez ya no pudo más: la campaña agotadora y sus más de ochenta años se encargan de darle un final en proporción a una vida de aventuras y piruetas: muere nomás entra triunfante en la capital. Y lo suyo, general Castro, ni se diga. Son tragedias individuales que, en conjunto, suman la tragedia de una nación. Es el corro de los perdedores que, fracasando en sus intentos, hicieron de la patria un fracaso nacional.

Pero Guzmán Blanco no es un perdedor. La “señorita” se había curtido en la Guerra Federal; había dejado sus ademanes finos para comer carne asada sin sal en los campamentos, hacerse compadre de los llaneros, ganar combates, organizar el triunfo de Falcón. Se había hecho general. Se había hecho un hombre, pues. Se había hecho un valiente. Más que envidia, Castro tal vez a le está pasando como a todos; está empezando a caer bajo el embrujo de aquel hombre fantástico que parece ganar en todos sus trances, que ve más allá que todo el mundo, que desentraña los secretos antes que ninguno. Aquel hombre que no se equivoca con ninguna maniobra. Que se ve tan buenmozo, tan imponente con sus uniformes, que todo el mundo debe voltear a verlo. Que dice cosas que al pueblo lo deja alhelado; que cada triunfo se lo endilga al pueblo, al que dice amar. Que ha prometido acabar con la oligarquía hasta como núcleo social. Es un hombre que tiene todo el poder, todo el dinero y que sabe cómo prodigárselo a cada quien. Es un Mariscal de Francia, un Zar, un Emperador, un Pachá. Nunca se ha visto nada igual. Tal vez Castro admire sinceramente a Guzmán. Hu-

biera querido ser como él. En realidad, todos hubieran querido ser como él. Ser tan hábiles, hablar francés y ganar batallas, tener uniformes de mariscal, no dormirse en la ópera y al mismo tiempo demostrar ese coraje que despierta admiración en los llaneros. Tener su fortuna, tener una mujer tan bonita como la suya y tener las coristas francesas que de cuando en cuando van a su habitación; tener su capacidad para inventar discursos. En suma, están enamorados de Guzmán Blanco. Le temen porque es terrible cuando se enfurece, profiere los dicterios que aprendió en las batallas y no tiene problemas en meter preso a cualquiera, en botarlo del país, en hacerlo fusilar... Pero también le agradecen porque se están haciendo ricos, algunos, incluso, inmensamente ricos, y por eso le permiten un poder que nunca antes había tenido nadie en Venezuela... ¿Me perdonará Guzmán?, se pregunta Castro. En política no hay ni amores ni odios eternos, y como Guzmán mide bien a los hombres, comprende de inmediato el valor de un militar muy competente, valeroso y más que necesitado de cumplir órdenes, las que fueran, las más controversiales, para volver a ascender en la variante de la política nacional. Lo perdona Guzmán.

Estamos en julio de 1871 y aún quedan conservadores o “azules” que no han sido derrotados. Uniendo a casi todos los caudillos liberales en torno a sí, como si fuera un rey visigodo, como si fuera su cacique mayor, los persigue por Venezuela. Uno a uno los derrota. La gente queda impactada. Su nombre parece un sortilegio para ganar batallas. Él dirá que es un consentido de Dios y todos dicen amén. Que es mejor que todos los mariscales de Francia y se embute en un uniforme de tal. Manda a publicar sus telegramas y sus proclamas: que quede para la historia tanta genialidad. Y Castro es uno de esos caudillos que se le unen y, como siempre en la guerra, lo hace bien. Tanto que después le dejan el mando del Ejército en su región –la carabobeña, con epicentro en Bejuma y proyecciones hacia Cojedes y Yaracuy: tal es un espacio vital– para que persiga a Ceferino González, el caudillo godo que ha osado oponerse a Guzmán avanzando sobre Valencia. ¡Cómo debe sentirse de contento Don Julián! ¡Otra vez al vivac, otra vez entre

los suyos! Para octubre dirige el ejército sobre Cojedes. Es quien ocupa Tinaquillo y revive en sus labios, después de tanto tiempo, el sabor de la victoria. ¡Que viva Guzmán!

Pero este es sólo el principio. La gloria vendría –o eso al menos supone– persiguiendo a Matías Salazar.

El fusilamiento controversial

De ese modo, Julián Castro podrá terminar su vida pública –y prácticamente su vida biológica– fiel a su costumbre de estar en el medio de las controversias. Matías Salazar era su espejo. De algún modo, seguramente sin saberlo, su destino estaba unido a él y, con su muerte, también estaba decretando, al menos para la historia, la suya propia. Salazar había saltado a la política en aquel 1858 que es un parte aguas en su vida. Entonces deja el tedio de su cargo de maestro de escuela en Cojedes –antes había sido torero: así era aquella Venezuela, en la que la guerra termina, también, resolviendo el problema del empleo– para unirse a la Revolución que él encabeza desde Valencia. El valor, que es el meridiano que pasa por los dos, a partir de ese momento los llevaría a los más altos destinos y a la desgracia, según se columpiaban en el vaivén de la historia. Como él, rasgará el poder, pero –también como él– se encandila, quiere comérselo solo y la audacia le costó una tragedia final. Lo único que tuvo Castro, y que a Salazar le faltó, fue el civismo de un Fermín Toro o de un Soublotte en el jurado que le juzgó el atrevimiento.

Alzado contra Guzmán después de haber sido su segundo en la Revolución de Abril y, vaya ironía de paralelismo, Presidente –porque ahora las provincias son estados y los gobernadores, presidentes– de Carabobo, corrió con la peor de las suertes. Tan mala, que hasta pudiera haber envidiado la de Castro. Midió mal su popularidad. Se creyó capaz de competir con la de Guzmán. Sale del país y de la mano del viejo liberal, historiador, músico y hombre de letras Felipe Larrazábal –sí: todo caudillo necesita su plumario– se puso a preparar una revolución. Regresa entonces con armas y dinero. Hay azules alzados, pero la

facción liberal que él espera dirigir no aparece. Su desembarco por las costas corianas es un fracaso. Mientras tanto, Guzmán Blanco obtiene entre diciembre de 1871 y enero de 1872 un completo triunfo sobre Adolfo Antonio Olivo –mejor conocido como el Chingo Olivo– en Apure. Conquistados el Llano y Guayana, que es donde era fuerte la revolución, y derrotado González en el centro, lo de Salazar no tiene sentido. Ha vuelto a salir de Venezuela pero insiste en regresar. Hace otros contactos y se va al centro del país, a ese terruño donde todos los caudillos se sienten grandes. A veces los hombres buscamos la muerte.

Pero aquello no fue una campaña, fue una cacería humana. Todos los generales, encabezados por el mismo Guzmán que al efecto llega con más de tres mil hombres a Valencia, se disponen a perseguirlo. Salazar se esconde por las montañas. El 15 de abril de 1872 Julián Castro, que las conoce bien y tiene otros dos mil, recorre la serranía de Santa Bárbara, El Naranjal, La Hoya, La Encrucijada, Tiramuto, Tinaco y La Guamita. Nada, no aparece Salazar. No aparece porque el hombre sabe de audacias: yéndose por picas, decide golpear primero y caer sobre Tinaquillo. Tiene nomás que 1.300 hombres. Ataca. Lo despedazan. Es un combate tremendo, de los típicos de aquella Venezuela donde hay más generales que soldados: mueren por lo menos cuatro de ellos en la refriega. Pero Salazar, que es también un felino, logra huir. Ahora sí que, con los veinte hombres que le quedan, vive el acoso de todo el ejército. Por un rato sus maniobras son dignas de una novela de aventuras, de un héroe fugitivo. Pero al final, el 10 de mayo, es capturado a las orillas del río Oruje. Como un valiente no se entrega por las buenas, recibió una herida en una mano. Había llegado la hora del escarmiento planificado por Guzmán.

El 15 de mayo se reúne un Gran Tribunal militar en Tinaquillo. Nuevamente, como con el juicio de Castro, el acusado tenía todo en contra. No hay, repetimos, ni un Soublotte ni un Fermín Toro que levanten la voz. Sólo lo juzgarán los generales: José Ignacio Pulido, Ministro de Guerra, León Colina, Jefe del Estado Mayor, y los generales en jefe Juan Bautista García, Venancio Pulgar, Francisco Linares Alcántara,

Miguel Gil, Rafael Petit, Jesús María Lugo, Escolástico Naranjo, Jorge Flínter, José María Aurrecochea, Ramón M. Oraa, Juan Antonio Machado, Juan Eusebio Colmenares, Fermín Montagne, Miguel Antonio Rojas, Narciso Rangel, Gabino Izaguirre, José Tomás Valles, Manuel González, Antonio Lugo, Pedro Bermúdez Cousin y, claro, encabezándolos por tener más antigüedad, Julián Castro. Es un tribunal de guerreros, lo que le da más talante visigótico a Guzmán. “Se acordó por unanimidad dar audiencia al General Matías Salazar para que explicase su conducta política”, señalan en el veredicto. El hombre explica lo que puede. Pero su destino estaba marcado: “Terminados todos estos incidentes, entraron todos los Vocales en conferencia secreta, conviniéndose en ella por unanimidad de voto en la imposición de las penas de degradación y de muerte al General Matías Salazar...” El primero en firmar la sentencia, una vez más por orden de antigüedad, es Julián Castro. Y sería también el encargado de ejecutarla...

Salazar se conmueve. No lo puede creer... ¿fusilado por los liberales? “Por el honor del Ejército, la moralidad de la causa liberal y la paz de la República”, dice la sentencia. Guzmán no se atreve a verlo, aunque Salazar, que no baja la cara, se lo pide. De hecho, Guzmán deja actuar a sus generales sin salir de su habitación. En Venezuela no hay pena de muerte. Los liberales, Guzmán Blanco a la cabeza, se ufanan de ello. Eso ya hace al asunto, cuando menos, irregular. Salazar no tuvo abogados ni ningún proceso regido por los canales debidos, sólo un cónclave militar. Pero es un valiente, que se recuerde. Si lo van a matar, que sea con la frente en alto. Escribe su epitafio y el 17 de mayo, al mediodía, va rezando con un crucifijo de plata en las manos hasta el paredón. Lo acompañaba el padre Octaviano González. Julián Castro ha sido designado para comandar la ejecución. Con un pelotón sale de la historia quien llegó a llamarse jefe del Ejército Libertador. Con un pelotón, justo como entró hace casi cuarenta años, con Carujo. Ahí se encuentran. Salazar es sentado en un taburete sin espaldar. Castro ordena que le venden los ojos. Salazar, naturalmente, se niega. Castro insiste: “es preciso” y sacó un pañuelo blanco con el que lo vendó. De

inmediato preparó a la escolta y ordenó fuego. Una bala le atravesó el pecho. Otra, la cara. Pero no derramó una gota de sangre... ¡Ni una gota! ¿qué signo, a lo mejor tragó duro Castro, le dejó la Providencia en eso? ¡Así habrá sido la rabia con la que murió!

La indignación de esta muerte persigue a Guzmán y persigue a Castro hasta hoy... ¡qué destino! ¡Como si no bastaran todas las maniobras fallidas de 1858! ¡Como si no hubieran bastado todas sus idas y venidas, todas sus conspiraciones! ¡Todas las rupturas de sus promesas y todas sus falsedades! Como escribió Ramón Díaz Sánchez, no se sabe cuál quedó más muerto de los dos. El que estaba sentado en el banquillo o el que comandó el pelotón.

La muerte del valiente

Después de este episodio vuelve a perderse su rastro por tres años. Julián Castro murió casi tan discretamente como nació. Así como el llanto de un niño en Petare pasó desapercibido para la nación y se ha perdido para la historia, así pasó el llanto de su larga parentela en Valencia sesenta y cinco, acaso setenta años después. Muere con los suyos, quienes siempre fueron su única e inapelable verdad, en Valencia, el 12 de junio de 1875. Muere sin dejar una gran fortuna: Doña Nieves tendrá una viudez llena de estrechez y los documentos hablan de la venta paulatina de sus heredades y de endeudamientos con la Casa Blohm. En 1906 finalmente se le otorga una pensión de cincuenta bolívares mensuales. Pero muere, según se lee en el libro de Defunciones de la Catedral, como cristiano, o casi: recibió los sacramentos de la penitencia y la extremaunción condicional. Es decir, un perdón susceptible de hacerse efectivo si de verdad se arrepentía en el corazón... ¡Las cosas que habrá oído el confesor! Pero muere en su ley, reconciliado con los liberales y con el rumor del escándalo de Salazar fresco tras de sí.

Por eso sorprende que en *La Opinión Nacional*, el órgano oficioso de Guzmán Blanco, haya salido apenas un obituario, sin ninguna (que hayamos encontrado) esquila necrológica posterior, sin ninguno de

esos cantos fúnebres que los plumarios de la hora tributaban a los Próceres de la Federación o a cualquier de los tantos otros héroes del Partido Liberal cuando morían. Tal vez el sino de haber intentado construir un lugar intermedio en 1858 siguió persiguiéndolo hasta la tumba. O tal vez el recuerdo de sus maniobras no permitió que ni en la hora suprema se apagaran las hogueras de rabia que dejó. Ni la rehabilitación promovida por el Ilustre Americano y Regenerador de la Patria fue suficiente para que perdonaran al muerto. Y eso que la gente odiaba y perdonaba según lo indicara Guzmán. Era el momento para el perdón y la reconciliación con su memoria, pero en aquella Venezuela en la que el Gran Partido Liberal Amarillo era una especie de Partido Único y Guzmán un pontífice sin contradicción, los viejos deslices eran muy difíciles de perdonar. Leemos en el ejemplar de aquel día:

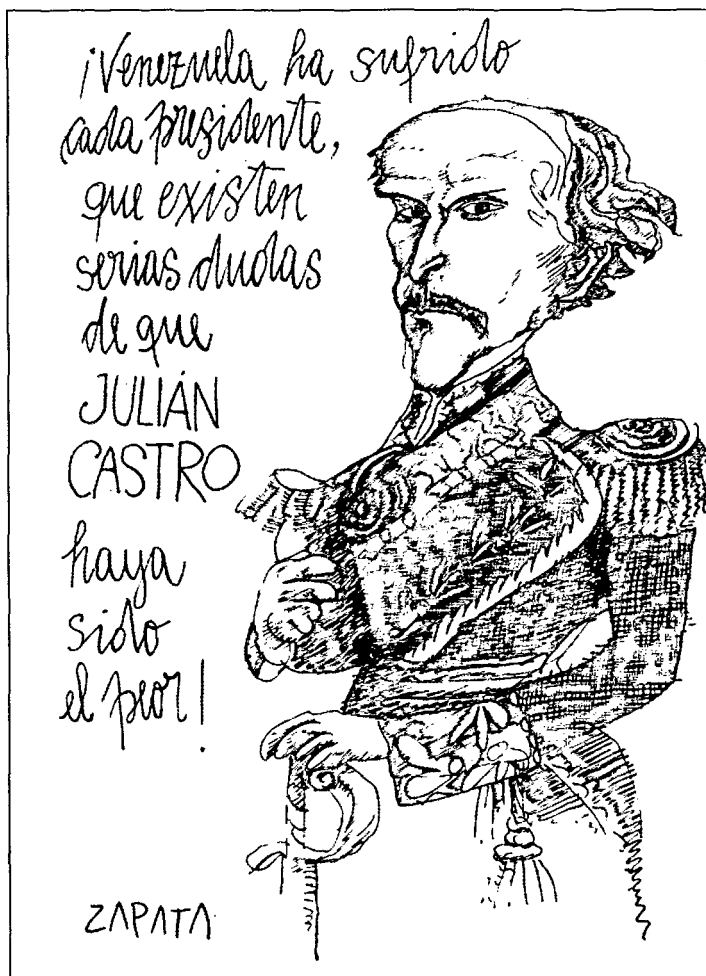
Acaba de morir en Valencia el general JULIÁN CASTRO. Soldado valeroso, ascendido a la mayor gerarquía militar, por medio de servicios notables á la patria y al Partido Liberal.

La Revolución de abril le contó entre sus decididos obreros, y á sus filas llevó en ocasión solemne, su espada y sus luces militares, con tal abnegación, que conquistó un nombre en el catálogo de los servidores de esta inmortal cruzada, y rescató para su memoria las lágrimas de la amistad y el duelo del patriotismo.

Reciban sus adoloridos deudos la espresión (sic) de sentido pésame que le envían los redactores de la Opinión Nacional.

El Soldado Valiente. Al menos este reconocimiento no se lo regateó nadie. Desde que fue muchacho hasta que muere lo acompañó. Cada vez que le fue requerido en la vida, actuó con valor. En este sentido fue un hombre fiel al más caro de sus principios. No basta, obviamente, para excusar sus errores, que fueron tantos y tan hondos, pero sí para reconocer el sentido de un personaje que encarnó un siglo, sumando todos sus defectos y también algunas de sus virtudes, pero que, sobre todo, los encarnó con valor. Un hombre que con valor escaló todas las posiciones posibles de su tiempo. Que con valor logró que le abrieran

todas las puertas y se le rindiera una sociedad que después quiso desentenderse de él. Su oprobio, entonces, es un poco el oprobio de todos los demás. Del colectivo del que nació y con el que tan intensamente fundió su ser. En aquel país de vivos, macheteros y otros hombres feroces, Julián Castro fue el epígono de nuestra medianía nacional.



Julián Castro, por Pedro León Zapata.

Agradecimientos

Esta biografía no ha sido, por su naturaleza y aliento, todo lo exhaustiva como lo requeriría un personaje tan poco estudiado como el que nos ocupa. En primer lugar, se trata de una obra que sólo aspiró a poner sobre el tapete a un hombre olvidado y a señalar algunas ideas en torno suyo para abrir un debate que, con el olvido, se creyó alegremente liquidado por nuestra sociedad. En segundo lugar, porque hacerlo ameritaría un trabajo de varios años reconstruyendo los fragmentos de una vida diseminados en los archivos y los periódicos de la época, que trasciende los objetivos esenciales de la colección para la que fue escrita. Afortunadamente, este trabajo se está haciendo. El Dr. Rafael Pinto, quien cursa la Maestría en Historia en la Universidad de Carabobo, desarrolla en estos momentos un exhaustivo estudio sobre Julián Castro y Bejuma. Su trabajo será, sin lugar a dudas, la obra más importante sobre el personaje con la que contaremos tan pronto se termine y, ojalá, se publique. En rigor, debemos admitir que no fue hasta que dimos con Pinto y su espléndida generosidad para compartir los papeles que en años ha reunido en los más diversos archivos y registros, que los aspectos sustanciales de la vida de Castro en cuanto hombre se nos revelaron. Prácticamente todo lo que aparece en este

libro sobre el terrateniente que también fue nuestro personaje en la región carabobeña y sobre su dinámica familiar, que se nos presenta fundamental para entenderlo, se lo debemos a Pinto. Demás está decir que Pinto es un descendiente directo de Castro, como tantos otros que viven en la zona. Lo notable es que no por eso lo conocía más que cualquier otro venezolano: incluso en su familia, y a pesar de que su hijo y su nieto fueron importantes hombres públicos de Bejuma hasta mediados del siglo XX, la memoria de Julián Castro estaba más o menos borrada. Fue precisamente esa situación de ser chozno de un Presidente desconocido lo que enhorabuena movió a Pinto a compartir el ejercicio del Derecho con el de la investigación histórica.

En la misma línea, debemos expresar nuestro agradecimiento a otros historiadores valencianos que nos pusieron en las pistas correctas: Jaime Ibarra, que fue el contacto inicial de nuestro reencuentro con ellos; Luis Rafael García, que sacó tiempo en su agenda para darnos un tour por los archivos y las bibliotecas valencianas; Marco Tulio Mérida, siempre pendiente de ayudar; y Luigi Frassato, quien es autor de un estudio histórico sobre Bejuma que resultó esclarecedor para quien escribe y que siempre se mantuvo dispuesto a ofrecernos un dato, una palabra de aliento.

En Petare contamos con el apoyo solidario de la profesora Suzuky Gómez, del Instituto Pedagógico de Miranda “J. M. Siso Martínez”, quien nos guió por los archivos y los libros petareños, y nos puso en contacto con la gente del Centro de Historia Regional de Petare, de quienes debemos nombrar particularmente a Coromoto Méndez, la cronista de la ciudad. De igual modo es imposible pasar por alto la gentileza del padre Armelín De Sousa, párroco del Dulce Nombre de Jesús de Petare, y de José Antonio Clemente, su diácono-cooperador, quienes nos dieron puerta franca para indagar en sus archivos. La profesora Esther Mobilia, colega de la Universidad Católica Andrés Bello y quien nos ha asistido en no pocas investigaciones, hizo un aporte fundamental revisando periódicos, transcribiendo documentos y discutiendo con nosotros sobre el personaje.

A los doctores Elías Pino Iturrieta y Manuel Donís, con quienes laboramos en el Instituto de Investigaciones Históricas “Hermann González Oropeza, sj”, de la UCAB, les debemos, en los momentos en los que el personaje nos confundía con sus misterios, consejos básicos para emprender el camino. No pocos de los enfoques que se tratan en este libro se los debemos, al menos inicialmente, a ellos. Del mismo modo, es obligatorio hacer referencia a Guillermo Morón, quien escribió la biografía más completa de la vida de Castro con la que contábamos hasta el momento, producto de unos papeles reunidos por don Torcuato Manzo Núñez, también un historiador valenciano emparentado con el Presidente, y lamentablemente ya desaparecido, que tuvo la gentileza de mostrárselos en una ocasión. Entrevistado, Morón nos puso sobre la pista de ese par de cajones de documentos que aún –esperamos– deben andar por Bejuma con los hijos y nietos de Don Torcuato, y que Rafael Pinto ya se comprometió a buscar.

Una palabra final merece nuestra amiga Alicia Smitter, que en medio de uno de esos trances complicados que la vida nos pone a todos, nos brindó una ayuda inestimable sin la cual, ciertamente, no hubiéramos tenido la tranquilidad ni el lugar para escribir.

A todos ellos, gracias. En gran medida son responsables de lo que tenga de acertado el trabajo, mientras las fallas, naturalmente, sólo pueden ser imputadas a su autor.

a) Fondos documentales:

- Actas del Ayuntamiento de Valencia. (Material digitalizado).
- Archivo del General Manuel Landaeta Rosales. Academia Nacional de la Historia. Caracas.
- Archivo Parroquial de la Parroquia del Dulce Nombre de Jesús. Petare.
- Biblioteca Nacional. Dirección de Manuscritos y Archivo Documental. Caracas.
- Colección privada de Rafael Pinto*. Valencia.

b) Textos de Julián Castro citados:

1. Carta de Julián Castro a José Tadeo Monagas, Valencia, 5 de marzo de 1856. Archivo José Tadeo Monagas, Academia Nacional de la Historia, Caracas. Citada en: Alexandra Mendoza, *Fortalezas y debilidades políticas del caudillo José Tadeo Monagas durante el período 1847-1858* (Mimeo), trabajo de grado para optar al título de Magíster Scientiarum en Historia de Venezuela Republicana, Caracas, Universidad Central de Venezuela, 2006, p. 227
2. Carta de Julián Castro a José Tadeo Monagas, Valencia, 21 de junio de 1857. Archivo José Tadeo Monagas, Academia Nacional de la Historia, Caracas. Citada en: Alexandra Mendoza, *Fortalezas y debilidades políticas del caudillo José Tadeo Monagas durante el período 1847-1858* (Mimeo), trabajo de grado para optar al título de Magíster Scientiarum en Historia de Venezuela Republicana, Caracas, Universidad Central de Venezuela, 2006, p. 227
3. Carta de Julián Castro a José Tadeo Monagas, Valencia, 16 de septiembre de 1857. Archivo José Tadeo Monagas, Academia Nacional de la Historia, Caracas. Citada en: Alexandra Mendoza, *Fortalezas y debilidades políticas del caudillo José Tadeo Monagas durante el período 1847-1858* (Mimeo), trabajo de grado para optar al título de Magíster Scientiarum en Historia de Venezuela Republicana, Caracas, Universidad Central de Venezuela, 2006, p. 227

* Colección formada por documentos digitalizados referidos a Julián Castro, de diversos registros públicos y archivos del país.

4. Carta de Julián Castro a Fermín Toro, Caracas, 14 de julio de 1858. En: Tomás Pérez Tenreiro, *Los presidentes de Venezuela y su actuación militar* (esbozo), Caracas, Academia Nacional de la Historia, 1981, pp. 215-217
5. "Proclama del General en Jefe del Ejército Libertador, encargado de la reorganización de la República". La Victoria, 14 de marzo de 1858. En: Francisco González Guinán, *Historia contemporánea de Venezuela*, 2da. Edición, Caracas, Ediciones de la Presidencia de la República, 1954, tomo VI, pp. 138-140
6. "Mensaje del General Julián Castro, Jefe del Ejército Libertador, encargado del Poder Ejecutivo, a la Convención Nacional de Valencia", 5 de julio de 1858. En: Antonio Arellano Moreno (Comp.), *Mensajes presidenciales*, Caracas, Presidencia de la República, 1970, Tomo I, pp. 251-264.
7. Juramento ante la Convención Nacional reunida en Valencia, 26 de julio de 1858. En: Francisco González Guinán, *Historia contemporánea de Venezuela*, 2da. Edición, Caracas, Ediciones de la Presidencia de la República, 1954, tomo VI, p. 236
8. Brindis del 10 de octubre de 1858 pronunciado por el General Julián Castro ante las fuerzas vivas de Valencia. En: Francisco González Guinán, *Historia contemporánea de Venezuela*, 2da. Edición, Caracas, Ediciones de la Presidencia de la República, 1954, tomo VI, pp. 284-285
9. Proclama de Julián Castro del 21 de junio de 1859. En: Francisco González Guinán, *Historia contemporánea de Venezuela*, 2da. Edición, Caracas, Ediciones de la Presidencia de la República, 1954, tomo VI, pp. 399-400
10. Proclama de Julián Castro del 26 de julio de 1859. En: Francisco González Guinán, *Historia contemporánea de Venezuela*, 2da. Edición, Caracas, Ediciones de la Presidencia de la República, 1954, tomo VI, pp. 436-437
11. Proclama de Julián Castro del 30 de julio de 1859. En: Francisco González Guinán, *Historia contemporánea de Venezuela*, 2da. Edición, Caracas, Ediciones de la Presidencia de la República, 1954, tomo VI, pp. 438-440
12. Renuncia de Julián Castro a la Presidencia de la República, Caracas, 2 de agosto de 1859. En: Francisco González Guinán, *Historia contemporánea de Venezuela*, 2da. Edición, Caracas, Ediciones de la Presidencia de la República, 1954, tomo VI, pp. 450-451.

13. Representación del Geral. Julián Castro a la Cámara de Diputados. Caracas, 20 de enero de 1860. Archivo Manuel Landaeta Rosales. Academia Nacional de la Historia. Tomo 37, pp. 236-241
14. Exposición de Julián Castro. Caracas, 18 de julio de 1860. En: José Gil Fortoul, *Historia constitucional de Venezuela*, quinta edición, Caracas, Librería Piñango, 1967, Tomo Tercero, pp. 173-177

c) Cartas de Ramón Castro Briceño:

1. Carta de Ramón Castro Briceño a Julián Castro. Valencia, 21 de junio de 1859. Caracas, Archivo General de la Nación-Colección Blanco y Azpúrua. Tomo V, folio 2. (Versión digitalizada en la Colección Pinto).
2. Carta de Ramón Castro Briceño a José Gil Fortoul. Campo de San Juan (Bejuma), 26 de mayo de 1908. Reproducida en José Gil Fortoul, *Historia constitucional de Venezuela*, quinta edición, Caracas, Librería Piñango, 1967, Tomo Tercero, pp. 181-182.

d) Prensa de la época consultada:

- *El Independiente*, Caracas, 1860.
- *La Opinión Nacional*, Caracas, 1875.

e) Testimonios y textos de la época:

- BATALLA, Antonio: **Opúsculo histórico de la Revolución desde el año 1858 a 1859**. (Manuscrito del siglo XIX). Caracas: Academia Nacional de la Historia/Fuentes para la Historia Republicana de Venezuela No. 35. 1983.
- CASTELLANOS, Rafael Ramón (Comp.): **Guzmán Blanco íntimo**. Caracas: Ediciones de la Librería Historia. 1969.
- ESPINAL, Valentín: "Carta José A. Ponte, Caracas, 14 de septiembre de 1859". En: Luis Level de Goda, **Historia contemporánea de Venezuela**, política y militar, 2ª edición, Caracas: Imprenta Nacional, 1954, pp. 172-177
- GONZÁLEZ, Juan Vicente: "Epístolas al Presidente del Estado, Excelentísimo Señor Julián Castro", 23 y 30 de julio de 1859, en **La Doctrina Conservadora**. Juan Vicente González. Tomo II. Pensamiento Político Venezolano del Siglo XIX No. 3. Caracas: Congreso de la República. 1983, pp. 523-534

- _____: Páginas escogidas. 2da. Edición. Caracas: Monte Ávila Editores. 1986.
- GONZÁLEZ GUINÁN, Francisco: **Historia contemporánea de Venezuela**. 2da. Edición (primera edición: 1891-1915). Caracas: Ediciones de la Presidencia de la República. Quince Tomos. 1954.
 - GUZMÁN, Antonio Leocadio: **Datos históricos Sur Americanos**. Tomo Tercero. Bruselas: Typographie Ve CH Vanderauwera. 1880.
 - LANDER, Tomás: **La doctrina liberal**. Tomás Lander. Pensamiento político venezolano del siglo XIX/Textos para su estudio No. 4. Caracas: Congreso de la República. 1983.
 - LEVEL DE GODA, Luis: **Historia contemporánea de Venezuela, política y militar**. 2ª edición (Primera edición: 1893). Caracas: Imprenta Nacional. 1954.
 - MIJARES, Juan Bautista: **Apuntes para la verdadera historia de la Revolución de Marzo de 1858**. Caracas: Imprenta El Independiente. 1861.
 - PÁEZ, José Antonio: **Autobiografía de José Antonio Páez**. Caracas: Colección Libros, Revista Bohemia. (Primera edición 1869). Cuatro tomos. S/f.
 - TORO, Fermín: "Carta al Licenciado Rodríguez", Caracas, 24 de mayo de 1859. En: J.A. de Armas Chitty, **Fermín Toro y su época**, Caracas, INCYBA, 1966, pp. 172-173

f) Estudios:

- ALVARADO, Lisandro: **Historia de la revolución federal en Venezuela**. Caracas: Colección Ezequiel Zamora y su Tiempo No. 4. Oficina Central de Información. 1975.
- ARMAS CHITTY, J.A. de: **Fermín Toro y su época**. Caracas: Instituto Nacional de Cultura y Bellas Artes. 1966.
- _____: **Vida política de Caracas en el siglo XIX**. Caracas: Ministerio de Educación. 1969.
- BRITO FIGUEROA, Federico: **Tiempo de Ezequiel Zamora**. Quinta Edición. Caracas: Ediciones de la Biblioteca-Universidad Central de Venezuela. 1981.
- CABALLERO, Manuel: "Julián Castro". En: Fichero presidencial, encartado en **El Diario de Caracas**, Edición aniversario del 2 de febrero de 1994, p. 9.

- CARRERA DAMAS, Germán: **Una nación llamada Venezuela**. 4ta. Edición. Caracas: Monte Ávila Editores. 1991.
- CASTELLANOS, Rafael Ramón: **Páez: Peregrino y proscrito 1848-1851**. 2da. Edición. Caracas: Italgráfica. 1975.
- COLOMBET, Manuel: **Carabobo histórico y pintoresco**. Valencia (Venezuela): Biblioteca de temas y autores carabobeños. 1968.
- CONSALVI, Simón Alberto: **El carrusel de las discordias**. Caracas: Comala.com. 2003.
- DÍAZ, Fabián de Jesús: "1875-1975. General Julián Castro". **El Carabobeño**, Valencia, sábado 12 de julio de 1975, p. 4
- DÍAZ SÁNCHEZ, Ramón: **Guzmán. Elipse de una ambición de poder**. 2da. Edición. Caracas: Ediciones Edime. 1952.
- FRASSATO, Luigi: **Bejuma en el siglo XIX**. Bejuma (Venezuela): Universidad de Carabobo. 2002.
- GALÍNDEZ, Luisa: **Historia de Valencia. Siglo XIX**. Valencia (Venezuela): s/n. 1984.
- GIL FORTOUL, José: **Historia constitucional de Venezuela**. Quinta edición. Caracas: Librería Piñango. 1967. Tres tomos.
- GÓMEZ, Carlos Alarico: **José Tadeo Monagas**. Biblioteca Biográfica Venezolana Vol. 26. Caracas: El Nacional-Banco del Caribe. 2006.
- HERNÁNDEZ, Dilio: **Historia diplomática de Venezuela**. Caracas: Universidad Central de Venezuela. 1986.
- IRWIN, Domingo: **Relaciones civiles-militares en Venezuela. 1830-1910**. Caracas: S/n. 1996.
- MAGALLANES, Manuel Vicente: **Historia política de Venezuela**. Madrid: Ediciones Edime. 1972. Tres tomos.
- MARVEZ SOSA, A.O.: **Bejuma. Pueblo de Venezuela**. Apuntes para su historia. Valencia (Venezuela): Imprenta Oficial del Estado. 1946.
- MENDOZA, Alexandra: **Fortalezas y debilidades políticas del caudillo José Tadeo Monagas durante el período 1847-1858. (Mimeo)**. Trabajo de grado para optar al título de Magíster Scientiarum en Historia de Venezuela Republicana. Caracas: Universidad Central de Venezuela. 2006.

- MIJARES, Augusto: **Interpretación pesimista de la sociología hispanoamericana**. 2da. Edición. Madrid: Afrosidio Aguado, S.A. 1952.
- MORENO MOLINA, Agustín: **José Gregorio Monagas**. Biblioteca Biográfica Venezolana Vol. 43. Caracas: El Nacional-Bancaribe. 2006.
- MORÓN, Guillermo: **Los presidentes de Venezuela**. 1811-1979. Caracas: MARAVEN. 1979.
- NAZOA, Aquiles: **Caracas física y espiritual**. 3era. Edición. Caracas: Panapo. 1987.
- NÚÑEZ, Enrique Bernardo: **La ciudad de los techos rojos**. Cuarta Edición. Caracas: Concejo Municipal del Distrito Federal. 1973.
- PÉREZ TENREIRO, Tomás: **Los presidentes de Venezuela y su actuación militar (esbozo)**. Caracas: Academia Nacional de la Historia/Estudios, Monografías y Ensayos No. 16. 1981.
- PINO ITURRIETA, Elías: **Fueros, civilización y ciudadanía**. Caracas: Universidad Católica Andrés Bello. 2000
- _____: **País archipiélago**. Venezuela, 1830-1858. Caracas: Fundación Bigott. 2001
- PITTOL DE HERRERA, Nelly: "Crecimiento demográfico del Municipio Sucre del Estado Miranda durante los siglos XVIII, XIX y XX". Boletín. No. 7. Centro de Historia Regional de Petare, pp. 57-69
- PLAZA, Elena: **El último régimen del General José Antonio Páez 1861-1863**. Caracas: Ediciones de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Políticas de la UCV. 2000.
- QUINTERO, Inés: **La criolla principal: María Antonia Bolívar, hermana del Libertador**. Caracas: Fundación Bigott. 2003.
- REYES, Antonio: **Cuando el marido es el presidente. Primeras damas de Venezuela en el siglo XIX**. 2da. Edición. Caracas: Publicaciones Seleven. 1979.
- STRAKA, Tomás: **La Alas de Ícaro. Indagación sobre ética y ciudadanía en Venezuela (1800-1830)**. Caracas: Universidad Católica Andrés Bello/ Konrad Adenauer Stiftung. 2005.
- URDANETA, Ramón: **Los presidentes**. Vol. I, 1811-1863. Caracas: Fondo Editorial Venezolano. 1995.

g) Fuentes iconográficas:

- ZAPATA, Pedro León: Serie Presidentes de Venezuela. Dibujo a Tinta China. Colección del Departamento de Diseño y Obra Gráfica del Instituto Autónomo Biblioteca Nacional. Publicado en Agenda 1982 del IABN.

Que el oprobio persiga mi memoria	9
Los oprobios del antihéroe	9
Claves para una vida	12
Una advertencia final	16
El Mundo de los Valientes	17
Con el valor pero sin la gloria	17
Bajo el signo de Carujo	20
Los misterios de Castro	24
Bejuma y la familia Bolívar	28
Las vicisitudes del valor	31
Días de Marzo	36
Los años triunfales	36
A la sombra de los Monagas	37
La Fusión de Marzo	39
La Revolución de Marzo	46
El Protocolo Urrutia	50
Los designios de la Providencia	50
Los malos hijos de la patria	50
La quema de Judas	52
La Fusión de Marzo muere en abril	58
Los liberales de Santa Rosalía	59
La Galipanada	62
Valencia es una Convención	66
Mi escasa fortuna, mi amor a la patria, mi resentimiento	66
El discurso ante la Convención	72

Entre banquetes y discursos	77
La política de los banquetes	77
El banquete del Centauro	83
El Misterio de la Transfiguración	88
Comienza el final	88
¡Viva la <i>Federación</i> !	89
El misterio de la Transfiguración	94
Las Epístolas de González	99
¡Se formó la Sampablera!	103
El 30 de julio	103
El 1º de agosto	106
El Dos de Agosto	107
El Juicio y la Deportación	116
Las cavilaciones del prisionero	116
La representación ante los diputados	118
El juicio y la expulsión	121
Epílogo con Guzmán	126
Los años perdidos	126
Héroe de la Revolución de Abril	129
El fusilamiento controversial	132
La muerte del valiente	135
Agradecimientos	138
Fuentes	141

Biblioteca Biográfica Venezolana

Títulos publicados

Primera etapa / 2005-2006

1. Joaquín Crespo / Ramón J. Velásquez / Tomo I y Tomo II
2. José Gregorio Hernández / María Matilde Suárez
3. Aquiles Nazoa / Ildemaro Torres
4. Raúl Leoni / Rafael Arráiz Lucca
5. Isaías Medina Angarita / Antonio García Ponce
6. José Tomás Boves / Edgardo Mondolfi Gudat
7. El Cardenal Quintero / Miguel Ángel Burelli Rivas
8. Andrés Eloy Blanco / Alfonso Ramírez
9. Renny Ottolina / Carlos Alarico Gómez
10. Juan Pablo Rojas Paúl / Edgar C. Otálvora
11. Simón Rodríguez / Rafael Fernández Heres
12. Manuel Antonio Carreño / Mirla Alcibiades
13. Rómulo Betancourt / María Teresa Romero
14. Esteban Gil Borges / Elsa Cardozo
15. Rafael de Nogales Méndez / Mirela Quero de Trinca
16. Juan Pablo Pérez Alfonzo / Eduardo Mayobre
17. Teresa Carreño / Violeta Rojo
18. Eleazar López Contreras / Clemy Machado de Acedo
19. Antonio José de Sucre / Alberto Silva Aristeguieta
20. Ramón Ignacio Méndez / Manuel Donís Ríos
21. Leoncio Martínez / Juan Carlos Palenzuela
22. Ignacio Andrade / David Ruiz Chataing
23. Teresa de la Parra / María Fernanda Palacios
24. Cecilio Acosta / Rafael Cartay
25. Francisco de Miranda / Inés Quintero

Segunda etapa/ 2006-2007

26. José Tadeo Monagas / Carlos Alarico Gómez
27. Arturo Uslar Pietri / Rafael Arráiz Lucca
28. Daniel Florencio O' Leary / Edgardo Mondolfi Gudat
29. Morella Muñoz / Ildemaro Torres

30. Cipriano Castro / Antonio García Ponce
31. Juan Vicente González / Lucía Raynero
32. Carmen Clemente Travieso / Omar Pérez
33. Carlos Delgado Chalbaud / Ocarina Castillo D'Imperio
34. César Zumeta / Luis Ricardo Dávila
35. Carlos Soublette / Magaly Burguera
36. Miguel Otero Silva / Argenis Martínez
37. Agustín Codazzi / Juan José Pérez Rancel
38. Pedro Manuel Arcaya / Pedro Manuel Arcaya Urrutia
39. Raimundo Andueza Palacio / Edgar C. Otálvora
40. Andrés Bello / Pedro Cunill Grau
41. Rómulo Gallegos / Simón Alberto Consalvi
42. Eugenio Mendoza / Carlos Alarico Gómez
43. José Gregorio Monagas / Agustín Moreno Molina
44. José Rafael Revenga / Carlos Hernández Delfino
45. Gustavo Machado / Manuel Felipe Sierra
46. Rafael Arias Blanco / Manuel Donís Ríos
47. José María Vargas / Carolina Guerrero
48. Mario Briceño-Iragorrry / Laura Febres
49. José Antonio Ramos Sucre / Alba Rosa Hernández Bossio
50. Laureano Vallenilla Lanz / Elsa Cardozo

Tercera etapa / 2007-2008

51. Francisco De Venanzi / Sonia Hecker
52. Antonio Leocadio Guzmán / Rogelio Altez
53. Antonio Guzmán Blanco / María Elena González Deluca
54. Isacc J. Pardo / María Ramírez Ribes
55. Julián Castro / Tomás Straka
56. Carlos Eduardo Frías / Edgardo Moldolfi Gudat
57. Arturo Michelena / Javier Duplá
58. Juan Vicente Gómez / Simón Alberto Consalvi
59. Diógenes Escalante / Maye Primera Garcés

Este volumen de la Biblioteca Biográfica Venezolana se terminó de imprimir el mes de abril de 2007, en los talleres de Editorial Arte, Caracas, Venezuela. En su diseño se utilizaron caracteres light, negra, cursiva y condensada de la familia tipográfica Swift y Frutiger, tamaños 8.5, 10.5, 11 y 12 puntos. En su impresión se usó papel Ensocreamy 55 grs.

La biografía es un género que concita siempre una gran atracción entre los lectores, pero no menos cierto es el hecho de que muchos venezolanos notables, más allá de su relevancia, carecen hasta ahora de biografías formales o han sido tratados en obras que, por lo general, resultan de difícil acceso.

Todo lo que contribuya a reducir la desmemoria de los venezolanos se me antoja como tarea principal de los tiempos que corren. Si nos cuesta relacionarnos con el pasado porque lo desconocemos, lo malinterpretamos o lo explotamos a nuestro antojo, una manera de volverlo diáfano y plural es recorriendo las vidas de quienes lo han forjado. Allí yace un múltiple espejo donde nuestro rostro se refleja en mil pedazos, tan variados como compleja y fascinante ha sido nuestra hechura de país.

Antonio López Ortega

Para entender nuestra historia, hay que conocer a sus protagonistas. Son ellos los que dieron forma a nuestra identidad actual. De ahí el estimable valor de poder leer sus biografías.

Isaac Chocrón

Antes que tratar de adivinarlo mediante ilusorios horóscopos, el verdadero futuro hay que aprender a leerlo en las obras y logros del pasado. Nada mejor, por tanto, que una colección de biografías de venezolanos distinguidos, de vidas esenciales de nuestra historia, para entrever el porvenir del país que nos espera.

Eugenio Montejo

Julían Castro

Biblioteca
Biográfica
Venezolana

Tomás Straka

Esta es la biografía de un Presidente de Venezuela de quien nadie quiso hablar en 150 años. Un hombre enigmático, un general valiente, un traidor que traicionó tanto y a tantos que se llegó a pensar que lo hacía porque era simplemente loco. De esas dimensiones fue su temeridad, su audacia, sus maniobras inesperadas. Apenas ejerció la Presidencia durante un año, el terrible 1858, cuando todos los venezolanos se asomaron al precipicio de la Guerra Federal.

Castro se alzó contra José Tadeo Monagas; fue elegido Presidente por la Convención de Valencia en medio de gran euforia. Caracas lo recibió como al Ciudadano Eminente que asumía el encargo de armonizar a conservadores y liberales, comprometidos en un duelo irreconciliable.

Gobernó como si se sentara en un columpio, un día con unos, el otro con los contrarios. No era columpio, sino volcán. De héroe adulado pasó a traidor, condenado a muerte, desterrado sin destino. Debutó muy joven en 1835, cuando detuvo al Presidente Vargas, por órdenes del coronel Carujo. Al final protagonizaría la escena, pero al revés. De origen humilde, se vinculó al clan de los Bolívar. Buscó un letrado y encontró a Fermín Toro.

El historiador Tomás Straka no sólo llevó a cabo una investigación tan ardua como admirable, a través de innumerables archivos, sino que ha escrito una biografía no común del hombre de quien pocos quisieron saber. De un Presidente, como sugiere, para quien el olvido pudo ser buena recompensa. Sin embargo, la cuestión, según Straka, no es tan simple, porque: "...tal vez su condena, si a trechos justa, tiene no poco de interesada, ya que es la que una sociedad hizo para eludir a sí misma, de las virtudes y vicios que definían -que definen- a sus hombres y a sus mujeres".

ISBN 980-395-106-8



J-00012242-3

EL NACIONAL

J-00002949-0

BANCARIBE



Simón Alberto Consalvi